

El Heredero Dormido

L. H. Moon

**El Heredero
Dormido**

**Windmills Edition
California - USA**

El Heredero Dormido

Autor: L. H. Moon

Writing: 2008

Edition Copyright 2010: L. H. Moon

Diseño de tapa: Cesar Leo Marcus

Sobre imágenes aportadas por el autor

International Windmills Edition

www.windmills.newebi.com

windmills@clmarcus.com

ISBN 978-0-557-36509-8

Renuncia de Responsabilidad:

International Windmills Edition, sus directores, empleados y colaboradores, no se responsabilizan del contenido de este libro. Los puntos de vista, opiniones y creencias, expresados en el mismo, representan exclusivamente, el pensamiento del autor, y propietario del Copyright.

Todos los derechos reservados

Es un delito la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright. Únicamente, se podrá reproducir párrafos parciales del mismo con la mención del título y el autor.

All Rights Reserved

It is a crime the total or partial reproduction of this book, his computer treatment, nor the transmission of any form or for any way, already be electronic, mechanical, neither for photocopy, for record or other methods, his lending, rent or any other form of transfer of use of the copy, without the previous permission and in writing of the holder of the Copyright. Only, they can play the same partial paragraphs with reference to the title and author

El Heredero Dormido

*El
Heredero
Dormido*

L. H. Moon

INTERNATIONAL WINDMILLS EDITIONS

CALIFORNIA - USA - 2010

*La dedicatoria y agradecimiento
por tanta paciencia y aliento son para:
mi consorte, mi hijo y mi amiga,
que corrigió esta obra*

Índice

<i>I.</i>	Boda, coronación y peligro.....	9
<i>II.</i>	Gema, la heredera incauta.....	13
<i>III.</i>	Un cambio inesperado.....	25
<i>IV.</i>	Una celebración con contratiempos.....	31
<i>V.</i>	El complot de las abuelas.....	39
<i>VI.</i>	Una ogresa respetable.....	49
<i>VII.</i>	Conversación de hadas.....	65
<i>VIII.</i>	Durmiendo sobre el tablero.....	71
<i>IX.</i>	Una pareja desapareja.....	81
<i>X.</i>	El misterio de Shén Mí.....	99
<i>XI.</i>	Fascinación.....	111
<i>XII.</i>	Preliminares de un gran evento.....	127
<i>XIII.</i>	Cacería memorable.....	137
<i>XIV.</i>	Dos reinas.....	155
<i>XV.</i>	Esquivando alarmas.....	163
<i>XVI.</i>	Las dos guerras.....	179
<i>XVII.</i>	El beso maldito.....	197
<i>XVIII.</i>	Torneo feroz.....	209
<i>XIX.</i>	Increíbles transformaciones.....	227
<i>XX.</i>	Boda, coronación y victoria.....	239

I. Boda, coronación y peligro

Había una vez, hace muchísimos años, quizás en los albores de la edad media, dos reinos vecinos constituidos como los más grandes del mundo conocido hasta entonces.

Sus monarcas abdicaron voluntariamente a favor de los hijos. Y cuando estos, el Príncipe Felipe y la Princesa Aurora se casaron, también fueron coronados para gobernar aquellas vastísimas tierras resultantes de tan feliz fusión.

Una numerosa orquesta, famosos trovadores, malabaristas y bufones animaban la celebración. Junto a tres largas mesas atiborradas de manjares y ubicadas en U, se acomodaban los allegados a la soberana familia, que lógicamente ocupaba la cabecera.

Y desde lo alto de un palco preferencial, las **tres hadas madrinas** contemplaban satisfechas el enorme salón de baile, donde el flamante matrimonio real danzaba en medio de la muchedumbre, ajeno a toda rigidez protocolar. Pero, ya nadie las recordaba por sus nombres, ahora las apodaban según el color de sus vestidos.

— Expulsada **Maléfica**, probamos nuestra supremacía –se regocijó **Carmín**- y controlaremos el reino por mucho...

— ¿Tiempo? -interrogó **Esmeralda**, aguardando en vano el fin de la frase. Y siguiendo el curso de su mirada, no menos turbada, exclamó- ¡Oh, no! ¡Otra vez no!

— ¿Qué habéis visto: un espectro? –ironizó **Azul**, pero al comprobar que tras las columnas se desplazaba sigilosamente una silueta delgada, alarmada mas no acobardada, determinó- ¡No, por supuesto que no! Le impediremos cualquier patraña ¡Indaguemos qué se propone!

Y empequeñeciéndose cual luciérnagas, volaron tras ella con mayor sigilo aún.

— ¿Te has enterado Estéfano? –preguntó el bajo y obeso padre del Rey Felipe- La romántica historia de nuestros hijos, de boca en boca recorrió la tierra. Por doquier la conocen como “**la Bella Durmiente del Bosque**”.

— Lo sabía Humberto, lo sabía. –respondió su consuegro, que era alto y delgado- Aunque nadie imaginó que les cederíamos los tronos, advertí ciertos aportes regionales que la enriquecieron, no obstante no ser verdad.

— ¡Cierto! Ninguno sospechó que junto con la boda se celebraría la coronación... Mas todas las versiones concluyen diciendo: “Y vivieron felices para siempre” –hizo notar Humberto, mientras las esposas de ambos, Premura y Prudencia, emocionadas enjugaban sus lagrimas.

— Tampoco eso será verdad –masculló sin dudar la silueta oscura y escuálida, pero sin salir del sector umbroso que había tras las columnas, donde el resplandor de las antorchas apenas llegaba.

Sorprendiéndola, las lucecitas roja, azul y verde le revolotearon alrededor, y la redujeron a su mismo tamaño.

— Queremos hablar contigo, pero discretamente, ven –le comunicó Azul, tironeándola para que volara.

— ¡**Gehena!** ¿Que haces aquí, tú, un **hada de las sombras**? – dijo Esmeralda, enérgica, una vez que la trasladaron a lo alto de una enorme araña de hierro que pendía del techo, colmada de gruesas velas encendidas.

— ¡Sí! Justamente en una fiesta a la cual jamás te hubieran invitado –chilló Carmín, aunque sus voces nadie más que ellas las escuchaban, porque también habían disminuido.

— Sé que no soy bienvenida, y no me importa. Estoy inspeccionando el reino que será mío –declaró la intrusa.

— ¿Y pretendes el más grande? -ironizó Esmeralda

— ¡Jamás lo lograrás! –la menoscabó Azul- Hemos marcado el territorio y no podrás contra nosotras.

— Invocando los poderes de **Lucifer**, Maléfica mutó en dragón, ¡mas la vencimos! –le enrostró Esmeralda.

— Sí, tengo una jerarquía inferior, pero vosotras seréis humilladas cuando él apruebe mi propuesta, pues os superaré y respaldaré a la hechicera reinante.

— ¿No la suplantaré otra hada? ¿Quién pretendería ese trono? –dijo Carmín, buscando más información y soslayando las agresiones- En aquel territorio no hay súbditos humanos, todos son demonios, y tampoco ha dejado discípulos...

— ¡Hay una heredera! Por ahora ignora tal privilegio y su futuro de bruja, pero pronto será la peor de todas... y desde nuestro reino someteremos al que vosotras intentáis proteger ¿Me habéis comprendido, grotescas criaturas? -anunció la inicua, concluyendo con una escalofriante carcajada que las consternó en un principio, pero luego las sublevó.

— ¡No te burles, tonta arrogante! -gritó Azul, dejando con su varita una brillante estela de colores en el aire.

— Solamente deliras, y continuarás siendo un ser inferior –le auguró Esmeralda, provocando también nubes mágicas.

— ¡Esto siempre será nuestro! -insistió Carmín, y con su virtuosa arma llegó a los mismos fulgores que sus pares.

— ¡Vete de aquí ahora! —le ordenaron a una voz, y en un desparramo cromático de luces sobrenaturales la esfumaron.

La discreción deseada se transformó en una explosión de polvos encantados que saltaban de la araña cual fuegos artificiales. Y nadie sospechó la gravedad de cuanto sucedía.

— ¡Qué sensacional espectáculo! —exclamó Felipe, maravillado sin dejar de bailar.

— ¡Picaruelas! Ha de ser una ocurrencia de mis buenas haditas, que nos quieren agasajar —intuyó Aurora. Y todos los demás disfrutaron y aplaudieron, porque también así lo creían.

II. Gema, la heredera incauta

Luego de una larga jornada viajando a lomo de burro por placenteros caminos, Gema dejaba atrás pintorescas montañas nimbadas de nubes, rumorosos manantiales, melodiosas aves, coloridas y perfumadas flores.

Cuando el sol se ponía y el crepúsculo enrojecía el cielo, llegó al límite dónde comenzaba el reino habitado por los espíritus del mal. Por supuesto que ella desconocía este último detalle, pero el animal se empacó. Desconfiado husmeó el aire, y con ojos inquietos escudriñó palmo a palmo su entorno.

La sequía agrietaba la tierra, plantas espinosas y árboles sin vida apenas se mantenían erguidos. Todo respiraba a muerte, hasta el silencio era turbador, y nada lo quebraba; ni el aleteo de un pájaro, ni el zumbido de un insecto.

— ¡Arre, arre! No te detengas burrito, que ya estamos en la frontera y falta poco para llegar —con voz lastimera la joven le palmeaba el cuello y lograba convencerlo. Lentamente y con cautela continuó avanzando, hasta que brillantes globos transparentes y de tenues colores, se elevaron por detrás de una marchita enramada.

El asno volvió a detenerse acechado por las redondas apariciones, que multiplicándose como plaga se acercaban para inspeccionar. Y al sentarse aquél súbitamente, hizo que la desprevenida muchacha resbalara y rebotara un par de veces su trasero en el polvoriento suelo.

— ¡No seas miedoso, sólo son pompas de jabón! ¿Qué daño pueden hacerte? —comprobando que eran de balde sus ruegos se incorporó, lo sujetó

por las riendas, y regañó a su hocico - ¡Terco, cabeza dura, burro, más que burro! ¿Qué pretendes? ¿Acaso quieres que la noche nos encuentre aquí?

Pero abriendo muy grande los ojos, como espantado por un fantasma, el jumento se levantó. Lejos de obedecerle giró hacia el lado opuesto arrastrándola por tierra nuevamente, y liberándose huyó dando coces y rebuznos.

— ¡Vuelve aquí, te lo ordeno! ¡Ven, no me dejes...! — poniéndose de pie, lo llamó por última vez poniéndose de pie.

Resignada se sacudió la ropa, colgó del hombro la mochila que estaba caída, abrazó a su muñeca de trapo, y por fin captó lo que tanto había perturbado al pollino. Una carroza negra con seis caballos no menos oscuros y un cochero esquelético, misteriosamente la estaban aguardando.

— ¿Y tú, de dónde has salido? ¿Cómo es que no te he visto llegar? — preguntó extrañada la muchacha.

— Aquí todo sucede así, de modo especial. ¡Despreocúpate del cuadrúpedo mal educado! Yo te llevaré a destino —ofreció el alto anciano cadavérico y de voz gutural.

— Gracias, ¡qué oportuna es tu compañía! —respondió alegremente y sin temor, impidiéndole su insensatez advertir el peligro.

Luego, los globos volaron hacia el trono del hada de la oscuridad, deteniéndose en los escalones que le precedían, explotando y adoptando raras formas. Esa multitud de seres que no superaban el metro y medio de estatura, eran **espíritus malignos**, cuyas características particulares manifestaban la iniquidad específica que ejercían.

Pero tres esferas quedaron a un lado del portón sin entrar al salón real; eran las hadas de La Bella Durmiente, que mimetizadas espían los planes que allí se tramaban.

— No nos mostraremos tal cual somos -dijo Carmín normalizándose, pero reducida otra vez cual luciérnaga.

— Tampoco como globos -añadió Azul- y haciéndonos invisibles nos descubrirán si deciden imitarnos

— ¿Y en qué nos transformaremos sin que sospechen? ¡Aquí no hay vida natural! -cuestionó Esmeralda.

— En verdad no hay plantas ni animales, pero sí rocas -les advirtió Carmín, y mediante su varita mágica, operó el cambio.

— ¡Es increíble! -exclamó una de las tres nuevas piedras, ubicadas a las puertas del tétrico salón- ¡Regresó **Maléfica!**

— Jamás, y por ninguna razón, ha de conocerse este descubrimiento en el reino que protegemos -determinó otra.

— ¡Por supuesto! En caso contrario nos crearán ineficientes, inútiles, ¡estúpidas...! -reconoció la tercera, pero pronto todas se silenciaron, pues el cuervo que descansaba sobre el báculo de la malvada, presintiendo anomalías voló por arriba de las tres piedras, retornando a su lugar una vez constatada la inexistencia de peligro.

En cambio aquella nada sospechó, pues su asistente rondándola servilmente la acaparó. Esta criatura escuchaba cuanto podía con cuatro orejas, físgoneaba todo con tres ojos, y por turno chismeaba con dos bocas, aunque a veces, apasionada, se interrumpía tornándose incomprensible.

— ¡Cuéntame las noticias, **Soplón!** -interrogó el hada sombría- ¿Qué opinas de tu futura monarca? ¡Ya, dime!

— Es tonta, ¡pero muy mucho! ¡Más de lo imaginable! El animal en que viajaba la superaba en cerebro ¡Y eso que era un burro débil por la vejez, el cansancio y el hambre!

— ¡Mm, qué bueno, eso es conveniente! -murmuró ella.

— Su asno enseguida nos reconoció como abalorios inteligentes, y la muy boba nos confundió con pompas de jabón. Además, sin temor y radiante de felicidad, ingresó a la carroza fantasmal que le enviaste. ¡Pronto ha de llegar!

— ¿Entonces, no hubo complicaciones? —tranquilizándose al ver el movimiento de cabeza conque su secretario se lo aseguraba, y suspirando maravillada acotó- ¡No lo puedo creer! ¡Sí que es idiota...! Sin dudas nos entenderemos.

— Mis orejas detectan un carro en el puente levadizo —avisó Soplón por una boca, y con la otra vaticinó- ¡Es ella!

El cuervo no era más que un espectro, y voló hacia el alféizar de una ventana regresando pronto a su dueña, confirmándoselo con chillidos que la acústica multiplicaba.

— Entonces, cambiaré mi apariencia por una menos temible, aunque, ¡esta tonta nada advierte! —manifestó Maléfica disminuyendo la altísima estatura, mudando su fiero rostro por el de una anciana inexpressiva, y transformando el cornudo tocado en un simple bonete. Con la rapidez de un parpadeo, volvió a ser la misma que el año anterior se había infiltrado en el casamiento de la bella durmiente.

— ¡Oíd! Os anuncio la llegada de Gema, la absoluta heredera de este reino —golpeando un gong comunicó el sujeto de aspecto sepulcral, que al ingresar al salón monárquico, súbita e inexplicablemente trocó su uniforme

de cochero por una obscura túnica con capucha, y portó una segadora de cuchilla corva enastada en un largo palo.

— ¡Sí, Guadaña! ¡Pronto, hazla pasar! –autorizó el hada tenebrosa, aparentando respeto y esperándola de pie junto al trono como si se lo estuviera lealmente reservando.

También la dañina muchedumbre, simulando honrarla le abrió paso, a fin de que pudiera ascender al enorme sillón real. Pero al entrar la joven, y luego de cohibirse ante la enormidad de la pétrea habitación, sólo extendió tímidamente un documento a la anciana.

— Me llamo Gema y soy analfabeta, no obstante, quienes saben leer aseguraron que fui citada para vivir aquí –rompiendo el silencio con pausada vocecita- ¿Es eso cierto? Pues gasté mis escasos ahorros en la compra del burro que me trajo, y para colmo de males se me escapó.

— ¡Eres muy bienvenida! –abrazándola, y con una mueca de alegría que pronto desapareció de su faz- Me temo que estás algo desinformada. No sólo vivirás aquí, sino que reinarás estas tierras, y algún día también muchas más.

— ¡Entonces, era verdad! Cuando me lo dijeron no lo creí, imaginé que se burlaban –pensó en voz alta, y cuestionó- ¿Cómo puede ocurrir esto? Soy una simple campesina, y la familia que tuve también lo fue...

— Hace cuatro generaciones uno de tus ancestros ocupó esta silla, y... –relató abriendo sorprendida los ojos, al ver que sentaba en ella a la muñeca, colgando la mochila con mayor irreverencia en su respaldo- y con el obsequio del trono, agradeció a un hada la sanidad que operó en su primogénito moribundo. Por supuesto que aquella en principio lo rechazó, ¡más ante tanta insistencia...! No obstante, creímos correcto devolvértelo y

colaboraremos para que tu gestión sea óptima. ¡Verás que todo saldrá de maravilla!

— ¡Nooo! Yo no sirvo para esto...-remoloneó

— ¡Sí, sí servirás!

— ¡Soy bruta e ignorante! -extendiendo sus miembros superiores en un ordinario desperezo, para descontracturarse luego de su largo viaje-
¿Por qué no lo entiendes?

— ¡Claro que lo comprendo! -con resignada indignación reconoció el hada, después de echar otra mirada al desacreditado sillón real, dónde ahora la futura reina dejaba sus desvencijados y malolientes zapatos, sobre los apoyabrazos- ¡Y continuamente lo estoy confirmando!

— Apenas me atrevería a mejorar el terreno; ¡que por cierto, está demasiado abandonado! Cambiando el sistema de irrigación podría cultivar algunas plantitas y...-sugirió, sin imaginar que su condición se debía a que estaba maldito.

— ¡No, no y no! ¡Serás coronada y garantizo tu éxito! Hay diez de esta multitud que te asistirán -y dirigiéndose a las extrañas criaturas, determinó- ¡Despejad pronto los peldaños, quedando sólo la **corte de los peores!**

— Aún siendo diez, ¿cómo podrán los peores ayudarme a gobernar? -cuestionó confundida con su aire de imbecilidad, mientras todos obedecían la orden.

— ¡Linda! Para ti serán los mejores, y para tus oponentes los peores; ¡los más temibles e implacables! -enfaticó para darle confianza, mas cuidando de no asustarla comentó- Estos picarones hacen toda clase de travesuras, pero además tienen su especialidad, ¡y créeme, en lo suyo son

excelentes! –luego, orientándose hacia los selectos demonios indicó-Prominente séquito de la corona, animad a la heredera con vuestras proezas.

Así fue cómo, fingiendo ser divertidos, se fueron presentando luego de que ella se sentara en un escalón:

— Puesto que soy **Politeo**, a falsos dioses promuevo.

— Y a sus imágenes reverencia, dice **Renegón** con insistencia.

— El nombre de mi Rival tomarás en vano, ¡yo lo decreto, como que **Impío** me llamo!

— Aquí tienes a **Profano** el famoso, para olvidar el día de reposo

— Si deshonra de padres es el fin, ¡confía! Siempre contarás con **Ruin**

— Por ser mi nombre **Criminal**, digo: ¡mata y vuelve a matar!

— ¡Adulterio, gran celebración! ¡Festeja con el desleal **Felón**!

— ¡Como **Caco** no hay igual, si la consigna es robar!

— Podrás a **Falaz** recurrir, al ser necesario mentir.

— **Ambicioso** será asistente muy confiable, para codiciar lo ajeno y censurable.

A pesar de su simpleza, algo inquietaba a Gema. Renegón, paladín de la rebelión idolátrica, parecía un tótem mitológico. Falaz, poseía cabeza de serpiente con lengua bífida pronta para el engaño, y una tupida cola de zorro que movía contento ante el éxito de sus trampas. Ambicioso, mostraba seis fortachones brazos con los que detentaba cuanto apetecía. Y así, no obstante procurar ser simpáticos, todos resultaban horriblos, pues su particular maldad interna se manifestaba en su apariencia externa. También Gehena la hacía dudar, porque sus gestos amables al hablar, tornaban a su pasmante

frialdad cuando concluía. Y ahora, hasta el nuevo atuendo de Guadaña le causaba mala impresión.

— ¿Y ahora, qué opinas de tan magnífica exposición? -preguntó el hada oscura, acercándose a la dispersa heredera- ¡Eh! ¿Qué sucede? ¿En qué piensas?

— ¡Oh, perdóname! -se disculpó poniéndose de pie- ¿Escuché bien? ¿Estos diez están transgrediendo reglas?

— ¡Fantástico, lo has comprendido! ¿Ves que es fácil?

— Quisiera conocer al Artífice de las diez leyes a las que esta corte se opone ¿Podríamos hacerlo venir? Así conversaríamos acerca de sus errores... -propuso la bien intencionada ignorante, desconociendo que la ley era perfecta y sus violadores, inicuos.

— ¿De sus qué? ¡Ya me fastidiaste! -exclamó enojada la anfitriona, arrojando con su báculo la mochila y calzado del sillón- Primero profanas el trono usándolo de perchero y ahora, en vez de reparar en quienes han de sostenerte, te interesas precisamente en Aquel que aquí jamás nombramos.

El cuervo, asustado voló al hombro de su dueña y el asistente con disimulo aconsejó: — ¡Cálmate y usa la magia, tú puedes impactarla!

— ¿Y este cúmulo de trapos, qué es? -crispada, alzaba la muñeca y se le descongelaba el rostro.

— ¡No, con ella no! -suplicó acongojada

— ¿No crees estar grande para jugar con muñecas?

— Es más que eso, es mi única amiga, mi confidente y consuelo. Por ser tonta y aburrida, todos me abandonan, pero, mi Mumi siempre sigue fiel.

—Esta cosa, ¿es “tu Mumi”? -dijo entre carcajadas.

— Soy huérfana, y no queriendo exagerar diciéndole mami, decidí llamarla Mumi... Te ruego me la devuelvas -llorando con desconsuelo

— ¡Devuélvesela! –otra vez se entrometió su secretario por medio de una boca, y con la otra le recordó- ¡Usa tus poderes!

— ¡Ya basta, deja de fastidiar tú también! –murmuró molesta por las sugerencias que sonaban a órdenes, pero recapacitando, nuevamente en voz baja determinó- Soplón, ¡entra en ella! Por un rato serás Mumi.

— ¿Qué? –preguntó él, desconcertado y al unísono, cuando vio que arrojaba la muñeca al suelo.

— ¡Pronto, hazlo! –insistiendo fue obedecida, pero la muchacha no lo advirtió, pues cubría con las manos su rostro bañado en lágrimas.

— ¡No! ¡No llores más! Ahí tienes a tu Mumi... -manifestó Politeo, acercándose y simulando consolarla.

— ¡Mira, te la está devolviendo – también fingió Renegón, y en tanto Gema se empeñaba en no llorar, la vio levantarse del suelo.

— ¡Mi Mumi! ¿Puedes andar? –preguntó restregándose los ojos, para confirmar que cuanto sucedía era real.

— ¡Sí, aquí estoy! –le respondió la muñeca acercándose a ella para abrazarla.

— ¡Eres tan lenta de entendimiento! ¡Compréndeme, yo soy tu hada madrina, la protectora de este reino, y mi poder es superior al de cualquier otra! Si logré que una muñeca hable, camine y te abrace... ¿Por qué no podré ayudarte a gobernar estas tierras que por derecho te pertenecen? –dijo, retorciendo el razonamiento de quien emocionada besaba y apretujaba a su incondicional amiga de trapo.

— De acuerdo, pero... tu cuervo es feo. No quiero ese bicharraco en mi corte. Me... me asusta. Prefiero un papagayo; tendría lindos colores y sería más divertido.

— Bien, hágase así –ordenó el hada, tocando al ave espectral con su báculo mágico, y obteniendo la transformación.

— ¡Qué bonito es! –exclamó la muchacha, aún más embobada por la novedad.

— Ahora el cambio también ha de llegar a ti –hizo notar la anciana – Esos andrajos no son dignos de una soberana

— Vísteme a tu gusto ¡Todo lo que haces es maravilloso!

Con otro movimiento de su encantado instrumento, la atavió suntuosamente de negro, violeta y oro, y también hizo aparecer de la nada un imponente espejo.

— ¡Es demasiado oscuro! –cuestionó observándose

— Es perfecto para tu rango, infunde seriedad y respeto –la macabra diseñadora refutó concluyente.

— ¡Estás muy elegante! –añadió la muñeca.

— Si tú lo dices, Mumi, ¡pues, está bien! –aceptó la heredera

— Mi nombre es Gehena –mencionando el que ocultaba a Maléfica cuando tomaba la apariencia de abuelita- Lo adoptarás para reinar. Con él ya nadie habrá de burlarse, ni se atreverá a considerarte tonta o aburrida. Desde hoy todo el mundo te honrará y hasta tendrá temor de ti.

— ¡Sí, sí, apruébalo! Ya es hora de que la suerte te sonría –otra vez la convenció el diabólico juguete- Además, los nombres se oyen parecidos...

— Si así lo crees, lo apruebo también.

— Aún falta modificar algunas cosas. El hábito no hace al monje, tu interior sigue igual –se apuró a decir el hada, aprovechando que la heredera incauta tenía el “sí fácil”.

— ¡De acuerdo! ¡Cámbialo también! Lo dejo en tus manos, haz de mi lo que te plazca.

Antes de que pudiera advertirlo, la cruel criatura entró en aquella haciéndose invisible, y a través de una execrable posesión, se apropió de su absoluto control. Las facciones de la ingenua Gema continuaron siendo las mismas, pero el gesto de su boca se agrió, oscuras ojeras ensombrecieron su mirada ahora irascible, y la maléfica bruja Gehena, de inmediato se puso en acción

— Soplón, deja de ser Mumi, abandona esos trapos, y tú, papagayo, vuélvete cuervo -ordenó, mas arrepintiéndose de su última decisión, corrigió- ¡No, no! Un cuervo hará recordar a Maléfica, y no puedo permitir ni una sola sospecha. Mejor te transformaré en búho y nadie descubrirá mi secreto. ¡Sí, sí! Conviértete en búho.

Y todo sucedió conforme a su voluntad, en tanto, el chofer y mayordomo se acercaba para felicitarla por sus progresos: —Mis más sinceras congratulaciones. Has legitimado tu reinado por otras cuatro generaciones.

— Cuando mi plan alcance su cumplimiento final, he de gobernar para siempre en estas tierras y también en muchas más. ¡Sojuzgaré a un imperio! ¿Y por qué no al mundo? –hizo saber Gehena, tomando una tiara del cofre que él le extendía, y coronándose a sí misma añadió con gran placer- ¡La muy tonta me autorizó todo!

Con el violento agitar de su cetro mágico, creó una hoguera en medio del salón, quemando en ella las pertenencias de su víctima, y en torno a la cual la honraron danzando los espíritus del mal. Finalmente, con gran fruición y solemnidad, se sentó en el trono, disponiéndose a contemplar la celebración. Y nunca advirtió que tres piedrecillas rodaban misteriosamente, aumentando su velocidad hasta salir de los límites del maldito reino, dónde Carmín, Esmeralda y Azul recobraron el aspecto habitual de hadas.

III. Un cambio inesperado

En el castillo de la bella durmiente, hasta el olor anunciaba la proximidad de un gran evento. La limpieza fue más esmerada, y en vez del hedor a humedad de los altos muros de piedra, flotaba en el aire una deliciosa fragancia a flores y frutas exóticas, de las que crecían en otras comarcas.

— Además de guirnaldas festivas, yo sugiero una profusa decoración con banderines, estandartes y blasones —opinó el ex Rey Humberto— Nuestra alcurnia debe ser recordada, especialmente ahora, para que todos reconozcan la rancia estirpe de este primer nieto ¿Lo apruebas Estéfano?

— ¡Totalmente Humberto, totalmente! —exclamó su consuegro— Pero, también sería oportuno exhibir las ancestrales armaduras y panoplias, para que nos honren como a un clan de valientes, que se enorgullece de su nueva descendencia.

Mientras se desplazaban muy orondos de recinto en recinto discurrendo en banalidades, quedaron perplejos ante una súbita ráfaga de viento que saliendo de la nada conmocionó el lugar. La habían provocado las tres hadas madrinas sin intervención de magia, y fue por la extrema velocidad del vuelo que nadie las vio pasar.

— Ya mismo convocamos a la familia real, a una reunión de último momento. —comunicó Carmín, luego de que las tres, sujetándose de una columna giraran varias veces a su alrededor, hasta hacerse visibles y descender al suelo.

— El encuentro será en el salón del trono —informó Esmeralda.

— ¡Y es sumamente urgente! —enfaticó Azul.

— ¡¿Cómo os atrevéis a hablarnos de urgencias?! —agresiva observó Premura, la corpulenta esposa de Humberto, que también perdía el tiempo deambulando con su consuegra- ¡Cuando debíais estar aquí, inútilmente os buscamos por todas partes! ¿Y ahora tenéis apuro?

— Hace una semana nació nuestro primer nieto; el nuevo heredero a la corona ¡Y de vosotras ni noticias! -reprochó Prudencia, la otra abuela, que era alta, delgada, reflexiva y nada violenta- ¿Eso os parece correcto?

— No. Tenéis razón -Carmín atenuó el altercado.

— En el debido momento, recibiréis una explicación -prometió Azul, mejorando aún más los ánimos- Pero ahora iremos por los soberanos.

— ¡Y prontito a la sala! -insistió Esmeralda, haciendo trizas aquellos buenos intentos.

— ¿Pronto? ¿Aún nos mandoneáis? ¡Pero! ¿Es que nunca sabréis de ética y protocolo? —masculló la madre del Rey Felipe sin más remedio que obedecer.

— Como te decía, serán indispensables los sahumeros de oriente -la distrajo la madre de la Reina Aurora, para que olvidara el pleito- ¡Por supuesto que los más caros...!

Cuando en el salón real las protectoras concluyeron su exposición sin interrupciones, todos quedaron perplejos

— Y eso fue cuanto vimos y escuchamos -dijo Carmín.

— Ciertamente es inquietante -reconoció Esmeralda.

— ¡Mas no os amilanéis! -los alentó Azul.

— Yo no tengo miedo -aseguró Felipe presumiendo insensatamente de su heroísmo- Ni creo que la nueva soberana de las sombras se atreva a

molestarnos ¡A estas alturas, ya debe saber cómo le fue a su antecesora Maléfica!

Con grandes ojos, las tres hadas intercambiaron miradas de intranquilidad, pues no podían denunciar que Maléfica seguía siendo esa soberana.

— Sin desmerecer tu destreza y valentía, considero con justicia, que nuestra intervención favoreció notoriamente tu victoria... -le hizo memorizar Carmín, después de una carraspera nerviosa.

— Pero Gehena, el hada tenebrosa en cuestión, trae grandes poderes; ¡siete veces superiores a los de Maléfica! Y tomó posesión de Gema, la legítima heredera, ¡esa fusión es indestructible! —aseguró Esmeralda.

— La magia con que contamos nunca podrá contra ella, y legalmente tampoco tenemos derecho ¡ni a pensar en su destitución! —les planteó Azul.

— Además, sabemos que ha dirigido su atención hacia este territorio ¡Tendremos problemas! —alertó Carmín.

— Ella misma lo declaró cuando todavía era un ser inferior, ¡y todas la subestimamos! —informó Esmeralda.

— ¿Qué haremos? -sollozó la reina Aurora- En dos días el heredero será presentado ante muchísimos reyes, ¡y consumará un atentado en medio de la celebración!

— No tolero esta incertidumbre -farfulló Humberto, y abruptamente demandó- ¡Exijo que **Óberon** se haga visible en esta reunión! ¿O ustedes ya no dependen de él?

— ¿Acaso crees que el rey de todos los genios aéreos, no tiene otra cosa importante que hacer, más que venir a visitarte? —con sorna respondió Carmín.

— ¡Insolente! ¡No olvides que vosotras estáis a nuestro servicio! – replicó la esposa de Humberto.

— ¡Queridísima Premura! Recuerda que sin nuestra ayuda, tú y los tuyos serías menos que nada –le obligó a reconocer Esmeralda.

— Este reino es el más grande de todos; tanto en territorio como en población. Lo hemos obtenido mediante pacíficas alianzas matrimoniales – Estéfano sosegó los ánimos con voz pausada, evocando estratégicamente la abundancia de méritos familiares- Nunca hubo quejas acerca del modo de gobernar; ni de parte de los súbditos, ni del resto del mundo conocido hasta hoy. Nuestra poderosa milicia cumple funciones defensivas, y sólo traspasa la frontera en auxilio de algún reino invadido, cuando sus hadas no alcanzan a proporcionárselo. Tal histórico e intachable proceder, y la desinteresada colaboración con las subordinadas de Óberon, ¿no son motivos más que suficientes para el acercamiento de éste?

— ¡Sabía que con semejante rodeo arribarías a lo mismo! -al deducir se burló Azul.

— ¡Qué quisquillosas estáis! El razonamiento de mi marido fue por demás respetuoso y coherente ¡Concluid las ironías! En nada ayudan, y vanamente procuran enmascarar la maltrecha dignidad que traéis a la rastra. ¿No comprendéis que estamos ante una emergencia total? ¡Pronto el mundo peligrará, si no encontramos una solución a este problema!

— ¡Y ya la hemos hallado! Por lo tanto, Prudencia, tranquilízate... – concretó Carmín- Durante nuestra ausencia del castillo, participamos de una convención de hadas en la dimensión paralela a la que pertenecemos. Óberon, siendo debidamente informado, decidió reemplazarnos por **Marrulla**; una poderosísima consejera de su séquito. ¡Verdaderamente maravillosa! ¡La mejor!

El Heredero Dormido

— ¿Y de vosotras, qué ha de ser...? Me visteis nacer, me criasteis...
¿Me abandonaréis?

— Seguramente tendremos otra labor... -dedujo Esmeralda.

— Aún no sabemos dónde, ni cuándo -agregó Azul.

— ¡Creedme, tampoco nos resulta grata la actual situación! -enfaticó Carmín ante toda la familia- Y a pesar de las riñas, os seguiremos amando. Siempre os echaremos de menos...

Con estas últimas palabras finalizó la reunión, y todos quedaron muy tristes.

IV. Una celebración con contratiempos

La celebración con que homenajearon al recién nacido fue un rotundo éxito. Los invitados disfrutando a manos llenas de las más deliciosas viandas, se divertían con juglares y saltimbanquis, pero también admiraban los emblemas heráldicos, la completa colección de antiguas armas artísticamente dispuestas, y cuanto eso representaba.

Sin embargo, semejante abundancia e ilustre prosapia no mitigaban la angustia que la familia real disimulaba

— Por ahora nada malo ha ocurrido –suspiró Humberto.

— Tal vez no suceda – como queriendo auto convencerse, balbuceó el no menos apesadumbrado Estéfano, como queriendo auto convencerse.

— Insisto en que nunca sucederá. ¡No se atreverá! –con mal fingida seguridad, también el Rey Felipe intentó extraer optimismo de las escasas reservas que le quedaban.

— ¡No seas tan ingenuo! –lo sermoneó Premura, cubriéndose la boca con una mano para que nadie leyera sus movimientos- Sabemos que sí acontecerá.

— Quizá no será hoy, ni mañana, –consideró Prudencia, dedicando a los visitantes una mentirosa sonrisa de dientes apretados- mas, algún día la muy malvada vendrá a importunarnos.

— ¡Basta! –Suplicó la Reina Aurora sin poder contener las lágrimas- ¡Fuimos sentenciados! ¿Qué festejamos? Quisiera estar de bruces en la cama llorando sin cesar...

Pero la interrumpió el sonido de las trompetas, seguido por la clara voz del heraldo que decía: — Se anuncia la llegada de las tres hadas madrinas: Carmín, Esmeralda y Azul.

Tan deprimida estaba la realeza, que decidió desechar las disputas pasadas y enaltecer públicamente a sus benefactoras, poniéndose de pie cuando éstas se aproximaron al trono. No servían de mucho, pero creían contar únicamente con ellas.

— Hoy, por voluntad de Rey Óberon; soberano de los genios aéreos, concluirá nuestra gestión en este reino –Carmín, sorprendió a la muchedumbre que coreó su pena

— Y evocaremos con amor a esta real familia –dijo Esmeralda.

— ¡Pero alegraos! Pues ahora ofreceremos al nuevo descendiente, los regalos que le seleccionamos –los animó Azul.

— Príncipe Máximo, mi ofrenda para ti es dotarte de hermosura sin igual, y... **“tan apuesto habrás de ser, que las doncellas te seguirán como moscas a la miel”** –manifestó Carmín, y una estela de brillante hechizo salió de su varita.

— Amadísimo heredero, te garantizo el éxito de todos tus proyectos y emprendimientos, pues... **“te obsequio una inteligencia sin igual, que te salvaguardará del mal”** –continuó Esmeralda, descargando sobre el niño una lluvia luminosa de magia.

— A ti, esperanza de este reino, te concedo el don de la victoria. Tal será tu destreza y valentía en la lid, que... **“prevaleciendo tu poder, jamás te lograrán vencer”** –concluyó Azul, también esparciendo en la majestuosa cuna, una nube resplandeciente y sobrenatural.

Cuando el clan gobernante pareció calmarse con estas bendiciones, nuevamente se oyeron las sonoras trompetas, mas no fue la voz del heraldo la que las secundó, pues el cetro de la presentida bruja lo hizo caer en un extraño sopor.

— Se anuncia la llegada de la Reina Gehena, soberana del Territorio de las Sombras –dijo Guadaña, causando espanto con su voz de ultratumba.

Los invitados, de inmediato se hicieron a un lado como si lo hubieran acordado, dejando libre un amplio espacio para que la malvada transitara con su búho, sin que nada de ella pudiera rozarlos. Entre los guardias y soldados, el que no temblaba de miedo, por la misma razón se paralizaba, mas tal inactividad no era censurable, pues ninguna orden les fue impartida para que la detuvieran. Y sólo las tres hadas madrinas, aún concientes de sus limitaciones, le ofrecieron resistencia obstaculizándole el paso.

— Dejad que se aproxime. Actualmente no tenemos conflicto con su reino. –determinó Felipe, en un acto más diplomático que heroico.

— ¡Bravo, muy bien! –ironizó aplaudiendo la intrusa- Has aprendido la lección que te enseñara mi antecesora...

— ¿Qué dices? –Felipe interrogó confundido, creyendo ser él quien escarmentó a Maléfica- ¿Cuál lección?

— La que advierte: **“No desaires a la reina del mal, porque te va a pesar”**

Jamás tuvimos intención de molestarte –intervino Aurora, antes de que su esposo, en un raptó de valentía dijera algo inadecuado- Si no has sido invitada a este banquete, fue porque desconocíamos tu coronación; nunca nos enviaste tal informe. Lo que escuchamos al respecto fue extraoficial; simple habladuría... ¡Créeme! No queremos desairarte...

— Pero este trío de monigotes no es la primera vez que lo hace. Si mal no recuerdo, aún protege tu reino, ¿verdad?

— ¡Ya no! Hoy nos marchamos -muy apurada, Esmeralda deslindó de toda responsabilidad a los monarcas, para que no sufrieran las malas consecuencias que ellas generaron al interponerse.

— ¡Sois tres, ah, qué miedo! ¡Y las tres, buenas para nada! –se burló la tenebrosa soberana entre escalofriantes carcajadas.

— Gehena, no tienes por qué involucrar a...-intentó opinar Carmín, mas su oponente tampoco se lo permitió.

— Os previne que la situación pronto cambiaría y seríais humilladas, ¿verdad? Pues el día ha llegado, y es hoy.

— ¡No es justo que esta gente pague por...! -también Azul en vano quiso hablar.

— ¿Justo? ¡Nunca dije que lo fuera! ¿Acaso pretendí alguna vez ser justa? Sólo insisto en que sois unas inútiles. A ver, a ver, evaluemos los dones con que habéis hadado al pequeño. Azul le planeó un futuro de guerrero invencible, para que llegue saludable al trono sin padecer daño alguno. Esmeralda lo dotó de insuperable inteligencia, a fin de que ninguna trampa pueda atraparlo. Carmín, exhibiéndolo tan apuesto ante las jóvenes, le facilitará hallar el gran amor de su vida. Y como de costumbre, con un beso cualquier probable maldición quedará deshecha. ¿Es cierto, colonia insignificante de amebas? ¿Acaso no fue esa la intención?

— Si, es verdad... -reconoció Carmín.

— ¿Y? ¡Es nuestra función de guardianas! –replicó Esmeralda.

— ¿Por qué te ofendes? ¡Estamos para proteger! -razonó Azul- Todo reino es defendido por...

— ¿Por algún cerebro de mosquito aplastado como vosotras? ¡Eso jamás! ¡No existe cosa igual! –se adelantó nuevamente Gehena- Vuestras

promesas únicamente os ridiculizarán más, pues sucederá todo lo contrario. Antes de cumplir los dieciocho años de edad, el príncipe Máximo hallará al verdadero amor, y con el roce de un beso, ¡morirá!

— ¡No! —gimió Aurora, sacando a su hijo de la cuna

En tanto exclamaciones de horror recorrían el recinto, Guadaña se acercó diligente a Gehena, y ambos quedaron al resguardo de un brillante circulo que ésta creó mágicamente, convirtiéndolo pronto en un cilíndrico escudo.

— ¡Guardias! —bramó Felipe lanzándose con la espada en alto. Pero antes de finalizar su llamado, los muy ruines volaron por una ventana, montados en el báculo y en la segadora, sin que flecha alguna los pudiera alcanzar. La negrura de la noche pareció tragarlos, mas estruendosas carcajadas se siguieron escuchando por largo rato.

Cuando el silencio fue absoluto, se despertó el heraldo incorporándose torpemente, no comprendiendo por qué la muchedumbre azorada elevaba su clamor, y algunos hasta se acercaban al trono para manifestar sus condolencias. La realeza ya no disimulaba la rabia, ni el dolor, y las tres hadas bienhechoras morían de vergüenza en un rincón, sin saber cómo remendar los jirones de honra que se les deshilachaban.

Repentinamente, las trompetas reiteraron su llamado de atención, y todos sin salir de una sorpresa se vieron envueltos en otra, cuando escucharon el siguiente aviso: — Se anuncia la llegada del hada Marrulla, flamante madrina de este reino.

Espléndida cual ninguna, la nueva protectora se detuvo a las puertas del salón, otra vez capturado por un rotundo silencio, aunque éste era de curiosidad. Sabía que su sola presencia sería muy bien recibida; llegaba en el momento justo y ella también era justo lo que todos creerían necesitar. No

obstante, antes de ingresar, en un derroche de inteligencia frunció siete vedes la nariz, y susurrando recurrió a los conjuros encantados: — **Magia perfumada, / asísteme en esta velada. / Que sedantes envolventes, / fluyan entre la gente. / Y cual fragancia sin igual, / deleiten en este lugar.**

La inmediata delicadeza de los vahos encantados anuló el olor de flores y sahumerios, poniendo a la concurrencia bajo su influjo propiciador de buena predisposición.

— ¡Es hermosa! —suspiraban algunos, comparándola con la simpleza y chatura de las tres pequeñas hadas.

— ¡Es altiva, segura de sí misma! —se deslumbraba otro, viéndola desplazarse rumbo al trono, entre destellos dorados.

— ¡Sí! ¡Ella será la solución! —vaticinó un esperanzado.

— ¡Qué exquisito aroma deja al pasar! Me hace sentir muy bien... - se escuchó más allá. Y un suave murmullo de optimismo volvió a ganar el lugar, hasta que la recién llegada ya próxima a los monarcas, los reverenció e inició su discurso

— Me honra apoyar desde hoy la defensa de este gran y prestigioso reino. Mas, sin desmerecer el protocolo, creo que el reciente incidente y el marchito ánimo que os ha quedado, amerita un cambio en mi disertación. ¡Reyes y nobles amigos, no os dejéis impresionar! Gehena ha venido sólo a promocionarse. Sus agresiones fueron pura propaganda, y mucha ha de ser su inseguridad, para ponerse a la defensiva con tanto ardor ¿Acaso no parecía su reto, una coraza para amparar la gravedad de su investidura, heredada en ruinas?

— ¡Lo supe desde un principio! No tolera el oprobio que le llegó con su manchada corona. —farfulló Felipe orgulloso.

— Y aunque así no fuera... -prosiguió el hada- ¿Ella tiene poderes mágicos? ¡Pues también yo! Y sólo mi Rey Óberon me supera en rango. Mas esto carece de importancia; cuando una liebre es lista neutraliza la peligrosidad del tigre, y a un zorro se lo caza con artimañas. ¡Os aseguro que soy lista en gran manera, y tengo incontables artimañas! ¿Acaso sospecháis el significado de mi nombre? —y ante el silencio general, prosiguió- Marrulla es una palabra oriunda del Continente Americano, que será descubierto en el futuro. Implica astucia, perspicacia ¡También poseo eso! Y en la lid contra las sombras, puedo ser truhán, ¡táimada como nadie!

La aclamación la detuvo, mas aún quedaba algo por decir.

— Solo me resta admitir que la labor de las tres hadas madrinas ha sido excelente, y los dones obsequiados al nuevo heredero, insuperables. ¡Nada tengo para ofrecerle que ya no haya recibido! Con mis poderes mágicos y mi sagacidad, sabré aprovechar muy bien aquellos magníficos regalos, tanto para salvaguardar al Príncipe Máximo, como para abatir a la maldiciente bruja. —y aceptando más aplausos y ovaciones, concluyó- ¡Ahora, que siga la fiesta y disfrutadla!

Luego de reverenciar respetuosa a la complacida realeza del trono, recibió a las antiguas guardianas, que agradecidas salieron tímidamente de su rincón para abrazarla.

— ¿Lo has notado, verdad? —susurró Carmín al estrecharla.

— ¿Qué Maléfica volvió a las andadas? —sonrió Marrulla, alzando una ceja- ¡Por supuesto! Fue tan obvia...

— Pero aquí no se debe saber... -aconsejó Esmeralda.

— ¡Y no se sabrá! -aseguró la nueva madrina-

— Te agradecemos el haber abogado por nosotras, ¡y te admiramos!

—musitó Azul- ¿De dónde sacas tanta seguridad?

— ¡Es verdad!-elogió Carmin-Desde que esa infame salió de nuestra órbita y se puso bajo la directa autoridad del jefe, ¡ni Óberon podría contra ella!

— ¡Shh! Lo se todo y podré con esto... Calmaos y pasadla bien. ¡No olvidéis que para vosotras será la última noche en el reino! -las acalló entornando sus ojos gualdos de pupilas verticales, y con una amplia sonrisa que la mostraba dichosa ante quienes ignoraban este cuchicheo.

Luego de tales contratiempos, la celebración continuó hasta muy avanzada la madrugada, y aunque nada estaba bien, todo pareció componerse.

V. El complot de las abuelas

La vida familiar de los monarcas transcurrió apacible, al menos es lo que pudieron fingir para que el primogénito creciera integralmente saludable, sin sospechar que una maldición pendía sobre su cabeza.

Siendo éste aún muy pequeño, era común encontrarlo por las tardes correteando en los jardines del castillo, jugando con jóvenes pajes y doncellas. Pero aunque fuera grande su diversión, en cuanto aparecía su padre abandonaba todo para ir tras él, pues le gustaba pasear en Sansón, su ya envejecido corcel. Y el rey con gran orgullo lo complacía.

En aquella remota época en que los nobles solían ser analfabetos, Máximo con sólo cuatro años de edad ya comenzaba a leer y escribir. A los seis, amenizaba las tertulias de sus abuelas con las más tiernas melodías de sus instrumentos de cuerda y viento, y si de cantar se trataba, era el que mejor y con más sentimiento lo hacía. Cuando tenía siete, aventajaba largamente a sus amigos, los príncipes de otros reinos, compitiendo en tiro al blanco con arco y flecha, como también en carreras de caballo. Y nada escapaba al ojo avizor del hada Marrulla, que controlaba todo personalmente, o a distancia con su bola de cristal.

Una mañana temprano, probando Felipe la destreza de su hijo con la espada ante la presencia del profesor responsable, fue interrumpido por el mayordomo: — ¡Alteza, por fin! Recorrí el castillo a lo largo, ancho y alto - dijo agitado - ¡No imaginé que os encontraría aquí!...

— ¡Cuéntame todo, Silvestre! ¿Qué está sucedido? –interrogó el rey, acercándosele, y dejando al niño con su instructor.

— Un pequeño reino del norte, al ser invadido por el Rey Jurgens solicita vuestra inmediata ayuda –respondió cuando estaban por salir del

gimnasio- Además, habéis sido recientemente padre de una niña saludable y hermosa. ¡Fue tan rápido!

— ¡Ah, qué bueno! ¿Cómo está mi reina?

— Os aguarda en perfecto estado.

— ¡Máximo! –lo llamó desde la puerta - ¡Ya ha nacido tu hermanita! ¿Quieres conocerla?

Cuando Felipe llegó al aposento de Aurora, ésta descansaba en su lecho con la infanta en brazos, y maravillado exclamó: — ¡Qué tiernas! ¡Sois preciosas!

— ¡Es bonita! ¿Verdad? –dijo ella luego de ser besada.

— ¡Bellísima! Mejor no podría ser –confirmó, alzando a la niña para presentársela a su hijo- ¿Te gusta?

— ¡Sí, mucho! Depositála en su cuna, temo que se me caiga. Con la espada o una ballesta sabría qué hacer, pero, ¡es tan pequeña! –dijo Máximo negándose a tomarla, mas jugando con ella cuando su padre lo consintió.

— Parece que nunca tendremos felicidad completa -suspiró la reina- Ya me enteré de que partirás a la guerra.

— ¡Shhh! No debes inquietarte, regresaré pronto.

— ¿Qué haré con todo? Sin ti no podría gobernar

— ¡Podrás! Nuestros padres te aconsejarán. Mas, no oigas a nuestras madres, son emocionales y se equivocan...

— De acuerdo. ¿Llevarás muchos soldados?

— Gran parte de nuestra milicia, pero no te asustes, la magnitud del combate no requerirá tal despliegue, sólo procuro impresionarlos para que se rindan pronto.

— ¡No sé qué decir! Con pocos correrás riesgos, y llevando muchos, los desprotegidos seremos nosotros...

— ¡No pienses así! Prométeme que disfrutarás de los niños sin tener malos presagios. Esta fortaleza sólo la asecharían enemigos espirituales; los humanos no se atreverían ¡Y con semejante hada como Marrulla no debes preocuparte!

— ¡Sí, esa fe me honra! –surgiendo de la nada exclamó sonriente la protectora, y los tranquilizó- En verdad podéis confiar. La noche de mi llegada, recorrí este reino en rauda vuelo durante el festejo, marcando territorio con mis polvos encantados y también esparciéndolos por el castillo. Así, vibraciones procedentes de toda situación riesgosa me alertarán con escalofríos, pudiendo localizar el peligro en mi bola de cristal y, con magia y astucia, rápidamente sofocarlo. Además, hice absolutamente inexpugnable a esta fortaleza, bañándola externamente con hechizos protectores

— Ciertos magos actuaron de igual modo -expresó el príncipe, que aún jugando registró todo en su cerebro.

— ¡Sí, tesoro! -enfaticó la benefactora, mostrándose divertida para ocultar su sorpresa- Y yo se los he enseñado...

— ¿De veras? –preguntó entusiasmado

— ¡Sí, amorcito! Pero, ¿sabes? –explicó besándole la frente- Aún teniendo geniales actitudes, los magos no son más que hombres mortales. Y yo siempre seré un hada.

— Comprendo, mas ya había notado tu superioridad. Ellos dejaron los castillo indefensos por dentro, pudiéndose entrar a éstos excavando un túnel, en cambio tú instalaste un sistema de infalibles alarmas ¡Sí que eres lista!

— ¡Y, ése es mi protegido! -exclamó abrazándolo.

* * *

Habiendo pasado algunos días, y cuando rayaba el alba, la colosal milicia llegaba al reino que debía auxiliar. Desde lo alto del terreno divisó al distante castillo, que envuelto en fuego y humo estaba a punto de ser tomado.

— Avancemos sin atacar –ordenó Felipe a dos generales- Solamente quiero que adviertan nuestra presencia. Tal vez no necesitemos entrar en combate.

En la fortaleza nadie se rendía, ni los que casi estaban derrotados, ni los que pronto serían vencedores, y la lucha seguía siendo encarnizada.

— ¡Mira ese resplandor! –dijo un atacante desde la terraza almenada, al que ascendía por la escalera que él terminaba de amarrar.

— ¡Es el fulgor de las armas que las antiguas hadas encantaron para el Rey Felipe!

— ¿Y peharemos contra armas hechizadas?

— ¡No seáis tontos! –gritó el voluminoso Rey Jurgens , también en la terraza, y acercándoseles con su larga y rubia cabellera al viento, aclaró- Sólo él las posee.

— ¡Pero, son incontables! Y parecen demonios brotando de la bruma que muere a su paso –respondió espantado el soldado que subía, y descendió con toda rapidez vociferando -¡No me quedaré ni para verlos!

— ¡Cobarde! –se encolerizó el rey invasor, con sus desorbitados ojos azules, y los lustrosos mofletes enrojecidos- ¡Cuando esto termine, te decapitaré!

— ¡Tampoco me quedaré aquí, tendréis que decapitarnos a todos! -y bajando torpemente, el que había sujetado la escalera alertó a los demás con el sonido del cuerno que colgaba de su hombro- ¡Retirada, llegan refuerzos enemigos!

— ¡No, no, no hagáis eso! ¡Pusilánimes! ¿Dónde ha quedado vuestra bravura? ¡Parecéis mujeres temerosas! ¡Regresad de inmediato! ¡Es una orden! -se desgañitaba Jurgens, con loca mirada y tironeando de sus propias trenzas. Pero fueron vanos los reproches y amenazas, pues entre sus agotadas huestes cundió el pánico, y sin consulta alguna todos desaparecieron, debiendo él hacer lo mismo. Cuando los libertadores llegaron, nadie los aguardaba para pelear.

* * *

En tanto, en el castillo de la bella durmiente persistía el aparente sosiego. Un deslumbrante abarrote de amuletos, sahumeros, velas y cortinados, daban a la torre del hada el pintoresco aspecto de una tienda de gitanos. Entre ese cúmulo de trapos y colgajos, y aún con las ventanas abiertas brindando buena ventilación, el aire denso y enrarecido hacía imposible no percibir **“lo sobrenatural”**.

El gran misterio parecía centrarse en una bola de cristal cubierta de terciopelo rojo que yacía sobre una mesa en mantelada, y sólo era superado por la arrobadora aparición de Marrulla. Máximo, acostumbrado a estas anomalías había hecho del lugar su refugio, frecuentándolo para charlar largamente con ella.

— ¿Entonces, ayudado por tres haditas, papá triunfó? -interrogó el heredero, luego de escuchar la historia familiar, en una de sus visitas a **la torre encantada**.

— ¡Sí! Y con la desaparición de Maléfica transformada en el vencido dragón, Felipe despertó a Aurora con el primer beso de amor -concluyó el hada

— Marrulla, ¡es lindo enamorarse! ¿Verdad?

— Lo sabrás luego de cumplir dieciocho años.

— ¿Por qué dieciocho años?

— Porque es el plazo que acordé con tus padres. Antes, sólo deberás concentrarte en el aprendizaje requerido para ser un excelente rey.

— ¿Qué edad tienes Marrulla?

— Más de la que imaginas. Mi creación data desde los orígenes del mundo.

— Pareces contar veinte y tantos años, no más... ¿Podrás esperar a que también yo los tenga?

— ¡Tesoro, siempre aparentaré esta edad! Entonces, tú me harás a un lado persiguiendo jovencitas...

— ¡Pero yo te quiero mucho y admiro! Me gustan tus alas nacaradas con puntillas, tus simpáticas orejas de cucurucho, tus ojos de gatito... ¿Las hadas se casan?

— Algunas lo han hecho, pero hay reglamentos y condiciones que no puedo explicarle a un niño como tú ¡Ya se te pasará! Es normal que los pequeños vean en sus padres el modelo ideal de marido o esposa ¡A ti te sucede conmigo!

— Mamá es dulce, buena, y linda, ¡pero tan triste! Me da pena verla llorar por los rincones. Creo que despertó de su largo sueño para sufrir. En cambio tú...

— ¿Yo? ¿Yo, qué?

— Me cuesta ver en ti únicamente a la defensora del reino, como a un general o guardia. Pareces la jovial tía soltera cómplice de mis travesuras... Quiero una esposa bonita, ¡pero simpática e inteligente como tú!

— ¡Mi amorcito, aplaza esos pensamientos...! Aún faltan once años para que te inquieten tales sueños.

— ¿Marrulla, te sientes mal? ¿Qué puedo hacer por ti? – preguntó el niño, preocupado, al verla temblar.

— ¡Descuida, son mis alarmas! Han descubierto algo que pretende entorpecer mi labor -explicó sentándose dificultosamente a la mesa, y antes de quitar el lienzo colorado para consultar su bola de cristal, le indicó –Por favor, aléjate de mi y guarda la mayor distancia posible.

Obediente, el heredero se apartó hacia la puerta, viendo emanar de la esfera un resplandor encandilante.

— **Prodigiosa bola de cristal, ¡muéstrame! ¿Qué está mal? ¿Algo o alguien me osa contrariar pretendiendo mis planes malograr?** –conjuró el hada, reduciendo el fulgor con el revoloteo de sus dedos.

Así, con todo lujo de detalle, se enteró de la conversación mantenida por las abuelas reales: — ¡Ay! –gritó la esposa de Humberto.

— Es la cuarta vez que te pinchas con la aguja. ¿Algo te inquieta, Premura? –preguntó su consuegra.

— Sí, nuestra nieta –dijo bordando flores enérgicamente en la tela que un gran bastidor tensaba- Celebraremos su nacimiento cuando regrese Felipe, ¡pero no puedo esperar!

— ¿Qué no puedes esperar? –abandonando la rueca conque hilaba.

— Otra maldición de esa bruja de las sombras. Ahora apuntará a la niña –aseguró apartando bruscamente su labor.

— No se ensañará con ella; sólo le interesa el heredero –sosegándose en la ventana, con la sedante belleza del paisaje- ¿Tampoco confías en Marrulla?

— No. La evado porque es más altiva que las otras hadas y me atemoriza, pero su seguridad aumenta mi desconfianza. ¡Ya sabes: “dime de que alardeas y te diré de que careces”!

— ¡Qué paradoja! Tememos de quien debiéramos confiar... ¡Pero es tan misteriosa e impredecible! – suspiró la madre de Aurora- Además, afirmó que sólo Óberon la supera, pero fuera del reino de las hadas debe haber poderes mayores...

— ¡Por eso Óberon siempre brilla por su ausencia...!

— ¡Jamás dio la cara! Obviamente evita hacer el ridículo

— ¡Entonces, actuemos en ausencia de mi hijo!

— ¿Con mi hija en el trono?

— ¡Pero ella es manejable! ¡Ah, Prudencia! Honras tanto tu nombre, que de muy prudente te paralizas.

— ¿Ya has pensado en algo? ¿Qué te propones?

— Pactar con Gehena.

— ¡Estás loca! ¿Temes a la altanería de nuestra hada madrina, y te arriesgarás con la más terrible de las brujas?

— ¡Claro que le temo, y mucho! Mas daría la vida por mis nietos, y al toro hay que sujetarlo por las astas. ¡Ya verás que podré establecer algún convenio!

— También tengo planes; ¡no te apresures, Premura! Vayamos antes al **Reino de la Esperanza**. Queda más cerca, volveremos pronto, y no es peligroso...

— ¿Por qué involucras a los vecinos? - cuestionó.

— Allí casi no hay conflictos. Todos viven felices, en paz, y lo más curioso es que carecen de hadas, druidas, magos, adivinos... ¡Tendrán un poderoso secreto! ¿Y si solucionan nuestro drama? Su reina es hija de la **Patrona del Arco Iris**.

— ¿Qué? ¿No es esa la estatua que hay en tu habitación?

— ¡Sí, pero esa mujer existió, era buena, justa y sabia! Mi confiable e inteligente hermano, así lo decía.

— Entonces, ve a La Esperanza, y yo iré a Las Sombras ¡Si Marrulla interviene, lograremos al menos un objetivo!

— De acuerdo... ¿Cuándo lo haremos?

— Hoy por la noche. Ya tengo todo empacado, y a cuatro guardias de ese turno perfectamente sobornados.

— ¡Por eso estás tan nerviosa! -dedujo Prudencia.

— ¿Te prepararás para entonces? Lleva pocas cosas.

— ¡Por supuesto! Empacaré lo necesario.

— ¡Viejas locas y sin vergüenza! ¿Cómo osáis desafiarme? –farfulló Marrulla al descubrir el complot de las abuelas.

— ¿Te sientes mejor, madrina? –el príncipe preguntó tiernamente, viéndola cubrir la esfera con el terciopelo.

— ¡Sí, cariño! –lo calmó, endulzando la mirada y la voz- Pronto tendré una reunión, ve a jugar con tu amiguito Pedro.

— ¿Hay alguna emergencia?

— Algo así, pero todo enseguida estará bien...

VI. Una ogresa respetable

En el gran salón del trono, y en presencia sólo de los adultos de la familia real, Marrulla inició la conversación: — Os he convocado pues me apena vuestra preocupación. Con las tinieblas oscureciendo sucesivamente los nacimientos de la reina y del príncipe, parece lógica tal inquietud ¡Y más aún en ausencia del rey! —mintiendo bondad- Pero, ¿por qué empañar la felicidad que debiera traeros la Princesita Ámbar? ¿Acaso no estoy aquí, comprensiva como siempre para daros paz y seguridad? ¿Negaréis la angustia de vuestros corazones?

— Sí, estoy muy angustiada —suspiró temblorosa la reina.

— Asiente con la cabeza, mas, no te dejes impresionar —murmuró Premura a su consuegra.

— ¿Seguiremos adelante con todo? — le preguntó Prudencia, también por lo bajo, mientras obedecía dudando.

— ¡Por supuesto! Estas son sólo palabras huecas...

— No está en los planes inmediatos de Gehena atentar contra la niña —aseguró la guardiana- Esperará los once años que restan, para que os desesperéis y entreguéis El Gran Reino a cambio de la vida de su heredero. ¡Así opera ella! Mas si seguís mis instrucciones, la muy malvada nunca tendrá el placer de apoderarse del trono, ni de ver cumplida su maldición, y mucho menos de proferir una nueva —continuó, desplazándose parsimoniosa hacia Aurora- Alteza, es imperioso, que en lo relativo a la protección del reino y de la familia real, apruebes una total sujeción a mis determinaciones. El Rey Felipe confiaría.

— También mis consejeros y yo -respondió la reina, observando a su padre y a su suegro asentir con la cabeza- Tratándose de fuerzas imposibles de sojuzgar humanamente, prometemos acatar tus decisiones.

— ¿Y esto alcanzará a toda la familia real, verdad? –lanzándole a las abuelas, una mirada inquisidora de ojos entornados.

— ¡Desde ya! ¿Acaso no somos los más interesados? Se extenderá, además, a los habitantes del castillo y del reino

— Ignoramos qué cuentas pendientes tienen contigo nuestras esposas –captando Humberto la indirecta del hada- Mas, nos ocuparemos de ellas, te lo aseguramos.

— Por supuesto, Marrulla, por supuesto. Les impediremos cualquier actitud impropia –aseveró el siempre circunspecto Estéfano.

— Nada hay pendiente –fingió la benefactora- Nuestro trato ha sido siempre cordial, pero, ¿cómo explicarlo? Las mujeres, con los años se sienten vulnerables; ven peligro donde no lo hay, y donde está no lo notan. Temores infundados las tornan misteriosas e impredecibles...

— ¡Oh! -susurró Prudencia, al escuchar sus propias palabras, con las que la calificó al complotarse.

— ¡Cállate y pon cara de nada! – entendiendo la situación, le ordenó Premura en voz baja- Todo es mera coincidencia.

— Siempre recordad la vergonzosa derrota de Maléfica -los animó la protectora- Invocó todas las fuerzas del mal, también los poderes de Lucifer ¿Y? ¡Felipe venció! Pero, guiado por las hadas... Lo mismo sucederá con Gehena, si me seguís. Creo que cuenta con tal respaldo, pero condicional, y al actuar atolondrada y descabelladamente no recibirá ayuda a

la hora de necesitarla ¡Porque yo me encargaré de que así suceda! Mi astucia definirá nuestro éxito, aunque también tengo grandes poderes, y sí sé usarlos.

— ¡Ahora se me aclaró el panorama! –fingió Premura.

— Agradezco estas explicaciones, y también tu paciencia –manifestó Prudencia con ruborizada sinceridad.

— ¡Así es mejor! Pues no toleraré errores por falta de entendimiento, ni siquiera a la familia real –avisó Marrulla- ¡Comprended que peligran los demás reinos! Si Gehena usurpara este magnífico trono, ¿les ofrecería ayuda como el Rey Felipe lo está haciendo ahora? ¡No! Se lanzaría a la conquista del mundo y entonces, ¿quién la detendrá? Por tanto, las secuelas personales de todo desacato no serán revertidas. Y que nadie interceda por el insurrecto, pues no mitigaré su penosa condición. Lo advierto, si una vida miserable es la opción, no he de ser yo quien la cambie; será ejemplo para que nadie más se subleve ¿Está claro?

Y todos asintieron con la cabeza y algún murmullo, luego de recibir la seria mirada gatuna conque Marrulla buscó respuestas.

— Bien, entonces doy por terminada la reunión.

— ¿Ya embalaste tus cosas? –susurró Premura a Prudencia mientras salían del recinto.

— Sí. Pero, ¿seguiremos con el plan?

— ¡Es obvio! Te veré por la noche, a la hora convenida.

Al ingresar Prudencia a su habitación, halló el baúl vacío y toda su ropa en el mueble donde siempre la guardaba.

— ¡Hubiera jurado que ya empaqué! ¿Cómo pudo trastornarme tanto esta reunión? –caviló muy confundida.

Por la noche y segura de que todos dormían, Premura montaba su caballo ante el enrejado de la salida principal: — ¿Qué sucede con esta mujer? Ya tendría que estar aquí... ¡Sabía que se arrepentiría! —e impaciente, mandó a la guardia sobornada- Alzad el rastrillo y bajad el puente levadizo.

— ¡Será un viaje peligroso! —reflexionó un soldado.

— ¡Y más aún sin compañía! —añadió otro.

— ¿Acaso queréis escoltarme? —y fastidiada por el silencio, ordenó- ¡No me hagáis perder tiempo! Voy a salir.

En tanto, Prudencia seguía luchando con sus pertenencias, pues al arrastrar el pequeño baúl, se abrió inesperadamente disparándose y arremolinándose su contenido en el aire, para luego desparramarse por todas partes.

— ¡Esto es obra de Marrulla...! -sospechó con algo de temor - ¡Pero, ya es muy tarde! Viajaré sin equipaje.

— ¿A dónde irás sin equipaje? —ironizó el hada, apareciendo antes de que abriera la puerta para escapar.

— ¡Marrulla!

— Sé del complot que tramasteis, y Premura estará tan irreconocible a su regreso, que me agradecerás el haberte impedido seguirla.

Y antes de que se excusara, oyeron ruidos de botas y confuso griterío de soldados que corrían de un lado a otro.

— ¿Qué os sucede, por qué vociferáis? ¿No sabéis que la gente está durmiendo? —Humberto llegó en ridícula ropa de cama y malhumorado al pasillo.

— ¡Lo saben, sí que lo saben! –dijo Estéfano, amodorrado y también cómicamente vestido, para luego encarar a la milicia- ¿Os dio un arrebato juvenil? ¿Dónde ocultasteis a las muchachas?

— ¿Qué ha sucedido? –se acercó la reina preocupada.

— La señora Premura huyó sola del castillo... -por fin le permitieron informar a uno de los soldados.

— Sola, porque impedí que su consuegra la acompañara –alardeó la guardiana al presentarse.

— ¡Prudencia! ¿Por qué esa bobería? -reprochó el marido

— Y... ¿a dónde fue mi esposa? –interrogó Humberto, avergonzado y enojado por faltar a su promesa de controlarla.

— Al Reino de las Sombras, nada menos que a a “pactar con Gehena” –remarcando Marrulla con grandes ojos la gravedad del dislate- ¡Y eso que hoy os previne! Ahorremos tiempo, quiero que los guardias sobornados la traigan de inmediato.

Y Prudencia se admiró aún más al descubrir que el hada conocía cada detalle de la confabulación.

* * *

Así como en el reino de la bella durmiente, la realeza estaba preocupadísima por **algo malo que pudiera suceder**, a la cúpula del territorio tenebroso, la tenía en vilo el **apurar lo malo que aún no había sucedido**.

— ¡Imbéciles! ¿Qué estáis celebrando? –enfaticó Gehena, mirando desde su balcón a la multitud de demonios, que bailaban frenéticos en torno a una hoguera de la planta baja.

— Disfrutan honrando a **nuestro jefe** -comentó Guadaña.

— ¡No te molestes con ellos! ¿Qué mal puede hacerte que dancen? –
intercedió Soplón para aplacar su ira.

— ¿No es preferible esto, a que vengan a estorbarte quejumbrosos
de aburrimiento? –opinó Criminal.

— ¿Acaso te aburres? – reprochó la bruja furiosa abandonando el
balcón, y acercándose a sus secuaces que haraganeaban, los encaró-
¿También vosotros os aburrís?

— ¡Todos detestamos este ocio! –Criminal representó a los demás -
¿Qué no daríamos por envilecer al mundo?

— ¡Pues ocúpate en acelerar ciertos resultados! Hace ya siete años
que sentencí al Príncipe Máximo, ¡y nada ha sucedido!

— ¿En verdad creíste que los diez peores estamos aquí para servirte?
¡Pues entérate! El jefe nos envió a impedir tus errores; ¡sabe que eres un
desastre!

— ¿Cómo te atreves? –vociferó encolerizada la reina inicua con su
cetro amenazante en alto, mas viendo incorporarse a los diez en actitud aún
más peligrosa, se detuvo.

— ¡No hay nuevos proyectos que inventar! –dijo Soplón, mientras se
arrinconaban sobre bancos de piedra – Ya has hecho el plan, el jefe lo
aprobó, ¡y sólo resta esperar!

— Aún faltan once años, -reflexionó Guadaña- y hasta este momento
todo está bajo nuestro control...

— ¿Cómo he de saberlo, si Marrulla empolvó con magia toda su área
de influencia? ¡Por su culpa, hace siete años que mis bolas de cristal no
captan noticias de cuanto allí sucede!

— ¡No importa! Por la corta edad del niño es apresurado hablar de enamoramiento ¡Los suyos aún pueden contenerlo! —dedujo el espíritu de dos bocas, tres ojos y cuatro orejas.

— Además, la estrategia pretende que ellos se desesperen, no tú. — recordó el ser cadavérico, y al silenciarse el bochínche demoníaco y escuchar tres sonoros golpes en el gong, determinó- Están llamando, iré a ver quien vino.

Y no necesitó descender, pues un ordinario diantre desde la planta baja gritó: — ¡Reina Gehena! Una abuela del príncipe Máximo quiere verte, dice que viene a pactar.

— ¡Ah! Hazla pasar y que aguarde -respondió pasmada, y luego dijo a sus fieles asistentes -¡Es la oportunidad! ¡Por fin veré el fruto de mis esfuerzos! ¡Y antes de lo previsto!

— ¡Detente! -alertó Soplón- El jefe no autorizó innovaciones. Esa mujer ya no es reina; no tiene autoridad sobre esas tierras, ni capacidad para hacer convenios.

— Regrésala con los suyos. Muy pronto transmitirá su desespero a los monarcas, y éstos pactarán contigo ¡Así debes proceder! —la asesoró Guadaña, y no convenciéndola, añadió- Un paso en falso y tú serás la más perjudicada.

— Se lo que hago, ¡ya veréis! Esta tonta me quitará los obstáculos, y Criminal dejará de aburrirse y revelarse.

* * *

El Rey Felipe y sus guerreros regresaron al hogar, y al oír todos los moradores del castillo el anuncio de los sonoros cuernos, salieron alegres a recibirlos.

Viéndolo desmontar, Aurora corrió a besar a su esposo con Ámbar en brazos, y su hijo saltando quería colgarse del cuello. El padre y los suegros lo felicitaron, y Marrulla transmitía tranquilidad con su falso rostro diáfano: — ¡Alteza, qué bueno será tenerte otra vez con nosotros!

— ¡Muchas gracias, mi hada bienhechora! ¿Qué novedades tienes? —mientras caminaban hacia el interior de la fortaleza.

— Luego nos reuniremos y te informaré. Ahora ve a darte un buen baño, come algo y descansa —interrumpió Humberto.

— ¡Sí, mi señor! Ya ordené que os preparen todo —se apuró a decir su emocionado mayordomo, emitiendo ruidos de corneta al sonarse la nariz con un amplísimo pañuelo.

— ¿Y tú, mi eficiente Silvestre, por qué lloras? —interrogó ahogando la risa.

— ¡Porque estoy contento con vuestra vuelta! —respondió, recibiendo un fuerte, inesperado, y público abrazo del rey.

Por la tarde hubo una gran tertulia, en la que saboreando gran variedad de pasteles e infusiones, la familia real escuchó atentamente el relato de Felipe, quien concluyó diciendo: —... al acercarnos, no había enemigos, todos huyeron. Entonces apuramos la marcha hacia el castillo, ayudamos a sofocar el fuego, y atendimos a los heridos. Cuando regresábamos, encontramos en el camino una muchedumbre con pesados carruajes abarrotados de materiales y herramientas. Eran los de El Reino de la Esperanza, que colaborarían con la reconstrucción de la ruinosa fortaleza.

— ¿El Reino de la Esperanza? —preguntó el hada, ocultando a tiempo su espanto— ¿Te han hecho preguntas comprometedoras o raras sugerencias?

— ¡No! De ellos sólo emanaba amabilidad -y reflexionando, preguntó a Humberto- Recién noto la ausencia de mi madre... ¡No la he visto en todo el día! ¿Está enferma?

— No lo se... Simplemente puedo decirte que no está -muy apesadumbrado, respondió su padre

— Hace cuatro semanas Premura huyó hacia El Reino de las Sombras. Intentando proteger a la Princesa Ámbar fue a pactar con la reina de la iniquidad... -se adelantó a informar su benefactora, y pretendiendo reducir su falta, añadió- Pero pude detener a Prudencia.

— Sospechando Marrulla que esto sucedería, previamente nos reunió para advertirnos, pero la muy cabeza dura se salió con la suya ¡Ya sabes, como lo hizo siempre! -sin dejarlo preguntar, también se apuró su padre, pues aunque nadie lo decía, todos se sentían responsables de la tragedia.

— ¡Ah, siento escalofríos! – el hada exclamó súbitamente- Son mis alarmas, quizás ella esté regresando al reino ¡Habrà peligro!

* * *

Y como el hada lo supuso, pronto sonaron en el castillo los cuernos, y también gritos de violencia: — ¡Socorro, auxilio! –una y otra vez rogaba Silvestre, corriendo despavorido con su mujer por el pasillo.

— ¿Qué sucede? –preguntó Felipe, saliendo de su cuarto apurado, en compañía de Aurora y los niños.

— ¡Nos quiere matar! –respondió el sirviente alterado.

— ¿Quién haría tal cosa? - dijo Humberto descreído, acercándose con su consuegro - ¡Has tenido una pesadilla!

— ¡No exageres, Silvestre, no exageres! Tú no tienes enemigos... - también se despreocupó Estéfano.

— Ha llegado vuestra madre, y respetuoso digo que está más loca que una cabra -por fin pudo explicar el temeroso y agitado hombre- ¡Se cree una ogresa y pidió que le cocinara a sus nietos para la cena! Al negarme, ordenó a los verdugos instalar en el patio una gran fuente con serpientes, dónde serían arrojados la reina, sus hijos, mi mujer, y también yo.

— ¡Por favor, majestad, id a persuadirla! –imploró la esposa de Silvestre- Los verdugos y los guardias no pueden contenerla; acompañan su locura increíbles bríos, y pronto estará aquí.

— Estoy de acuerdo -opinó Marrulla, apareciendo como siempre de la nada – Y que se acondicione primorosamente el más seguro de los calabozos. Allí nos veremos cuando esté tras las rejas, en tanto cuidaré a la reina y a los príncipes.

— ¿Qué? ¿Mi madre en un calabozo? –cuestionó el monarca, con el horror demacrándole el rostro.

— Lo aprobarás, cuando tengas que escoger entre tu madre presa, o tu mujer y tus hijos en una tumba.

Cuando el rey y los ancianos llegaron a la terraza, Premura jaqueaba a unos veinte hombres fuertes y armados. Distrayéndose al verlo, tambaleó quedando colgada de la pared almenada con riesgo de caer. Y abajo la aguardaba la fosa que protegía al castillo, llena de agua con cocodrilos.

— ¡Madre, tranquilízate, y ya no causes más problemas! –suplicó Felipe sujetándola y sacándola del apuro.

— ¡Felipillo, tu nunca me fallarías! ¿Verdad? –dándole, cuando estuvo a salvo, un apretado abrazo de oso, y desafiando con gritos a los demás- ¡En cambio, estos buenos para nada...!

— ¡Sí, pero ya déjame! —e insistiendo, le ordenó con brusquedad- ¡He dicho que me sueltes!

— ¿Hijo, qué te sucede? -obedeció decepcionada.

— ¿Qué te sucede a ti? ¡Ya no pareces más mi madre! —enfaticó, observándola con pena por su mirada extraviada, la ropa sucia, y los cabellos parados que parecían electrizados por un rayo- ¿Por qué te comportas como una lunática?

— ¡Mi amor, no estoy chiflada, soy una ogresa!

— ¡Una ogresa...! ¿Por qué te empeñas en decir tales sandeces? - encaminándola cuidadosamente, pero sin dudar, hacia la prisión.

— ¡Insolente, soy una respetable señora ogresa! Tú ignoras que desciendo de un terrible ogro que asoló todos los reinos, pero así son las cosas...

— Y... ¿Y por qué me lo has ocultado? —dejándola de contradecir para que no se subleva nuevamente.

— ¡Tampoco lo sabía! —en voz baja Humberto exclamó a su consuegro, acompañándolos por detrás, seguidos de una multitud de guardias y soldados

— Tu padre era tan sólo un hombre; no lo habría aprobado... ¡Ni a él se lo conté! Pero con mi viudez... — justificó Premura.

— ¡No te daba por muerto! —susurró Estéfano a Humberto, que mordiéndose los labios y meneando la cabeza, se avergonzaba de los delirios de su mujer.

— ¿Y ahora qué? —interrogó Felipe, intuyendo algo macabro en la picardía de sus ojos danzarines.

— Ahora, sin estorbo, haré que tu descendencia recupere todas las peculiaridades de mis ancestros... ¡Comprende, cariño! Te quiero por ser mi muchacho, ¡pero me has salido tan humano como tu padre! No puedo permitir que mi prosapia se extinga... -explicaba, mientras infinidad de tics nerviosos hacían más grotesca su apariencia de mamarracho.

— ¿Y cómo concretarás tan brillante idea? -preguntó sutilmente, ingresando juntos a un calabozo acondicionado con lujo, cual recinto para privilegiados.

— Te lo diré, pero me ayudarás ¡Pues nadie me hace caso!

— Lo consideraré ¡Ahora cuéntame! ¿Qué te propones?

— ¡Bien! La única opción será eliminar a tu mujer y a tus hijos, ¡mas no debes preocuparte porque tendrás otros! Casándote con la Reina Gehena, no sólo se unirán dos reinos poderosos, ¡también tus nuevos descendientes serán preciosos ogrillos! -y con risa bobalicona añadió- Ella es una bruja y aseguró que podrá lograrlo... ¿No es fabulosa?

— ¡La mejor! -y encubriendo su tristeza y espanto ordenó a los guardias- ¡Traed bebidas y pasteles para festejar!

— ¡Qué bueno, me has comprendido! -tomando asiento.

— ¡Ah! -exclamó el rey abandonando del calabozo aún abierto, y dirigiéndose al soldado que extrañado partía a cumplir su orden, añadió- Quiero también mermelada de moras.

En cuanto Felipe estuvo fuera, las rejas se cerraron, y encontrándose prisionera, su madre se violentó terriblemente, colgándose de aquellas cual gorila, zamarreándolas y empeñándose en destrozarlas, pero oportuna como siempre llegó Marrulla, trayendo de la mano al heredero.

— “Loca furiosa, mi magia es más poderosa, y tu fuerza de ogresa no podrá contra esta reja” –conjuró rápidamente, esparciendo con su varita prodigiosa una nube multicolor de hechizo, y para sedarla, la aromatizó moviendo siete veces la nariz, diciendo- “**Perfume fantástico y tranquilizador, controla su mal humor**”.

— ¡Gracias mis valiente! Id a descansar, la pobre ya se sosegó - autorizó el rey a su milicia.

Sólo Felipe, su padre y su hijo quedaron con el hada, situados a tal distancia del calabozo, que la desquiciada no lograba escuchar cuanto decían mientras era observada.

— ¿Puedes hacer algo por ella? –preguntó el soberano, con pesar, a la protectora de su reino.

— Antes de que huyera fuimos advertidos; no se revertiría su mal - intervino Humberto.

— ¿No ayudarás a mi abuelita? –interrogó el príncipe, al borde de la desilusión.

— No. Ella eligió esto, no fue sorprendida, y tu otra abuela quiso seguirla ¡Confórmate conque la detuve a tiempo! ¿Ves? Puede volverse costumbre. Piensa que este estado de Premura hará meditar a otros evitándoles igual fin... ¿Y si un día, tu madre o tu hermana quisieran visitar Las Sombras? ¿Conviene ese riesgo? Es mejor que por algún tiempo todo quede así.

— Puede ser que tenga razón... -murmuró Felipe con esfuerzo y dolor, respondiendo a la mirada de su hijo.

— ¡Gracias altezas! Os ruego que nos dejéis a solas.

— De acuerdo –aceptó el monarca, marchándose los tres.

— ¿También quieres que nos retiremos? –consultó uno de los seis guardias que custodiaban el lugar.

— No, vosotros podéis descansar -haciendo sonar sus dedos entre conjuros- **Con estos chasquidos quedaréis dormidos.**

— Ahora te toca a ti, Criminal -habló el hada, impasible y con gran autosuficiencia.

— ¿Cómo sabes que soy yo? -sorprendida preguntó Premura con una voz que no era la suya.

— ¡Has venido a matar! ¿Quién otro podrías ser? –encumbrando una ceja dedujo Marrulla.

— Entonces, ¿por qué me encierras entre barrotes? ¿Desconoces, acaso, que un espíritu del mal atraviesa paredes?

— Prefiero que la crean loca e ignoren tu presencia. Y...si no te has manifestado antes, es porque también te conviene...

— ¡Sí, el lugar es más cómodo del que vengo! ¿Qué mejor que estar dentro de la madre de un rey? Sentiré placer cuando ella coma y beba sus manjares. Seré amado, cuando su angustiada familia la visite...

— Mas no asesinarás en este reino, ¡jamás lo permitiré! –aclaró concluyente y con prontitud, domando sus temblores- Tus necesidades sangrientas las aplacarás con los animales que se consumirán en el castillo ¡Olvídate de lo otro! Te está prohibido.

— ¿Vienes a mi con imposiciones? –asomándose del cuerpo, muy alterado y con espeluznante apariencia.

— Tú dependes directamente del **jefe** y entre él y yo se interpone Óberon, ¡pero ambos han decidido mi puesto! Por tanto, mientras estés en mi zona de influencia, soy la fuerte del lugar y me obedecerás. Yo guardo

este reino y cuanto tiene, y nada harás que me desacredite; si lo intentas te exiliaré con Gehena ¿Has comprendido? –y todo lo decía con indiscutible seguridad y temible calma.

— Si, te lo prometo. –ocultándose otra vez- Entre las potestades del aire no convienen las contiendas...

— Bien, te creeré. Ahora no percibo negatividad –acordó ella, luego, junto a los dormilones recitó entre aplausos- **“Con mis manos al palmear, volveréis a despertar”**.

Y los seis custodios salieron de su letargo, mas no la hallaron, porque pronto desapareció.

VII. Conversación de hadas

En el castillo de las tinieblas, encolerizada como nunca, Gehena volteaba mesas, revoleaba sillas, arrojaba antorchas. Y cuanto objeto encontraba a su paso violentamente volaba en el aire, tanto por obra de sus manos, como de su negra magia. Los espíritus del mal sin rango, huían despavoridos de su presencia, y el séquito de los peores también, mas con gestos despectivos y desaprobatorios.

— ¡Ay, mi Reina Gehena! Si sigues así, todo saldrá mal – advirtió Soplón - ¿Ahora, cual es el problema?

— ¡Ah, claro! ¿La ausencia de Criminal no es un problema?

— ¿Te quejas? ¡Lo enviaste de contrabando a El Gran Reino para que no molestara! –reprochó nuevamente.

— Y para que eliminara a Aurora y a los dos niños, ¡pero en cuatro semanas no hubo noticias! ¡Además, mis bolas de cristal allí se bloquean!

— Sí, la magia de Marrulla te impide espiar su territorio, mas, no comunicarte con ella –opinó Guadaña- Quizá logremos saber si tus tres obstáculos aún están con vida...

— ¿Y he de llamar a esa desgraciada? –enfaticó la bruja- ¡Ni ebria, ni loca, ni sonámbula! ¡Jamás me rebajaría a tanto!

— ¡No es con ella con quien pedirás hablar...! -aclaró el esqueleto parlante- ¡Deja que me encargue!

En el más vasto de los reinos, Premura había sido llevada al matadero con una importante custodia. Su tremenda fuerza e insospechada destreza con el cuchillo y el garrote, quitaban la vida, desollaban y evisceraban a los animales más rápidamente que lo habitual, saliendo estos listos para ser condimentados y echados al asador. Su disparatado modo de

faenar provocaba risotadas en la milicia, atrayendo a la servidumbre, y hasta la familia real disfrutó del espectáculo.

— ¡Qué bien, ya se acostumbraron a su nueva condición! -murmuró Marrulla, observando el matadero desde la ventana de su torre. De pronto, centelleó en la habitación un leve resplandor procedente de la bola de cristal, y cuando la descubrió, se encontró con el rostro de Guadaña.

— Hada Marrulla, ¿estás ahí? ¡Hada Marrulla!

— Si, Guadaña, estoy aquí ¡Qué extraño que tú...!

— Marrulla, apenas te escucho y no te puedo ver.

— ¿Ahora mejoró tu percepción? –soplando la esfera.

— Bastante, aunque no del todo.

— ¡Confórmate! Es lo único que te concederé...

— Mi soberana desea hablar con la Reina Aurora, a quien tú sirves – manifestó él, procurando empequeñecerla.

— Dile a Gehena, que yo, la fuerte del mayor territorio, prohíbo tal comunicación. Sólo podrá consultar conmigo.

La protectora gozaba provocándolos, viendo a la malvada asomarse desesperada, mientras él forcejeando se lo impedía.

— No habrá diálogo si no es de monarca a monarca.

— ¡Guadaña....! Sabes que tu ama es una bruja, guarida de un hada tenebrosa, ¿sí...? Entonces conversaremos de hada a hada.

— Insisto en que así no será posible.

— Pues dile a Maléfica que ella se lo pierde –y sin más, concluyó el pleito soplando la bola de cristal y cubriéndola.

Sonreía imaginando la rabieta de aquella, y aguardó a que intentara otro contacto. Sabía que viéndose descubierta, la vergüenza y la curiosidad la atormentarían. Así, espionando por debajo del lienzo, pronto halló en la bola su faz desencajada que a gritos la desafiaba: — ¡Inútil cara bonita! ¡Grandísima máquina de decir tonteras! ¿Cómo osas bravuconearme?

— ¿Por qué escondes tu identidad? ¿Tan miserable te hace sentir? — fastidiándola con calma, luego de soplar su esfera.

— ¿Qué dices? ¿Por qué imaginas que...?

— Hace siete años, humillando con gran saña a las antiguas hadas, mostraste el despecho de alguien derrotado por ellas.

— Maléfica murió como dragón con una espada incrustada

— ¡No me engañas! Esa es una mentirilla para niños; sabemos que entre nosotras la muerte no existe. Y las bolas del Reino de las Hadas mostraron tu reclusión en prisiones subterráneas donde van los fracasados ¡Qué bochorno!

— ¿Fracasada, yo...?

— ¡Sí, Maléfica! ¿Maldijiste a Aurora, porque no te invitaron a su fiesta? ¡Sólo a ti se te pudo ocurrir eso! ¡Además, luchaste a muerte contra Felipe! ¿No pensaste que al jefe le convenía tal unión, porque se apoderaría de un reino mayor, como lo es hoy? ¡Ah, olvidaba la cereza del postre! Invocaste los poderes del mal y de Lucifer, cuando no te los enviaría por actuar contra sus planes ¿Y qué ocurrió? Perdiste y lo difamaste, pues a la vista de todos, el príncipe y las hadas triunfaron. Tu arrogancia y maldad te atolondran, ¿y qué obtienes? ¡Un nuevo baldón para tu historial!

— Y entonces, si estás tan segura, ¿por qué no me desenmascaraste?

— Es que tu muerte enaltece a “las hadas buenas”... ¡Ah! También sería acertado que dejaras de insultarnos; la fe que nos tienen los humanos asegura la continuidad de tus vilezas ¿O quieres que busquen al Innombrable y ambas caigamos?

— Falaz supo mentir a tiempo, y desalentó la lectura de El Libro de la Verdad – comentó encogiéndose de hombros.

— Si, pero el Innombrable siempre está buscando a la gente, y en un descuido nuestro ese encuentro se producirá.

— ¡Ya basta de parloteo! En concreto, ¿mi secreto seguirá guardado?

— ¡Claro, no lo dudes! Y si te inquietan Aurora y los niños, también puedes estar segura de su buena salud. Tan segura como que tu maldición jamás alcanzará al heredero bajo mi protección ¡Perdedora! ¿Debe ser difícil cargar tal oprobio, verdad? -sin esperar respuesta y ocultándole el paradero de Criminal, volvió a sonreír, sopló la bola de cristal, la cubrió, y murmuró para sí- ¡Muérdete la lengua y sigue rabiando, torpe!

* * *

En la noche siguiente, tres sigilosas esferas inteligentes visitaron a Premura. Percibiéndolas, Criminal salió del cuerpo dormido, y malhumorado preguntó:

— ¿Qué queréis aquí? ¡Apenas logro progresar un poco, y ya venís a molestarme!

— ¡Tranquilo Criminal! No nos envía Gehena -se apuró a decir Felón, abandonando su aspecto de burbuja igual que sus compañeros, y regresando a su estado natural.

— Quisimos saber de ti -aclaró Falaz

— ¡Imaginábamos tu mejoría, y...! –reconoció Ambicioso.

— ¡Claro! -ironizó Criminal- Y pretendéis instalaros aquí.

— ¡Jamás parasitaréis en mis dominios! –apareciendo súbitamente, aseguró Marrulla- Pero os ayudaré.

— ¡Bieeeeeen! –se alegraron los tres.

— Mañana, vendrá un mercader. Éste provee de productos orientales a occidente, ¡y de muchos chismes! Tú, Falaz, lo harás peligroso. Juntos repartiréis mentiras alborotando a los reinos, ¡y encenderéis la guerra! –dijo el hada, ante la fervorosa mirada del demonio- No es aristócrata, mas vive en la opulencia, y la pasarás bien en su cuerpo. Además, como viajarás podrás elegir algo mejor, si así lo desearas...

— ¡Mmm, será divertido! –estimó Falaz

— Para ti, Felón, tengo un joven apuesto; el frívolo lacayo del Rey Jurgens. También mañana estarán aquí saludando al Rey Felipe; quieren recuperar la buena relación que tuvieron antes de la guerra. ¡Entonces, promoverás el adulterio a diestra y siniestra! La pasarás bien, pues el muchacho es todo un picaflor. ¡Claro que jamás le revoloteó a flores con dueño!

— ¡Conmigo sí lo hará! - aseguró Felón.

— ¿Te has olvidado de mí? –preguntó Ambicioso.

— ¡No! Tú, tendrás lo mejor –anunció el hada – Por ser perito en la codicia indebida poseerás al Rey Jugens ¿Acaso no es un usurpador? ¡Pues, mañana será tuyo!

* * *

Pasada una semana, y durante otra avanzada noche, la torre de Marrulla fue visitada por seis burbujas más, que esperaban en su ventana.

— ¿Y vosotros, qué hacéis aquí? —aquella preguntó huraña, atraída por sus escalofriantes alarmas.

— Somos el remanente de los peores, y necesitamos que nos ayudes como a los otros —manifestó Politeo, entrando sin permiso, y tornando a su normalidad como los demás.

— ¡Atrás, así no! —ordenó, impidiéndoles ingresar- Os ayudaré, pero pasaréis de a uno para ser evaluados, y haréis vuestros desmanes fuera de mi territorio —debiendo aplacar la repentina ovación- ¡Shhh! Alegraos sin hacer bochinche.

— ¡Qué lástima, nos asignaron a Gehena y no a ti! —suspiró Politeo, desde el alféizar.

— ¡Ni se te ocurra proponerlo! —respondió Marrulla regodeándose- Se supone que soy un hada buena...

VIII. Durmiendo sobre el tablero

Al ponerse el sol, cuando el avasallante crepúsculo teñía todo de rojo, inclinándose sobre su bola de cristal, Marrulla consultaba el porvenir de su protegido: — **“El príncipe Máximo aún es pequeño, mas crecerá y tendrá sueños. / Amiga cristalina, dime el futuro de su vida, / y qué peligros le han de sobrevenir, así los podré prevenir”**

Mientras movía las manos con gran celeridad en torno del maravilloso instrumento, sus muy abiertos ojos, redondos como platos, se hundían en la profundidad del fulgor.

— ¿Y esto, qué es? ¡Un tremendo jabalí! ¿Estará en él su verdadero amor; una princesa hechizada que al ser besada...? No, no, no, no...en tal caso debería tratarse de una hembra, y este animal es un perfecto macho... -y luego de meditar un rato, sospechó- ¡Oh, no! ¡Por Óberon y todas sus hadas! ¿Será esta bestia la que pondrá fin a los días del heredero?

Pero se sosegó al comprobar que en la visión aparecía el príncipe, y lo mataba incrustándole su espada en la yugular.

— ¡Volví a equivocarme! El muchacho lo derrotará.

Inmediatamente observó una encarnizada batalla, en la cual sus protegidos resultaban victoriosos.

— ¡Una guerra terrible, sangrienta! Pero venceremos; habrá pocos heridos, ninguna baja, y tanto él como su padre saldrán ilesos ¡Bien! Por lo visto no hay de qué preocuparse ¡Mas, no he descubierto quien será su verdadero amor! No me lo informa, ¿acaso nunca se enamorará? -mientras concluía su consulta, una canción traída por la brisa la desconcentró, pues junto a la voz del heredero distinguió la de una niña. Asomándose a la

ventana, los vio en el balcón de enfrente, y estimándola bonita su preocupación fue extrema.

— Aún no tengo claro su futuro amoroso, y debo mantener la cautela -murmuró para sí, asustando con sus gritos al pobre mayordomo, interceptándolo de repente en un penumbroso corredor- ¡Silvestre, Silvestre...!

— ¡Ay! ¿Qué sucede? – se preguntó, arrojando por el aire la bandeja que llevaba cargada de alimentos.

— ¿Quién es la pequeña que acompaña al príncipe?

— Es la hija de un rey del norte. Nos visita por cortesía.

— Desde ahora, ninguna niña volverá a estar con el primogénito sin mi consentimiento, y cuando la princesa Ámbar crezca, yo personalmente seleccionaré a sus amigas. Hasta que Máximo cumpla los dieciocho años de edad, no quiero cerca de él mujeres que lo pongan en riesgo. Y las pocas con las que tratará, serán las más feas, antipáticas y grotescas que puedan existir.

— Con el debido respeto... Tiene sólo siete años, ¿no es muy pronto para...?

— ¡No Silvestre, no lo es! Sé de varios matrimonios, cuyos consortes se conocieron y enamoraron durante la infancia. Luego alertaré a la familia real, pajes y doncellas. Entre todos haremos que el heredero permanezca dormido al amor, mas tú habrás de ser mi informante en este asunto.

— ¿He de separarlos?

— ¡No, de ninguna manera! El niño es sumamente inteligente y nos podría cuestionar. Por el momento no hay peligro, al menos mis alarmas no

me lo avisaron, pero debemos tener cuidado, pues de a poco sus tiernos sentimientos pueden enredarse y complicarlo todo.

* * *

Cuando el rubio heredero de El Gran Reino cumplió diecisiete años, era tan agradable, inteligente y apuesto, que con los denodados esfuerzos, no sólo de Marrulla, sino del castillo en pleno, pudo mantenerse a salvo del asedio femenino. Hasta los monarcas de otros territorios se solidarizaban con su protección, y para que continuara ajeno a su sentencia, la guardaban en secreto de los más jóvenes.

En la fortaleza del rey Jean Pierre, donde ese año se realizaba la más importante competencia de ajedrez, algunos huéspedes discurrían animadamente procurando no alzar la voz. En cambio, en el salón de juego el silencio era absoluto, y en torno a las dos mesas instaladas para la disputa, el gentío se concentraba como paralizado, emitiendo sólo el rumor de los suspiros, muy de tanto en tanto, cada vez que los participantes movían una pieza.

— ¿Tú, entiendes algo de esto? —preguntó la princesa Ámbar, de ojos inquietos como la ardilla.

— No, absolutamente nada —respondió su deslucida y poco simpática amiga, que abriéndose paso a los codazos entre el público, la arrastraba hacia los meditabundos jugadores.

— ¿Y para qué me traes? ¡Esto es aburrido, yo me voy! —apartándose con más dificultad de la que tuvo para acercarse.

— ¿No comprendes que aquí es dónde están “ellos”? —susurró con su habitual sonido nasal.

— ¡Lizzetta, sólo piensas en muchachos! ¡Qué desespero!

— ¡Eso me pasa por ser amiga de una pollita de diez años!

— ¡Claro, tienes tres más que yo y te sientes muy madura!

— ¿Y ahora, a dónde me llevas? –siguiéndola también con fastidio por todas partes.

— Busco a Claudette, la hija del anfitrión. ¡Ella, sí es divertida! Y tiene algunos años más que tú...

Sentados cómodamente y con sendas copas de vino en sus manos, Felipe y el monarca de ese reino, mantenían una amable conversación en otro recinto.

— ¡Mi alegría es doble! –se gozaba el dueño de casa- Una, porque el campeonato anual de ajedrez se efectúa en mi castillo, y dos, porque tu hijo participa en él.

— Gracias, Rey Jean Pierre. Máximo juega desde pequeño, pero hoy por primera vez lo hace en público...

— Alteza, queremos ver a la princesa Claudette –ansiosa, manifestó Ámbar, sin olvidar hablar en voz baja para no distraer a los competidores.

— ¡Ya no sabemos dónde más buscarla! – exclamó Lizzetta, con su despectivo gesto de siempre, de nariz fruncida que parecía oler a feo, y abriendo grande su boca.

— Mi hija está en su aposento con la doncella, pero...

— ¿Está enferma? –indiscreta interrumpió Lizzetta.

— No, por suerte goza de buena salud, pero...

— ¿Y entonces por qué está encerrada?

— ¡Ya basta de preguntas tontas, Lizzetta! – la regañó su amiga, y solicitó al monarca - ¿Alteza, podemos visitarla?

— ¡Claro! Es lo que quería decir. Ella se pondrá contenta ¡Id a verla!
—sonrió el rey con mucha paciencia.

Una vez que el guardia les abrió la puerta de la habitación principesca, las jovencitas la sorprendieron con su entrada.

— ¡Ámbar, Lizzetta! —exclamó la reclusa al verlas, y abandonando a la doncella que le cepillaba el cabello, saltó de la cama para recibir las con su camisón de dormir - ¡Me alegrasteis la noche! Ya estaba por acostarme.

— ¿Qué has hecho? ¿Por qué te han confinado? —volvió a preguntar la muy curiosa.

— ¡Cierra la boca, Lizzetta! —replicó Ámbar, que con corta edad era más razonable- Le hablas como si fuera una delincuente cumpliendo su condena...

— No recuerdo haber hecho algo impropio, aunque...

— ¿Aunque? —preguntaron a la vez, subiendo a la cama

— Al enterarme que vendría el príncipe Máximo, no hice más que hablar de él ¡Lo elogian tanto, que moría por conocerlo! Aguardaba feliz la fiesta, y esto es lo que logré...

— ¡No pierdes nada! Vivo más en su castillo que en el mío, y poco lo veo. Cuando por casualidad lo cruzo en algún corredor, me saluda apurado y sin mirar ¡Le resulto invisible! Para él las mujeres no existimos... — comentó la muy quejona como si nunca se hubiera visto en un espejo, y reveló- ¡Es tan aletargado en el amor, como despabilado en otros aspectos de su vida! Comentan por ahí, que mientras su acelerado cerebro piensa cada jugada, su corazón continúa durmiendo sobre el tablero, y lo apodan “**El Heredero Dormido**”.

— ¡Qué triste! —se compadeció su hermana- Papá y el hada Marrulla le exigen demasiado, porque algún día reinará sobre el más vasto de los territorios. Y como de él esperan lo mejor, el pobre cumple un riguroso programa que apenas le deja tiempo para vivir ¡Jamás podría pensar en idilios! Sólo se entretiene esporádicamente con sus amigos, porque de algún modo también forman parte de su disciplina; ustedes entienden: cacerías, ajedrez, arquería, navegación...

— Sí, nos esforzamos por entender... -ironizó Lizzetta.

— Me dijeron que es apuesto, cortés, ¡lo que se dice una delicia! — manifestó Claudette, desechando los malos chismes- ¡Daría cualquier cosa por verlo tan solo de lejos!

Había terminado la primera partida de ajedrez comenzando el bullicio del intervalo. La servidumbre circulaba por doquier portando bandejas con manjares y bebidas, y el gentío aprovechaba para socializar. En tanto, Máximo deseando encontrarse con su padre, con mucha ética y amabilidad, se desenmarañaba de abrumadores saludos y felicitaciones, merecidos por ser uno de los que triunfó.

— Como comprobarás, estimado Felipe, —continuaba conversando el monarca local, que había acaparado a su colega- he apartado a mi hija de este evento para evitarle tentaciones a tu heredero, tal como lo hemos acordado. Espero que la incluyas en la lista de probables candidatas, una vez que él cumpla los dieciocho años... Tú la conoces; es bonita, educada, alegre...

Ninguno de los dos soberanos advirtió que tras el cortinado que había a sus espaldas se aproximaba el príncipe en cuestión. Este había escuchado todo y quedó petrificado de indignación, pero antes de que pudiera reaccionar, la princesa Claudette lo tomó casi por asalto.

— ¿Eres el príncipe Máximo? —encarándolo sin rodeos.

— Sí, lo soy -respondió reconociendo el tocado de perlas y encaje bordado, y con preocupación apoyó la mano en su espada, preguntando- ¿por qué llevas esa prenda de mi hermana? ¿Dónde está ella, qué le han hecho?

— ¡Calma! Soy Claudette la hija del Rey Jean Pierre. Me escapé de mi cuarto y para que no me reconozcan, Ámbar me prestó esta “cosa” elegante que me resulta tan útil. Salgamos de aquí, no quiero exponerme, mi padre supone que sigo recluida -y lo condujo a un solitario balcón, reteniéndole la mano desde que sujetó el arma.

— ¿Tú, recluida? ¿Por qué te priva de esta gran fiesta? -conociendo el motivo, quiso descubrir qué tanto sabía ella.

— Lo ignoro, jamás da cuenta de sus actos, y mucho menos a las mujeres de la familia -contestó, desembozándose del complejo sombrero, perdiendo su mirada en la noche estrellada y aspirando todo el aire del campo- Supongo que ha concedido mi mano a algún joven, e intenta evitar que me interese en otro. Por eso, no temas; no pretendo conquistarte, solo quería conocer a la gran promesa de tu reino, al que tantos éxitos se le atribuyen...

— Y... ¿eso no te apena? Me refiero al compromiso...

— Un poco, ¡pero como nunca me enamoré, casi me da lo mismo! ¡Los casamientos por conveniencia son tan comunes en nuestro ambiente! Mira a tu alrededor, ¿acaso las parejas que se han formado te parecen compatibles?

— Creo que resultarán un verdadero desastre -respondió, luego de que ambos se asomaran al interior del salón, para echar un vistazo a la concurrencia que parecía divertida y feliz, a pesar de su disparidad.

— ¡Oh, tres príncipes vienen por ti! –exclamó temerosa la muchacha, cubriéndose nuevamente y huyendo con prontitud.

— Son mis amigos –dijo a la nada, quedando solo.

— ¿Por qué nos evade tu hermana? – muy serio, interrogó uno de ellos, confundiendo a las muchachas; como era de esperar.

— No lo sé, Eric. Será la timidez propias de su edad... - justificó encogiéndose de hombros, y trasladándose pensativo al salón, preguntó- ¿No os parece raro? Somos los únicos que carecen de novias... Aunque, ¡para tener las que ellos tienen, es mejor no tener nada! ¿No lo creéis así?

— ¡Pero, sí tenemos novias! – corrigió su amigo, que era huesudo, casi alvino, y bastante desabrido.

— Y son bonitas, educadas, simpáticas... -informó Igor, otro de los príncipes, que tenía lacia y brillante cabellera negra, ojos grises, y una rústica virilidad que le brotaba por todos los poros.

— ¡Las elegimos personalmente; no nuestras familias! – aclaró Ralph, el tercero, de pelo castaño, divertido y carilindo.

— ¿Y por qué no están con vosotros? –cuestionó Máximo.

— Sus padres no les permitieron venir, y no sabemos por qué – nuevamente el último respondió por todos.

— ¡Qué casualidad que a las tres les sucediera lo mismo! Igor, ¿no es extraño? -hizo notar el heredero a quien parecía el mas serio y responsable, aguardando un argumento lógico.

— La respuesta de Ralph, es la única que tenemos.

— Tampoco vino la mía – dijo otro joven que al final se integró al grupo, y sonriendo acotó- ¡Porque no la tengo!

— ¡Pedro, Pedro! ¿Estás enamorado? -curioseó Ralph.

— ¿Acaso un escudero como yo no tiene derecho a enamorarse?
¡Qué pena que para ella no existo!

— Bien, os dejo. Debo volver a competir. ¡Es la final! -manifestó Máximo, disponiéndose a regresar al juego, pero algo desconcentrado debido a sus recientes hallazgos.

Concluido el evento ajedrecístico, las nobles familias emprendieron el regreso a sus respectivos territorios.

— ¡Eres muy mala, una traidora! -Lizzetta reprochaba a Ámbar en un carruaje, cerca del que transportaba al rey y a su hijo.

— ¡Qué amarga eres! ¿Vienes de una fiesta o escapas del verdugo?
—ironizó la pequeña de diez años.

— ¡Soy tu mejor amiga! ¿Qué digo? ¡La única! ¿Quién otra se acerca a visitarte? Si tu no vas por ellas ninguna viene por ti, ¡¿y así es como me pagas?! ¿Por qué la favoreciste? ¡Jamás has hecho cosa semejante por mí! ¿Cómo pudiste postergarme de ese modo? ¡Qué ironía sería que ella lo lograra y yo no! —hasta sollozando rezongaba, y aún sin comprender, la corte de aristócratas y la guardia de soldados comenzaron a escucharla- ¡No creas que esto termina aquí! ¡Esto recién comienza! ¡Ya conocerás las consecuencias del volcán que acabas de destapar! ¡No sabes de qué soy capaz!

— ¿Qué os sucede? – cuestionó el Rey Felipe, asomándose por la ventanilla cuando ambos coches estuvieron a la par.

— Nada grave, papá. Lizzetta ha bebido demasiado y tiene el vino triste... – improvisó la niña, haciendo que su amiga llorara a gritos de modo

ridículo, y ya nada se entendiera del borbotón de tonteras que continuaba diciendo.

— Y tú, Máxy, ¿por qué estás tan callado? —nuevamente preguntó Felipe, extrañado, pero con tono amigable- ¡Fue tu primera competencia pública de ajedrez! ¡La más importante! ¡Resultaste el indiscutible ganador! Y no tienes el ánimo esperado... ¿Algo te ha entristecido?

— Algo me ha decepcionado... - respondió con gesto ceñudo y la mirada fija en algún punto inexistente del anochecido paisaje- Pero ahora prefiero no hablar de eso...

IX. Una pareja desapareja

Al tímido despertar del alba, cuando el rey Felipe y su compañía regresaban al castillo, debieron detenerse en el puente levadizo, porque un enorme carro obstruía la entrada principal, manteniendo a los guardias concentrados en una todavía moderada discusión.

— ¡A un lado, hazte a un lado! Las carrozas reales están llegando – gritó uno, alertado por el profundo sonido de un cuerno transformado en bocina.

— ¡Basta de parloteo y abre paso, o te sacaré por la fuerza! Nuestro soberano ha regresado – más enérgico ordenó otro.

— ¿Por qué lo detenéis? –apersonándose preguntó el rey- ¡Es nuestro proveedor de especias y perfumes!

— Mas, no está solo, majestad, pide hospedaje para un náufrago, y esperamos la aprobación del hada madrina. Creímos que en vuestra ausencia, su palabra sería la más segura, pues nadie quiere responsabilizarse.

— De acuerdo; también aguardaré su consejo – determinó el rey, murmurando luego a su hijo, que se había acercado - Aunque de haber percibido riesgos, ella ya estaría aquí.

— Estas en lo cierto, alteza, -confirmó Marrulla al aparecer, y entre miradas de complicidad con el endemoniado mercader, añadió- no detecto peligro alguno.

— ¡Por favor recibidlo! –el proveedor simulaba compasión- El mar lo arrojó en vuestras playas con una balsa de madera podrida, y los jirones de su ropa sucia confirman un penoso y largo viaje. Es de raza amarilla, habrá sobrevivido al naufragio de alguna nave asiática ¡Cómo delira! Quizá

tragó agua marina o se golpeó, y las inclemencias climáticas habrán sumado lo suyo ¡Pobre, es tan joven!

— No tiene fiebre – comprobó Máximo tocándole la frente - Y su delgadez es normal en un adolescente oriental; no parece haber pasado hambre durante varios días. El largo de su cabello también es común entre...

— ¡Y el anillo ostentoso muestra su nobleza; quizá sea un príncipe! – lo interrumpió irreverente el vendedor, apurando con una mirada a Marrulla para que actuara en su favor- No lo depositaré como un paquete en cualquier lado, y no hay otro castillo cercano. Lo encontré aquí, en vuestras tierras. ¿Creéis que sobrevivirá si lo traslado a otro reino?

— Yo lo recibiría...-opinó el rey desoyendo a su hijo, que ya en el viaje de regreso se mostraba mal predispueto.

— Y yo coincidiría contigo –opinó el hada- es nuestro deber cuidarlo, ¡y más aún tratándose de un noble!

— ¿Y si el anillo fuera robado? –cuestionó Lizzetta.

— ¿No comprendes, niña, que no percibo peligro alguno? – retrucó Marrulla mordiendo las palabras, pues no toleraba ser contradecida, y menos por tal chiquilla caricaturesca.

— ¡Recíbelo padre! Se lo ve tan indefenso... –inesperadamente pidió Ámbar, con vocecita lastimera- Piensa que uno de tus hijos podría estar en su lugar...

— Ya no perdáis más tiempo, hacedlo pasar – por fin ordenó el rey, influenciado por su hija.

— ¡Entrometida! ¿Desde cuando tu opinión pesa más que la mía? – escondiendo su desaire masculló el hada.

Concluida la deliberación, el príncipe se apartó del grupo. Hasta en el paso apurado se evidenciaba su mal humor.

— ¿Qué quieres Marrulla? Sé que me sigues -cuestionó en el pétreo corredor de sonoros ecos, por el que aparentemente él solo transitaba- Te advierto que no estoy para sociales; es tal mi enojo que tengo para repartir. Sugiero que me dejes.

— ¡Pero! Estamos tan compenetrados, que hasta puedes advertir mi presencia invisible, ¿y pretendes altercar conmigo? – mostrándose, respondió ella con voz afable y mimosa.

— ¡No! No es contigo, es con mi padre. Aunque en parte también tú eres responsable -explicó suavizando el tono, sin imaginar que la acústica llevaría sus palabras hasta los oídos del rey, que todavía a gran distancia llegaba por detrás.

— ¿Qué problema tienes conmigo? –interrogó Felipe.

— Estoy extenuado, y quiero descansar –contestó, detenido de un brazo por su madrina para atenuar su insolencia.

— Entonces aclaramos esto y luego reposarás tranquilo –determinó enérgico el monarca al acercarse, luego los acompañó hasta su despacho donde todos se instalaron para conversar, y allí cuestionó- ¿Qué me reprochas?

— Te escuché hablar con Jean Pierre, ¡y fue indignante! ¡Estoy harto del arbitrario límite que me impones para el amor, y de tus agobiantes rutinas que me impiden vivir! –le enrostraba conteniendo las lágrimas con rabia y dolor, pues estrenaba su primera rebelión- Ya me mortificaba que tan ridículos cuidados fueran una cuestión de estado; aún así los soporté y disimulando seguí adelante ¡Pero estas exageraciones trascendieron nuestras fronteras, son una confabulación mundial! ¡Me abochornas!

— Hijo, te comprendo; también fui un adolescente alborotado, pero aún así cumplí mi tiempo de preparación, ¡y eso que ni soñaba con reinar tan vastos territorios!

— ¡No repitas lo mismo de siempre! ¡Tu comprensión de nada me sirve si no hay cambios!

— Cuando conocí a tu madre tenía veinte años, ¿por qué no puedes aguardar hasta los dieciocho?

— ¿Por qué te encaprichas con los dieciocho? ¡Ya cumplí diecisiete! ¿Son tan importantes unos meses de diferencia?

— ¿Y por qué este apuro? ¿Acaso te has enamorado? –con simpatía y dulzura, el hada lo invitó a la confesión.

— Aún no... Pero, siendo como vosotros decís: “el heredero de un trono tan importante”, ¡debéis dejar de humillarme con estas incoherencias!

— En concreto, dime, ¿qué es lo que propones? –preguntó su padre, pretendiendo concluir la disputa.

— Quiero tener novia.

— Hasta después de los dieciocho años no la tendrás.

— ¡Y otra vez lo mismo! Si me consideras “tan especial”, ¿por qué mis amigos las tienen y yo no? ¡Ellos me aventajan!

— ¿Acaso, quieres que te arregle un noviazgo por conveniencia? ¡Tú sabes que es mejor casarse enamorado!

— ¿Lo sé? He visto infinidad de parejas desaparejas que parecían felices, ¡en cambio, examina la tuya! Mi madre vive llorando, ¡y se casaron enamorados!

Cerrando los ojos, como sofocando un gran dolor interno, Felipe quedó sin palabras. No podía decirle que la causa era la maldición que lo asechaba.

— ¿Te conformarías con cualquier joven? —preguntó la genio - Sería una acompañante que jamás presentarás como novia, sino como amiga de tu hermana. ¡Y que la gente crea lo que quiera! Al menos por casi un año salvarás la imagen.

— Sí. No es lo ideal, pero lo acepto...

— ¿Aunque sea fea y fastidiosa como Lizzetta?

— ¡Aunque sea ella misma! —respondió sonriendo, debido a los calificativos que le adjudicó.

— Eso se podría arreglar... -opinó Marrulla mirando al rey, que no se mostraba muy convencido con la idea.

— ¡Bueno, veo que nos vamos entendiendo! —exclamó el príncipe- Es una alternativa que no había considerado...

— ¿Ilusionaremos a la pobre Lizzetta hasta que “el niño caprichoso” no la precise más? No está bien jugar con sus sentimientos, ¡es la amiga de mi hija, y su padre mi par!

— ¡Y yo soy tu hijo! ¡Has empañado mi prestigio y lo tendrás que reparar!- reclamó el adolescente.

— ¡Máximo! Ahora eres tú el que me está hartando. No olvides que soy tu padre, y que también sigo siendo el rey.

— ¿De dónde sacas esas tonteras del “prestigio empañado”? Todos te elogian y admiran, ¿por qué te persigues solo? —hábilmente trató de calmarlo Marrulla

— No, no se está persiguiendo solo. –inesperadamente se inmiscuyó Ámbar, sin ser advertida su entrada por la acalorada discusión- Habla con fundamento, ¡y eso que desconoce el mote que le pusieron!

— ¡Niña! ¿Qué dices? –preguntó su padre sorprendido.

— ¿Ignoráis que lo apodan “el heredero dormido”, porque su tonto corazón permanece aletargado para el amor? ¡Cuentan que en vez de latir, ronca! –enfrentando a todos y molestando al hada.

— ¿Comprendéis? –el príncipe volvió a indignarse- No todos me elogian y admiran; también se burlarán...

— ¡Bien, lo pensaré! Rechazo lo propuesto, pero prometo buscar una rápida y mejor solución –intervino Felipe conmovido al observar su angustia.

Dado que todo ha sido dicho, iré a ver a nuestro visitante –informó la benefactora desapareciendo del despacho y presentándose donde aquél fue hospedado.

— ¡Ay! –gritó el endemoniado proveedor, que inclinado espiaba por la puerta entreabierta, cuando su voluminoso trasero recibió una descarga de chispas mágicas.

— ¿Qué figoneas mercader tramposo? –se mofó el hada

— ¿Me demandarás alguna explicación? –sonrió él.

— No, mi bola de cristal me ha informado todo.

Pero la conversación se detuvo por ruidos que desde el recinto denunciaban una pelea. Y antes de que ingresaran a constatarla, los siervos que atendían al convaleciente asiático escaparon como una estampida de búfalos. En la confusión se derramó el agua de las palanganas, rodando algunas de estas por el piso. Los frascos de ungüentos se estrellaron contra

las paredes, dejándolas pegajosas y malolientes. Y entre el griterío se pudo escuchar: — ¿Qué es esto? ¡Metieron un monstruo en el castillo!

— ¿Por qué nos mandaron a atenderlo? ¡Es un peligro!

— ¡Qué lo encierren con Premura! ¡Enviad un pelotón!

Luego de que el pícaro vendedor desapareciera con los que huían, Marrulla entró al cuarto y encontró al adolescente rescatado del mar en pleno delirio, luchando contra la nada.

— ¡Ah, ah, ah! –gritaba al golpear el aire de un modo desconocido en El Gran Reino. Con rápidos movimientos de manos y pies, parecía caminar por las paredes, y hasta sus saltos eran increíbles.

— **“¡Muchacho de oriente, de inmediato detente!”** – con su varita y un conjuro lo dejó suspendido en el aire, a la altura que él por sus propios méritos había alcanzado.

— De no haberlo visto, creeríamos que tu magia lo subió hasta allí – dijo el Rey Felipe ingresando al lugar con Máximo, el escudero Pedro, y unos diez soldados fuertemente armados, a quienes instruyó- Cuando Marrulla le quite el hechizo, sujetadlo y encadenadlo a la cama .

— **“Náufrago desconocido, a que descendas te obligo”**-volvió a conjurar la benefactora.

Pero en un parpadeo, los hombres del rey fueron dispersos como en una explosión, quedando maltrechos por doquier. Y el visitante los derribó con lo que pareció un simple movimiento, pues los ojos no captaban tal velocidad.

Sin embargo, la sola presencia de Máximo lo detuvo. Cuando se le acercó con confiada calma, no necesitó más que verlo desvanecerse, en un simulacro que el hada no creyó

— ¡Ah, sinvergüenza, no deliras! –farfulló ésta sin ser escuchada-
¡Sabes que Maxy es invencible!

* * *

Apenas había transcurrido una semana, y a las puertas del castillo ya golpeaban nuevos problemas.

—...por eso, es menester desenmascararlo – el joven escudero de Máximo, concluía el relato al rey en el estudio - Desde su llegada desconfío de este extraño sujeto. Además de las enumeradas con fundamento, tiene otras actitudes que tampoco me convencen, aunque no se por qué...

— Es verdad – al fin opinó Marrulla por conveniencia, no pudiendo sostener defensa alguna a favor del polémico huésped – Intuyo cierto enigma, mas descarto el peligro porque mi magia no lo registra.

— Yo aguardaría ¡Evaluemos todos sus argumentos cuando recupere la razón! Lo único que sabemos de él son suposiciones de un mercader chismoso –estimó Felipe.

— Y además, convendría aprovechar su novedoso modo de luchar – hizo notar el hada.

— ¡Claro que sí! Ni bien se... -pero el monarca quedó con la palabra en la boca, al abrirse repentinamente la puerta.

— ¡Dispensadme, alteza, no he podido detenerlo, mas lo intenté! – avergonzado y tambaleando adujo el paje al ser empujado por un hombre de estatura mediana y rotunda, ataviado como aristócrata aunque de ordinarios modales.

— ¡Disculpadme, soberano! –agregó uno de los guardias de la entrada- Evitamos violentarnos porque el rey es vuestro amigo.

— Todo está bien... -los despachó Felipe, y a su alterado colega, sonriendo le preguntó- ¡Nicola! ¿Qué te sucede? ¿A qué se debe tanto ímpetu?

— ¡Perdona, no se lo que hago! Mi hija Lizzetta no ha dejado de enloquecerme, desde su regreso del campeonato de ajedrez. ¡Quiere casarse con tu hijo! –alegó con efusividad y grotescos movimientos de manos.

— Toma asiento y cálmate –le dijo poniéndose de acuerdo con su protectora, al simple encuentro de sus miradas.

— ¡Me avergüenza contártelo! ¡Se obstinó nada menos que con tu brillante heredero, y ni el más paparulo de mis lacayos se fijaría en ella! ¡Si fuera bonita y cordial como su difunta madre! ¡Pero es mujer, y peor que mis hermanas!

— ¡Eso es desprecio! ¡Ahora comprendo por qué tanto descuido! ¡Pasa todo el tiempo en este castillo! ¡Casi lo ha hecho su hogar! Eso no es adecuado para una doncella y menos siendo princesa... -le espetó el escudero, con el seño fruncido de indignación.

— Pedro, creo que te aguardan Máximo y sus amigos – procurando apartarlo, lo interrumpió su señor.

— Sí, alteza –contestó respetuoso y salió pronto del recinto, para desmoronarse anímicamente, por lo que luego alcanzó a escuchar.

— ¡No desesperes, Nicola! Ya he tratado este asunto con Marrulla, y creo que arribaremos a un convenio satisfactorio para todos –lo animó Felipe suavizando el agravio.

Pedro no era un joven apuesto, su fealdad tampoco le aportaba varonil rudeza, y el oscuro pelo, desprolijo, largo y duro, daban a su figura delgada el aspecto de plumero ambulante. Todos lo querían por su excelente

desempeño, confiabilidad y trato agradable, pero él sabía que eso no alcanzaba para conquistar a Lizzetta, y lloroso corrió por los pasillos limpiando su nariz torpemente con la manga.

La reunión de príncipes tenía lugar bajo una techumbre saliente, tosca y sencilla, pero muy resistente. Y ésta cubría un vastísimo sitio destinado a ejercicios físicos, donde únicamente había aparatos para entrenamiento de combate.

— ¡Pedro, te extrañábamos! -dijo Ralph, probando amistosamente con Eric las espadas que allí se exhibían.

— ¿En verdad os interesa mi compañía? –sensible hasta la punta de los pelos, preguntó con temblorosa voz.

— ¡Sí, claro, eres uno de los nuestros! –agrandando Ralph sus ojos color café, e iluminándosele el rostro aniñado.

— ¿Acaso hay alguna duda? –con una interrogación confirmó Eric, sin desatender su práctica.

— ¡Te apreciamos como a un hermano! –enfaticó el primitivo Igor, que asistido por Máximo usaba uno de aquellos armatostes- La nobleza la llevas adentro.

Para Pedro, resultaban excesivas y muy fuertes las emociones experimentadas en menos de una hora. Estaba a punto de estallar nuevamente en llanto, y distanciándose para que no lo advirtieran, tímidamente respondió: — Gracias...

Pero Máximo, conociéndolo de toda la vida no podía ser engañado, y notándolo extraño se le fue acercando: — ¿Tienes problemas? ¿Quieres hablarme en privado? –interrogó apartándolo aún más de sus ocupados amigos.

— ¡Alteza, os casarán con Lizzetta! –dijo cual volcán en erupción

— Primero, olvida el protocolo y los mayestáticos. Segundo, ¿estás loco? ¿Cómo puedes imaginar eso? –refutó Máximo con una amplia sonrisa- ¡Me extraña! ¿Tú, mi fiel amigo y valiente escudero, llorando por semejante imposible?

— Su padre está ultimando los detalles con el tuyo... ¡Créeme Maxy, los escuché! ¡Hasta Marrulla lo aprueba!

— Te contaré algo que te consolará, ¡pero es un secreto! Como todos mis amigos tienen novia y no quiero parecer menos, cubriré las apariencias con Lizzetta. Sólo me acompañará a los acontecimientos sociales durante algún tiempo, mas no habrá compromiso alguno. Por pura disciplina, recién después de los dieciocho años me permitirán noviar con quien me plazca.

— ¿Y qué de Lizzetta y sus sentimientos? ¡Te ama!

— Lo sé; es lamentable... -reflexionó- ¡Pero esa causa sabe que la tiene perdida! Comprende que con este acuerdo también ella se beneficiará, porque el mostrarse a mi lado la hará codiciable. En cambio, ¿ahora, quién la tiene en cuenta? No es digno lo que digo, ¡mas, no hay otra verdad!

— Sí, yo... -susurró el triste enamorado, entre rubores y trémulos suspiros de congoja.

— ¿Tu, qué...? ¡Tú! – sorprendido, por fin hizo el insospechado descubrimiento- Entonces, ¡esas lágrimas no se compadecen de mi; están reclamando el amor de Lizzetta!

— Sí... -volvió a murmurar, restregándose los ojos que continuaban húmedos- Pero no le importó...

— ¡Amigo! Todo pasará más rápido que un bostezo ¡Ya lo verás! En tanto procuraré ayudarte con esto ¡Confía en mí! –lo contuvo con promesas y un fraternal abrazo.

Con el postrer residuo de luz, cuando la turbiedad del cielo aún no maduraba su negrura, una dulcísima música brotaba del castillo uniéndose al graznido de las palomas, que se preparaban para dormir en sus recovecos externos. En Ámbar se agitaba un nuevo sentimiento, y la flauta que llevaba a sus labios lo delataba en cada nota.

Cómodamente sentados, la familia real, los jóvenes príncipes, sus escoltas y escuderos, se deleitaban en absoluto silencio. En tanto, la servidumbre también lo hacía pero trabajando, ocupada en colmar de manjares y bebidas las dos grandes mesas instaladas en el recinto contiguo.

— No te inquietes, hija, -musitó Prudencia a la reina- pero creo que Ámbar está enamorada. Vivía pegada a mis faldas y ha tomado distancia, su melodía está impregnada de nostalgia, y sus ojos siempre vivaces se adormilaron...

— ¡Es lo único que me faltaba, tras un hijo maldecido y una suegra desquiciada! ¿No comprendes que es una niña? –susurró Aurora, con sus oleadas de angustia.

— ¡Ya tiene diez años; edad de sueños y fantasías! Además, con la desesperada Lizzetta como amiga... no te extrañes si nuestra niña está quemando etapas.

— Alteza, la comida se ha servido, y el copero también supervisó las bebidas -las interrumpió el mayordomo.

— Perfecto, ni bien termine la música iremos a la mesa.

Escuchando Lizzetta el informe de Silvestre, sigilosa se apartó del grupo, y pronto comenzaron los escalofríos de Marrulla. Dejando el lugar, y seguida del preocupado Máximo que jamás se acostumbró a ese penoso estado, no necesitaron alcanzar la bola de cristal, pues cruzando la puerta, hallaron a aquella adulterando el vino de dos copas.

— ¿Me quiere envenenar? –susurró extrañado el heredero.

— No, también lo echó en su copa. Intenta conquistarte, y la poción hará efecto si ambos la beben –dijo la protectora.

— ¡Oh! ¿Qué sucede? –manifestó Lizzetta muy sorprendida, cuando al darse vuelta se vio descubierta

— Eso es lo que yo te pregunto... -reprochó él con peligrosa calma, y tomándola con inusual brusquedad de un brazo la enfrentó a las bebidas- ¿Qué le has hecho al vino?

— ¡Nada! Tan sólo cataba su bouquet. Algunos me gustan calientes y con especias, y otros así nomás...

— ¡Mira, niña, no quieras pasarte de lista! –se despachó la guardiana con cachaciento aire de superioridad.

— ¡Niña, no; princesa! -la corrigió en un retruque de altanería que mejor se hubiera ahorrado.

— ¡Arpía, pues como tal te comportas! –tranquilamente la insultó, sin amilanarse y sosteniéndole provocadoramente la mira. Sabía que la tenía en sus manos y podría destrozarla.

— ¡Qué fiasco! Apenas comenzamos con la farsa, ¿y ya haces estos disparates? –reprochó él con desacostumbrada acritud.

— Ya salgamos de aquí, pues pronto tendremos testigos -ordenó la madrina, retirando las copas y apoyándolas en el balcón del cuarto al cual se trasladaron.

— ¡Os aseguro que todo está bien! —y más ridícula que otras veces, procuraba convencerlos, llegando a beber de las dos- ¿Veis? Tragué la mitad de ambas ¿Acaso me ha sucedido algo malo? ¡Toma, puedes beber tranquilo...!

— ¿Piensas que somos estúpidos? —dijo el hada quitándose las de las manos y regresándolas a su lugar, al ver que se las ofrecía a su protegido- ¡No sólo mientes para encubrir tus malas intenciones, sino que insistes en llevarlas a delante! ¿Crees que estás engañando a un humano? ¿Eres tan imbécil que no me temes? ¡No tienes idea de lo que te puedo hacer!

— ¿Pretender que me ame es una mala intención? —de pronto sollozó Lizzetta, sabiéndose en peligro.

Máximo tuvo piedad de la triste situación de la muchacha, mas la ocultó por desaprobar sus actitudes. En cambio, con espanto se asombraba de las amenazas que profería Marrulla, nunca antes escuchadas e impropias de un hada bienhechora.

Una de las mesas del comedor estaba destinada a la familia real, a la protectora del reino y a los príncipes amigos, en tanto la otra era para sus escoltas y escuderos. Mientras ambas se poblaban de comensales, Aurora notó las ausencias, y señalando a su esposo los asientos vacíos, con disimulo le dijo: — Felipe, quiero saber que sucede, están tardando demasiado. Iré por ellos y regresaré enseguida...

— ¡Pero no era eso lo acordado! —continuaba enfatizando Máximo, ya más dolido y reflexivo que enojado- ¡Mi padre tenía razón cuando desaprobo este convenio! Si al fin lo aceptó fue por las súplicas del tuyo, a

quien hostigaste con tu obstinación. ¡Quisiste imponerme sentimientos que no tengo mediante una poción! ¿Dónde perdiste la dignidad?

— Donde comencé a amarte -acentuándose el sonido nasal de su voz, y también el movimiento de batracio de su boca.

— ¡Querida, eso es capricho! –explicó Aurora, amable, pero con su habitual angustia, y comprendiendo la situación al instante de su llegada- Si lo amaras desearías su bien...

— ¡No le deseo mal, tan sólo es un elixir de amor! Si el me quisiera, se sentiría feliz a mi lado...

— ¡Pero así, arrebatarías mi libertad! – desbordado gritó Máximo - ¿Quién te sugirió hacer esto? ¿Fue tu padre?

— No, mis hadas madrinas...

— ¿Qué dices? –con el seño fruncido inquirió Marrulla, dispuesta a defender del descrédito a las de su especie- ¡Mientes, desgraciada! ¡La curandera Rosa Nera te asiste!

— Murió hace un mes – respondió sin defenderse - Ahora nos amadrinan Carmín, Esmeralda y Azul...

— ¿Qué? ¿Cómo pudieron hacerme esto? Ellas me han acompañado casi toda la vida... ¡yo les creí y las amé! –casi desfalleció Aurora, mas repentinamente abandonó su estúpida pasividad y por fin se reveló- ¡Oh, insensibles, taimadas, ignoran la ética, no son confiables, son... una porquería! ¡Jamás las perdonaré!

— Por favor, Maxy, ¿puedes dejarme a solas con tu madre? Además, tus amigos querrán saber de ti...

— De acuerdo, Marrulla... - retirando las copas del antepecho del balcón y comprobando- ¡Están vacías! Mientras discutíamos alguien se las bebió.

— Me tranquiliza saber que no fuiste tú. Encarga a Silvestre que las haga lavar bien, ¡pero muy bien! - le indicó el hada, y dirigiéndose a Lizzetta, ordenó- Y tú, ¡sal inmediatamente de mi vista! ¡Vete a croar a otra parte!

— ¡Qué tragedia padeceríamos si Maxy hubiera caído en la trampa! —evaluó Aurora tras la huida de Lizzetta.

— ¡Ya deja de magnificar y tranquilízate! —sugirió Marrulla tratando de contenerla- Carmín, Esmeralda y Azul no te traicionaron pues no es a ti a quien auxilian. Ahora están adjudicadas al Rey Nicola, y cumplieron su misión.

— ¿Y necesitaban perjudicarnos? ¡No les importó la maldición que acecha a mi hijo!

— Máximo no habría apurado la muerte bebiendo el filtro, porque su amor hacia Lizzetta sería mágicamente falso. Además se desvanecería ante la aparición del verdadero ¡De éste es de quien debemos cuidarlo! ¡Su beso sería fatal! Y tus antiguas hadas lo saben.

— Aún así no me retracto -confirmó la reina- No es bueno manejar la voluntad y sentimientos ajenos ¡Lo que han hecho es imperdonable! Destruyeron un dulce recuerdo, ¡y desde ahora, para mi son basura!

A la mesa de los nobles, sólo faltaba Lizzetta, y mientras la reina, por lo bajo informaba a su marido de cuanto había sucedido, aquella apareció muy campante de la mano de Pedro, como si pasearan lentamente por los jardines.

El Heredero Dormido

— Rey Felipe —dijo la desagradable muchacha ante la admiración de todos- ¿Permitirías a Pedro sentarse a mi lado? A partir de hoy somos novios.

X. El misterio de Shén Mí

El otoño se despedía desplegando todo el fulgor del sol que, aunque prometedor, todavía no calentaba, y en una de sus últimas tardes la protectora consultaba la esfera. En tanto, siguiendo sus instrucciones, los reyes aguardaban distantes algo de información.

— Bien, el fenómeno que estamos hospedando tiene dieciocho años y se llama Shén Mí, que precisamente significa “misterio” -dijo Marrulla concluyendo la sesión - Su padre es un rey de oriente con el que tiene una pésima relación, ésta motivó la huida de su hogar. La buena noticia, es que ciertamente hoy despertará, recuperando la razón.

— Y...con respecto al noviazgo tan pretendido por Máximo, ¿qué haremos cuando reitere su pedido? Porque, ¡seguro que insistirá! -quiso asesorarse Felipe.

— Querido, ya pensaremos en algo. Algunas ideas dan vueltas por mi cabeza -inesperadamente opinó Aurora.

— ¡Maravilloso! Te noto más activa y menos llorona -festejó su marido- Me alegro por ti, por mí, y por el reino. ¡Así te necesito para gobernar!

— Es que...se acerca el tiempo límite, Gehena jamás se quedará quieta, ¡y debo estar alerta! Después de que mis antiguas hadas me decepcionaran, comprendí que es inútil gimotear por los rincones, esperando a que alguien solucione mis problemas ¡Nadie habrá mejor que yo para hacerlo!

— Por lo pronto, lo mantendremos muy ocupado durante todo el invierno, adiestrándolo en el nuevo método de lucha que nos trae Shén Mí - continuó Marrulla, perpleja ante la inusual intervención de la reina, que hasta

el momento no había sido más que un vegetal- Resultará fácil que priorice este asunto, porque no siempre dispondrá de tan singular profesor. Luego, tendrá una importante cacería, una guerra, un torneo, y cuando se quiera acordar de reclamar una novia, ya estará a días de cumplir los dieciocho años.

— ¿Una guerra? —preguntó extrañado el rey

— Si. Mas, despreocúpate; vencerás sin bajas y con muy pocos heridos.

— De todos modos consideraré varias alternativas -manifestó Aurora, estrenando su autoridad- Maxy fue hadado con excepcional inteligencia. Seguramente, pondrá reparos y querrá salirse con la suya... Lo he decidido, me ocuparé de esto ¡Es mi hijo, y no debo volver a dormirme!

El hada madrina percibió un ramalazo de competencia y su asombro pronto se transformó en ira. Poco faltaba para que le dijera: “¡Cállate, mosquito bullanguero! ¿Quién te ha permitido zumbiar?” Pero los últimos restos de sensatez la hicieron recapacitar, y todo quedó en sus pensamientos

En tanto, en la habitación dónde dormía el joven oriental, mareaba ver el ir y venir de la servidumbre. Higienizarlo y perfumarlo, asear también el lugar y ventilarlo, eran algunos de sus menesteres, y todas las labores se cumplían con esmero pero rápidamente, pues el temor urgía a la retirada.

— ¡Pobrecito, siguen tratándolo como a bestia! —se apiadó Ámbar, desaprobando las cadenas que fijan al piso, lo sujetaban de cuello, pies y manos, impidiéndole moverse.

— ¡Alteza, pelea contra los fantasmas de su delirio! —opinó la criada, cambiando dificultosamente la ropa de cama con el mozo acostado que, inconsciente, no colaboraba.

— ¡No lo puedo creer! –ayudándola con su tarea.

— ¡Pero lo vi! Y en lo que dura un estornudo se despachó a diez de los mejores hombres del rey. ¡Parecía un endemoniado! ¡Jamás presencié cosa igual!

— Sin embargo lo veo tan desprotegido y vulnerable...

— ¡Y apuesto! –con picardía la descubrió- Por ser de una raza tan distinta a la nuestra es bastante lindo, ¿verdad?

— ¡Ay! ¿Qué quieres insinuar?

— ¡Que os encanta! –muy fresca y dicharachera, dedujo la mujer- Desde que llegó, cambiasteis la compañía de vuestra abuela por la mía. Nunca antes me ayudasteis con los quehaceres, y de repente vos, una princesa hecha y derecha...

— ¿Me está asistiendo una princesa? – ante el asombro de todos, despertó el enfermo, con sus primeros signos de cordura, y observando a la niña bonita de rubios rulos.

— Si, soy Ámbar –respondió dulcemente, soltándole súbitamente la mano que le había aprisionado.

— Y yo soy el hada Marrulla, protectora de este reino -se anunció con su pesado bagaje de mal humor, apareciendo como siempre por sorpresa- ¡Pronto, despejad el lugar! Tengo que hablar en privado con nuestro honorable visitante.

— Solicitándolo con tanta consideración y respeto, consentiremos tus ruegos –ironizó Ámbar, y sin empacho amenazó- Te aseguro que pagarás por tu irreverencia.

— ¿Cómo te sientes, Shén Mí? Aunque... ¿alguna vez estuviste mal? –preguntó la benefactora con inquietante calma, cuando estuvieron a solas. Y

sentándose a un lado de la cama, lo liberó mágicamente con su varita, demostrando que nada la perturbaba, pues ella era más peligrosa.

— Sí, acertaste mi nombre, ¿pero, conoces también a quién estás desafiando? -respondió a la provocación con bravo gesto, incorporándose violentamente en el lecho- Soy príncipe de un reino casi grande y poderoso como éste.

— Veo que sabes demasiado. Habiendo despertado recién de tan prolongada inconciencia, deberías ignorar el lugar donde te encuentras, ¿y ponderas sus dimensiones y supremacía?

— ¿Me desconfías?

— Digamos que... sé que te propones. ¡Qué ahínco has puesto en aprender este idioma viviendo tan lejos! ¿Me negarás que has arribado a estas tierras en una nave mercante que jamás se hundió? Durante todo el viaje mantuviste sumergida una balsa, para que se pudriera y te sirviera de falsa prueba. ¿Quieres que te cuente más?

— ¡Ya basta! – la interrumpió fastidiado - ¿Quién te ha dicho eso de mí? ¿Fue el traficante que me trajo?

— No, soy un hada buena, que además de una varita mágica tiene una bola de cristal más chismosa que el mercader.

—Tu procacidad apesta a extorsión. ¿Qué quieres de mí?

— Nunca pensé intimidarte. Sólo son advertencias para que no te pases de listo ¡No quieras engañarme! Tu exhibición del otro día no fue un delirio. Y sé que con instrucción bélica agradecerás al rey sus cuidados. ¿Si?

— ¿Y, está mal?

— No. Además me conviene. Por eso, no te exasperes conmigo – dijo, reprimiendo apenas su temblor de alerta.

— ¡Logré lo que quería! ¿Por qué debería enojarme?

— Estás enfadado y mucho; tu energía negativa llegó hasta mí y eso antes no sucedía –le refutó confundiendo el origen de ésta, pues Prudencia y Aurora eran quienes no podían aplacar su ira, luego de oír todo lo que allí se habló.

— Hemos venido a regañarla por insolentarse con Ámbar... ¿Y ahora, qué? – desconcertada susurró Aurora.

— ¡Shh, huyamos! –tomándola fuerte del brazo y apartándola con sigilo- Prefiero que ignore cuanto sabemos. Ya tendremos ocasión de ponerla en su lugar.

— Si, aprovecharé este hallazgo en otro momento -reconoció, y cuando estuvieron lejos, comentó- ¿Viste que en las hadas no hay que confiar? Si las otras, que durante tantos años me parecieron buenas, cariñosas y fieles, resultaron unas traidoras, ¿qué podemos esperar de esta hipócrita, que nos esconde información y confabula con extraños?

— ¡Ya es suficiente! Cambiemos de tema y ánimo – determinó Prudencia - O descubrirá que nosotras activamos sus alarmas.

Los príncipes nuevamente se reunieron en el gimnasio del cobertizo, y no escatimaron comentarios sobre los sucesos de la noche anterior.

— Máximo, ¡sí que te salvaste! – sonrió Ralph, palmeándole la espalda y sentándose a su lado en un escalón- ¡Debe ser espantoso y ridículo tener que tolerar a Lizzetta por amor!

— ¡No, por un hechizo! –refutó ceñudo- ¡Pobre Pedro! Su falta de atractivo lo llevó a este embrollo.

— ¡Tampoco soy apuesto, pero no como piedras! – exclamó Eric, observando el filo de una espada nueva- El vale oro en polvo, en cambio ella... ¡Bien, ya sabemos qué es ella!

— Es lo que es, por el desprecio que le tiene su padre –aseveró Pedro al entrar- ¿No comprendéis? Con sus insólitas actitudes implora: “¡Estoy aquí, necesito afecto!”

— ¿Implora? Diría que lo impone –retrucó Máximo

— Al enredarme en su magia, ella comenzó a amarme... ¡En mi no hubo cambio, nada me impuso! Y tú bien sabes lo que siempre sentí –le recordó.

— ¡Amigo, lo que sientes no es amor! Se llama compasión –dijo Igor asomado a la ventana.

— Nobles jóvenes, este es el Príncipe Shén Mí –dijo Felipe llegando acompañado de Marrulla y del asiático- Durante este invierno nos entrenará en defensa personal de oriente.

— Alteza, ¿podremos entrenar con él? –consultó Ralph

— Por supuesto, y también vuestras milicias -seriamente respondió el rey- Sé que vosotros seríais mis aliados, si llegara a necesitaros. Sólo os pido que no informéis al Príncipe Franz. A veces lo he visto en el grupo, mas en esta ocasión no lo quiero como espía olfateando mis dominios.

— De acuerdo señor, pero él no es de los nuestros –le aclaró Igor, como vocero de los demás- Creemos que su padre lo envía en encubierta misión diplomática, para reparar la mala relación que quedó entre vosotros al impedirle invadir el norte, ¡pero es tan bruto...!

Ocultando su complicidad con Shén Mí, Marrulla optó por el silencio. Pero en su retirada, regaló a los jóvenes una sonrisa y un guiño de

ojo, que el rey no advirtió. Es que sus orejas “acucuruchadas” de agudísima audición, habían oído murmurar al pícaro Ralph: — ¡Maxy! ¡Tu hadita es un manjar! ¡Con razón no tienes novia! ¿Intentarás enamorarla?

* * *

Mediaba ya el invierno, y a pesar del frío paralizante, hombres sudorosos entrenaban duramente, atestando el vastísimo gimnasio.

— ¿Por qué tendrán que gritar tanto? ¿No les basta con moverse como locos? —dijo la criada dejando una jarra con agua, una palangana, y algunas toallas limpias, que el instructor agradeció inclinándose reverente, cuando vio desde lejos que la princesa la acompañaba.

— ¡Es verdad...! Todos parecen dementes... -reconoció Ámbar, retribuyendo el saludo con una sonrisa, y luego de un suspiro acotó- ¡Pero Shén Mí es tan intrépido y valiente!

— ¡Sí, y además el más chiflado de todos! —la contradijo- Siendo desprotegido y vulnerable, intrépido y valiente, o el mayor de los lunáticos, de cualquier modo os gusta. ¿No creéis que estáis llenando vuestra cabeza de cucarachas a muy corta edad? ¡Tened cuidado, os desilusionaréis, es de otra raza!

— ¡Pero! ¡Nunca pensé que lo discriminarías! ¡Eres una racista! — mientras se retiraban con paso quedo; lentitud que imponía la niña, para poder verlo durante un poco más de tiempo.

— ¡Perdonadme, alteza, pero no soy eso que habéis dicho! ¡Sólo me preocupo por vos...! Su raza amarilla no lo hace menos humano que nosotros, y tampoco olvido que es un príncipe y yo una sierva. Pero su cultura debe tener costumbres y tradiciones muy distintas a las nuestras, que probablemente os harán sufrir. Además, ¿creéis que vuestro padre le permitirá llevaros a sus tierras? ¡Ni lo soñéis!

Al cabo de varias horas de violentos ejercicios, quien se presentó fue Marrulla, cumpliendo una de sus esporádicas inspecciones. Distrayéndose al verla, Ralph, Igor y Eric desatendieron su actividad recibiendo fuertes patadas en sus rostros, y fueron vergonzosamente derribados.

Esta vez, el hada no había aparecido de la nada, como en otras oportunidades. Ingresando por el portón, muy parsimoniosamente recorrió el perímetro del área, y sonriendo por el incidente, sin emitir palabra alguna se retiró.

— ¡Descansad! – autorizó Shén Mí, y haciéndose el desentendido preguntó a los príncipes -¿Qué os sucede, altezas?

— Nada. Sólo nos desconcentramos –dijo Ralph

— ¿Qué tenéis con mi madrina? ¿Pareciera que no la conocéis? - cuestionó Máximo que advirtió la causa de la distracción.

— ¡Siempre de lejos! –exclamó Eric- Esta es la primera vez que la tenemos cerca, y con frecuencia...

— ¡Con razón le dices: “**Mi hadita alas de puntillas y orejas de cucuruchos**”! –insistió Ralph apoyado en una columna.

— ¡Por favor! ¿Dónde perdisteis el honor y la lealtad? ¿Olvidáis que tenéis novia? –muy en serio los sermoneó el heredero, procurando imponer una cordura que no cuadraba. De pronto, sobrevaloró a quien se le había hecho costumbre, y lo irritaba que otros la codiciaran.

— ¿La estabas ocultando de nosotros? – preguntó repentinamente Igor, con su habitual mirada distante y secándose la transpiración, que lejos de afearlo, añadía a su atractiva rudeza un toque irresistible de salvaje sensualidad.

— ¡No lo puedo creer! ¿También tú caíste a sus pies? –se admiró Máximo, y respondió- ¿Cómo puedes pensar que la escondí? ¡Simplemente las circunstancias se dieron así!

— ¿Te molestaría que intente cortejarla? -interrogó Ralph, en un arrebato de indiscreción.

Oleadas de calor le enrojecieron el rostro hasta hervirle las orejas. Un cimbronazo de rabia y pudor lo enmudeció por un momento, y luego de remover emociones que procedían de su niñez, respondió: — Sí, me molestaría porque la aprecio. Es alguien muy importante en mi vida, y a ninguno de vosotros os permitiré que la lastiméis.

— No te voy a negar que el hada me gusta... ¡porque me gusta! Mas no he caído a sus pies, como has dicho - volvió a intervenir Igor, taciturno como siempre- No quiero una esposa que en vez de ser mi ayuda idónea, con sus mágicos poderes me manipule, o gobierne mi reino ¡Piénsalo! No tienes en claro tus sentimientos y puede resultarte peligroso. Deberías considerar esa situación cuanto antes.

— ¡Bien! Regresemos a nuestros ejercicios... -ordenó Shén Mí, al comprobar que el ambiente se estaba caldeando, no obstante disimularlo.

— La próxima, nos ocuparemos de ti – Ralph, jocosamente, amenazó a su instructor- Hablas poco, pero tus ojos galopan tras la princesa...

Y en lo alto de la torre mágica, la bola de cristal revelaba a su dueña, aquella controversia juvenil.

— ¡Oh, Muchachito lindo! ¡Mi tesoro! ¡Con que me quieres...! - susurró plenamente satisfecha, mientras concluía la consulta, cubriendo la esfera- Estamos a mitad del invierno, no tienes claros los sentimientos, ¡pero me celas! ¡Mmm, maravilloso! Tengo tiempo suficiente para embrollarte un poco más...

* * *

Las incursiones de Marrulla por el gimnasio alcanzaron cotidianeidad, pero antes de ingresar chasqueaba los dedos mudando de atavío. El habitual, de recatado buen gusto, tornábase demasiado incitante para las costumbres de aquel remoto tiempo. Y en todos los casos, como insectos bajo una palmeta cazamoscas, los príncipes invitados eran derribados al desatender sus prácticas. Quizá por ser los más jóvenes del lugar, sus ojos se fugaban tras ella, y sólo Máximo y Pedro seguían en pie; el primero por el don que lo hacía invencible, y el segundo por poner todos sus sentidos en el entrenamiento, ya que Lizzetta estaba muy lejos para perturbarlo.

— Excúsame, Shén Mí, regresaré enseguida -dijo el heredero muy serio dejando su sitio, la última vez que se repitió tal provocación. Parecía marchar a la guerra, al son de un redoble de tambores que sólo martillaba en su mente, y sus ojos se petrificaron bajo cejas oblicuas que fruncían su seño.

— ¡Detente Marrulla! -la llamó en voz baja pero con desagradable aspereza, cuando la alcanzó en las afueras del cobertizo.

Una tela desconocida en esa época que únicamente podía ser de mágica factura, se le adhería al cuerpo destacando los relieves de perfecta armonía. Un gran escote que descendía vertiginoso por la espalda extendiéndose brevemente bajo la cintura, exhibía su satinada claridad, develando el secreto nacimiento de sus espléndidas alas. Y lejos de impresionar como anormal, era un deleite.

— Si, Maxy -respondió deteniéndose, pero antes de girar hacia él para continuar conversando, hizo sonar sus dedos y se vistió dignamente.

— ¿Acaso, el crudo invierno no te hace sentir su rigor, que andas ligera de ropas? -reprochó como novio desairado.

— Sucede que puedo regular mi temperatura –bajando la mirada, no por vergüenza, que no la tenía, sino para evitar irritarlo más.

— ¡Pues de igual modo controla el decoro! ¿Mi padre, aún no ha objetado la impudicia con que te muestras al mocerío?

— Le he sugerido duplicar la inspección diaria, por lo tanto, en nuestras recorridas no nos encontramos... -siempre respetuosa, fingiendo ignorar el desborde de sus actos.

— ¡Tus “inspecciones”, como si fueran importantes! Y no haces más que merodear cual buscona tras los clientes ¿Qué te sucede? ¿Golpeaste tu cabeza en un aterrizaje forzoso? –ironizó indignado, y luego de un breve silencio, tristemente añadió- ¡Te desconozco! ¿Dónde está mi hadita, la de antes, la que era una brisa fresca para mi agobio, la que convertía en fiesta mi penosa existencia oprimida por las obligaciones?

— Ya comprendí, ahora déjame explicar... ¿Sí?

— ¡No me embaucarás, ni volverás por aquí!

— Entonces, permaneceré invisible en las próximas inspecciones. ¿Te parece bien? Sólo tú sabrás de mi presencia

— ¡No, y no! ¡“Inspeccionarás” bien lejos, desde tu torre! ¡Que te ayude la gorda de vidrio! Y aunque no te importe, no olvides que tu indecencia me salpica, pues eres “mi hada” –y habiendo ella desaparecido, el siguió percibiéndola, entonces, como un demente que habla solo, insistió- ¿Entiendes? ¡Eres mía!

XI. Fascinación

Durante muchos días el hada estuvo oculta, sus apariciones eran breves y escasas. Y si bien esta rareza provocó comentarios, nadie se atrevió a preguntarle por qué.

— Máximo, ¿estás despierto? –asomándose al cuarto, iluminado por unas velas y el fuego del hogar.

— Sí, pasa. –arrebujándose en su cubrecama de piel, sentado sobre el alféizar de la ventana y apoyado en su jamba.

— Perdóname, pensé que precisabas una oreja...

— Y has hecho muy bien; necesito hablar con alguien que me comprenda, de confianza.

— ¡Se te ve tan triste con la ausencia de Marrulla!– hundiéndose en almohadones bajo la misma ventana.

— Hace casi un mes que ella me ignora. Las pocas veces que aparece es por razones muy importantes, sólo a pedido de mis padres, y cuando intento abordarla se desvanece en el aire.

— ¿Sabes qué intuyo? Que cautivó a todo tu entorno para que te admirara por tenerla contigo. ¿Acaso no sospechan que careces de novia para enamorarla? ¡Sí! Creando expectativas de romance, continúa la farsa que malogró Lizzetta.

— También lo pensé, pero tarde. Ya la había espantado con miles de insultos...

— Mas, no negarás, aunque sufras, que a los demás príncipes les resultó útil ¡Progresaron notablemente desde su ausencia! –viendo que desconsideraba sus opiniones adversas

— Fui tan rudo, me comporté como un cochino... ¿comprendes? ¡La ofendí, la avergoncé! Por eso me evade... -exponiendo el rostro al frío de la noche, para contrarrestar el calor avernal que la rabieta le provocaba.

— De todos modos, alguien tenía que frenarla; se estaba pasando de la ralla... ¿Olvidas cuán cruel fue con Lizzetta?

— También me extrañó tanta fiereza, pero, ¡estaba cumpliendo su misión! ¡Me defendió como una leona!

— ¡Se excedió! La justificas porque la amas.

— Puede que sí, sólo se que la extraño... -y sin el menor intento por detener las lágrimas, continuó confesando- Tengo una angustia aquí en el pecho que me sofoca. ¡Si al menos me permitiera una disculpa...! Aunque ya no me considerará como antes, creo que nada será igual, ¡lo arruiné todo!

Nunca tan suculenta conversación escaparía al espionaje del hada. Junto a su esfera chismosa, otra vez estuvo al tanto de todo, y sonriendo musitó: — ¿Dónde fue a parar tu inteligencia, niño prodigio? Ciertamente el romanticismo atonta a los humanos ¡Jamás me escondería por vergüenza! ¡Pero, claro! ¿Qué vas a saber tú de estrategias de seducción?

* * *

En la fría y última madrugada de invierno, el Rey Felipe hizo su recorrida de inspección por el gimnasio. Tal como solía suceder, lo acompañaron su padre y su suegro, y parándose al lado de Shén Mí, evaluaron muy satisfechos los resultados finales de aquella multitud de esforzados varones.

¡Maravilloso! —exclamó el monarca- Convendría dejarlos descansar. Pronto llegarán los invitados para la exhibición, y no quiero que los encuentren exhaustos...

— ¡Alteza! -el fiel mayordomo le detuvo la conversación desde el portón, entrando presuroso y agitado como siempre- Surgieron problemas con el proveedor de perfume.

— Dime, Silvestre, ¿de qué se trata? -interrogó su amo.

— Trajo de oriente un colosal cargamento de fuegos artificiales, y sin vuestra aprobación los guardias lo rechazan.

— No he solicitado cosa semejante –manifestó muy extrañado, y preguntó a los ancianos- ¿Acaso lo habéis hecho vosotros?

— ¿Yo? ¡No! –sacudiendo la cabeza aseguró su suegro, a quien la vejez le había agrisado el pelo.

— ¡Tampoco yo! –le informó su padre, siempre excedido de peso, pero ahora con el cabello blanco- Aunque, a decir verdad, fue buena idea hacer tal compra. Será espléndido cerrar con ellos los festejos de esta noche.

— Yo los he solicitado y están pagos –dijo Shén Mí.

— Y para ello te despojaste de tu anillo -dedujo Felipe mirándole la mano - ¿Por qué te tomas tantas molestias?

— No es molestia; es un gran placer. Muestran mi gratitud por los cuidados que me prodigaste. Mas, no los he hecho traer para dar brillo al actual evento. Si bien esa es la razón de su invención, te enseñaré a usarlos con fines bélicos. Una flecha mata a un enemigo, pero una bengala de estas, mata a varios y a otros tantos los hiere e inutiliza. ¡Ya notarás las ventajas!

Luego de unas horas, llegaron los nobles invitados, que constituían un grupo reducido de amigos. No convenía vocear a los cuatro vientos, los hallazgos que asegurarían la supremacía en la lid.

Para la ocasión, el gimnasio había sido engalanado con guirnaldas florales y banderines. Los reyes que asistieron al convite, junto a la familia

anfitriona, observaban desde un cómodo palco la presentación de las nuevas prácticas de defensa. Los integrantes de sus séquitos lo hacían desde las gradas perimetrales, y todos se sorprendían y ovacionaban tan incomparable acontecimiento.

— ¡Qué colosal espectáculo! Cuando el mensajero de mi hijo Eric ponderó estas prácticas, no dudé en enviar a mis mejores hombres para que también las recibieran –dijo durante el almuerzo, el alto y huesudo soberano, tan desabrido como su retoño, mientras el vino chorreaba de su boca.

— Rey Olaff, me alegra haberte sido útil –sonrió Felipe.

— En cambio, yo estuve un tanto indeciso –contó otro monarca, retirando una chuleta de cerdo de la bandeja que le acercó una sierva- Creí que era una broma exagerada de mi pequeño Ralph. ¡Y qué bien que aún así le hice caso! Hoy descanso sobre la sólida custodia de mi territorio.

— También me complace haberte beneficiado, Rey Harold. Pero, la verdad es que todo el mérito le pertenece a Shén Mí.

— ¡Qué modestia! – lo interrumpió otro, engullendo un pescado voluminoso, y arrojando groseramente las espinas a un florero- Deberíamos agradecer también tu confianza. ¡No todos los días encontramos quien quiera compartir algo tan importante y de cuidado!

— ¡Estimado Rey Vládimir! Vosotros sois mis amigos y vuestros hijos los del mío, ¿cómo os he de marginar?

— Tampoco a mí me has marginado, ¡y bien que me lo merecía por las locuras que te ha hecho mi Lizzetta!

— ¡Rey Nicola, jamás tomaría represalia por las tonterías de una chiquilla! –estrechándolo en un abrazo.

— ¡Gracias, muchas gracias! Cuando vuelvas a auxiliar a aquél rey del norte, cuenta conmigo y con mis hombres.

— ¿Jurgens volvió a atacarlo? -frunciendo el seño.

— No todavía, pero... ¿No te has enterado?

— ¡No, Nicola! –exclamó Felipe, hundiendo con preocupación los dedos en su propio cabello- Algo me vaticinó Marrulla, pero estuve todo el invierno encerrado supervisando este entrenamiento, ajeno a cuanto sucedía afuera ¡Cuéntame detalles!

— Jurgens va por los reinos, prometiendo lo que no tiene, con tal de conseguir aliados –mordisqueando una pata de pavo intervino Vlódimir, que era más primitivo que su hijo Igor, pero sin el sensual atractivo que el tiempo le había usurpado- También visitó a nuestros consuegros, ignorando que eran tales ¡Pero esto sucede desde hace años y nadie lo apoya!

— Es verdad, hasta ahora ninguno lo ha hecho. Todos te admiran y guardan lealtad –reconoció Nicola.

— Y nosotros, nuestras armas y soldados, estaremos de tu parte – agregó Harold, que parecía ser el más joven y conservaba bastante de su galanura de antaño.

El banquete nocturno también fue muy informal y con abundancia de todo. La gente se congregaba a gusto; unos permanecían de pie, otros sentados, y continuaba habiendo considerable mayoría de hombres. Shén Mí como siempre hablaba poco pero, sus vivaces ojos rasgados de continuo respondían a las lánguidas miradas de Ámbar, que paseaba a su alrededor con la doncella, en un mal disimulado asecho. Y en cuanto pudo apartarse del grupo, con gran habilidad se escabulló tras ella.

La reunión de príncipes desbordaba de eufórica alegría con las ocurrencias del simpático Ralph: —... mas, el sapito respondió: “croac, croac” –y al final del chiste, sus amigos se destornillaron de risa.

— ¿Qué sucede Máximo? ¿No te gustó, o no lo comprendiste? – preguntó el escudero, notándolo serio y distante.

— ¡Ese par volvió a su ritual de galanteos! –comentó, señalando con un movimiento de cabeza a Shén Mí y a su hermana, que juntos se perdían tras un cortinado buscando la soledad del balcón- Pedro, pronto regresaré; debo intervenir antes de que lo advierta mi padre ¿Será posible que no puedan entender algo tan simple? ¡Es una niña!

— Hay cosas más simples tú no comprendes, ¡y eso que eres un superdotado! –masculló su amigo sin perderlo de vista.

— ¡Oh, qué vergüenza! Seguramente el observarte con insistencia te impulsó a seguirme, ¡disculpa! –manifestó la infanta bajando el rostro, cuando Shén Mí se le acercó.

— No tienes de qué disculparte, sólo he venido para abrigarte con mi capa –la interrumpió él, colocándosela sobre los hombros con la usual gravedad de los de su raza; las sonrisas pocas veces asomaban en su faz- Es la última noche de invierno, pero aún hace frío...

— ¡Gracias! ¡Te admiro tanto!

— ¡Si supieras cuán importante es tu deferencia para mi! Soy el menor de mis hermanos, el que nadie tiene en cuenta, el privado de toda aspiración –dijo sin sobreactuar, para hacer creíble su envoltura de víctima.

— ¡Pero, qué desdicha! ¿Cómo puede sucederte algo así? ¡No lo mereces, no y no! - con los labios formando un piquito.

Habiendo escuchado este diálogo, el inmediato impulso de Máximo fue correr el cortinado para interrumpirlos, mas reconociendo la invisible presencia del hada en una leve brisa que sopló a su lado, sin vacilar retrocedió para seguirla.

— ¡Marrulla, mi Marrulla! Sé bien que eres tú - susurró de modo encubierto, para que la concurrencia no lo tomara por loco al recorrer el salón hablando solo- ¡No me hagas esto! ¿Te parece poco castigo tu larga indiferencia?

Cuando el heredero se detenía por haberle perdido la señal, ella hacía aparecer copas de vino en bandejas vacías que la servidumbre llevaba para abastecer. Y esto a nadie asombraba, pues en el castillo la magia era algo común.

— ¡Gracias, hada madrina! ¡Tú me comprendes! – exclamó una sierva, al evitar regresar a la cocina.

— ¡Sí! ¡Marrulla, eres una amiga! –alegre dijo otra.

Y todos suponían que la benefactora únicamente quería ayudar, aunque la real intención, era dar secretamente al príncipe la pista de sus movimientos. De esta manera, atiborrando de carnes asadas una fuente por aquí, repletando de frutas frescas otra más allá, y con exquisitos y elaborados postres acullá, se divertía conduciéndolo sin rumbo fijo. Pero distante, Pedro lo observaba y comprendía todo.

En tanto, en la reunión de monarcas, advirtiendo la sobrenatural provisión de manjares, Nicola interrumpió la conversación: —Rey Felipe, ¿ha llegado el hada de tu reino? No la veo, pero lo deduzco por su magia.

— Puede ser. Aunque últimamente decidió recluirse

— ¡Lo imagino! – exclamó Harold moviendo la cabeza- Durante la concentración, en vez de informarme sus progresos, mi Ralph no ha hecho más que escribirme acerca de ella ¡Seguro que el muy sinvergüenza se propasó!

— ¡Descuida! Mi Eric, también alucina... –lo tranquilizó Olaff- Hasta parece haber olvidado cuánto le costó conquistar a su prometida. De seguir así pronto arruinará su noviazgo...

— Igor disimula, mas, se le escapan juicios preocupantes. Con lo poco que dice sé que está perdido -expresó Vladimir- Se muestra como todo un hombre, y aprovechando su ruda apariencia física habla como tal, pero no lo es ¡No va más allá de lo que un vulnerable muchacho! ¡En fin! Mañana saldrán de cacería y estarán apartados de este peligro...

— Sí, año más, año menos, todos son adolescentes. Se desplazan por tierra de nadie, ¡y cataclísmica! Unas veces los arroja sobre las blandas hierbas de la infancia, otras tantas los estrella contra las rocas de la adultez, y los pobrecitos hacen lo que pueden para mantenerse en pie... -opinó Harold

— ¡Certísimo! – reconoció Olaff - Se lanzan a osadías de bravos varones con ingenuidad de niños. Están en la edad del pavo, e imposible es revivirla por ellos ¡Y ni hablar cuando es una dama quien los hace tambalear!

— ¡Peor aún! Pues no se trata de una dama; es una bonita criatura fantástica ¡A nosotros, hombres hechos y derechos también nos encandilaría! –informó Nicola-

— ¡¿La has tratado?! -se sorprendió Vladimir- Siempre la hemos visto desde lejos...

— ¡Cuéntanos! – exclamaron Harold y Olaff

— Nunca la tuve cerca, hasta hace algunos meses, en que vine a resolver un problema de Lizzetta ¡Y es espléndida! ¡Creo que la envidia lleva a mi hija a odiarla tanto!

— Ciertamente es una rareza -evaluó Felipe- La mayoría de las hadas son pequeñitas como el dedal, alcanzando pocas veces a un enano, en cambio, por su rango nuestra protectora se aproxima a una mujer bajita pero normal.

— ¿Puedes hacerla venir ahora? —con alegre alteración preguntó Harold- Actuaremos con mesura para no cohibirla.

Pero antes de que Felipe pudiera articular alguna palabra, Marrulla se hizo visible; hermosa y altiva como siempre, lejos de ser el frágil ente que los soberanos visitantes imaginaron. Y fueron estos quienes cohibidos enmudecieron.

— Alteza, disculpa mi intromisión. He provisto a esta reunión de todo lo necesario. Si ya no me precisas, ¿puedo regresar a mi torre? — consultó ante la admiración general. Admiración en la que palpitaba algo de temor, dado que la mezcla de belleza, arrogancia y poder es intranquilizante.

— ¡Todo es perfecto! Haz como te plazca —aprobó

Luego de una reverencia, ella emprendió la retirada, desplazándose visible y parsimoniosa por el salón, para que el heredero la hallara. Y atrayéndolo así, en un derroche de insensibilidad, lo guió dilatadamente por escaleras, rampas y pabellones, donde escasas antorchas mezquinaban la penumbra y los guardias previamente fueron adormecidos.

— ¡Marrulla, espérame, por favor! ¿Ya no quieres ser mi hadita “alas de puntilla orejas de cucurucho”? —suplicaba el joven, siguiéndola a cierta distancia para no ahuyentarla, sin advertir que su escudero tampoco a él le perdía pisada- ¡me he arrepentido y ruego tu perdón! ¿Qué más

pretendes de mí? ¿Acaso nuestra amistad de diecisiete años no vale nada? ¡Es toda mi vida! ¿No tienes más sentimiento que tu orgullo? ¡Estoy sufriendo! ¿No te conmueve mi padecer?

De pronto la muy astuta se volvió a esfumar, y desde las almenas de un paredón, el príncipe vio iluminarse misteriosamente un patio inmediato que siempre estuvo desierto, y que ahora la magia había transformado en floresta.

— ¡Detente! No te avances más...-aconsejó Pedro, sujetándolo de un brazo inesperadamente, con la mejor intención y su habitual bonanza- Hay un pequeño edén dónde hace instantes nada existía, ¡como yo, lo estás viendo!

— ¿Y? –con la desesperación brotándole en los ojos.

— ¡Es un hechizo y puedes peligrar!

— ¡No, es Marrulla y me está esperando! – reprochó con burlona terquedad, y ánimo de seguir adelante.

— Ya durmió a algunos centinelas, y toda la gente celebra a gran distancia de aquí. ¿Quién te oirá para auxiliarte? ¿Crees que yo solo podría ser de gran ayuda?

— ¡No me dañará, no creo que llegue a tanto...!

— Bien, iré contigo –empacándose como una mula.

— ¿Estás chiflado? ¡Quiero “privacidad”! -haciendo notar que era una molestia y desechando su abnegación.

— Elige: te acompaño, o regresas a la fiesta -seriamente lo obligó a decidir, y desparramando todo su afecto agregó- ¿O tal vez prefieras matarme? Pues únicamente así te saldrás con la tuya... No te abandonaré aunque esta sea una locura...

— ¡Qué trágico! –viendo sus lágrimas- ¿En que me perjudicaría?
¿No afirmáis todos que soy invencible?

— ¿Contra la magia? ¡Si ésta te proveyó ese don!

— ¡Tranquilízate! ¿Sí? Iré con los invitados ¡Pero, exageras! –
aceptó, conmovido por la lealtad y entrega del escudero y amigo, mientras
su galopante corazón lo convencía de un nuevo y pronto intento.

* * *

La rotunda oscuridad evidenciaba que aún estaba lejana el alba. Por la trasnochada, comilona, y bebidas, era de esperar que todos durmieran. Y cuando el castillo se transformó en un gran bostezo, el príncipe salió de su cuarto muy sigiloso, provisto de una tea encendida, previendo que las sujetas en los muros de su recorrido pudieran extinguirse.

El frío y la humedad que calaban los huesos, eran más fieros en los sectores sin techo y dónde columnas ocupaban la ausencia de paredes. Pero él, envuelto en una gruesa capa y exhalando el vapor de su aliento, continuó avanzando en pos de su obsesión. Los guardias, apostados en lugares estratégicos se extrañaban al verlo pasar solo a tan altas horas, no atreviéndose a hacerle observación alguna, hasta que uno le ofreció: —
Alteza, ¿necesitáis escolta?

— No, gracias soldado –respondió sin detenerse, y murmuró para sí-
Te dormirías junto a los próximos.

Ya inmediato al patio hechizado, observó desde cierta altura, que nubes de luciérnagas sobrevolaban la fronda, filtrando a través de ésta su claridad en medio de tanta negrura. Todo era perfecto para el romance.

Cuando estuvo ante el bosquecillo, también chispeante de cocuyos, quedó absorto. Era un diminuto paraíso perfumado por la profusión de flores

que brotaban en árboles y arbustos. Una cascadita corría por pocos peldaños de piedras, haciendo su aporte a una primorosa charca, y armonizando su rumor con las suaves melodías de flautas distantes.

De pronto, entre plantas acuáticas emergió Marrulla; mas con apariencia mejorada. A primera vista, él atribuyó al cabello suelto su nuevo aspecto juvenil, sin embargo le habían desaparecido las alas, sus ojos gatunos se tornaron humanos, igual que las orejas. Y merced a un conjuro, se asemejaba a una linda e inofensiva muchachita. En su escasa vestimenta alternaban hojas de tules en tenues colores formando una brevísima falda. En su torso apenas cubierto se entrelazaban delicadas guirnaldas florales. Y el príncipe subyugado no pudo resistir su invitación: — ¡Maxy! ¿Qué haces allí soportando frío? — dijo sentándose en la orilla, con mirada soñadora, tierna sonrisa y voz almibarada- ¡Acércate! Aquí el ambiente está climatizado, sentirás calor estival...

Y Máximo se descalzó, despojándose de su abrigo para no sofocarse, quedando únicamente con una camisa entreabierta y el pantalón.

— ¿Me...perdonas? —preguntó yendo hacia ella.

— ¿Y qué estoy haciendo...? ¿Acaso, no he creado este acogedor rincón para nuestros furtivos encuentros? —conduciéndolo con paso quedo por la espesura, evocó sutilmente los últimos gritos con que él la regañara aquella fatídica mañana- Ya no me compartirás con nadie, aquí seré tuya, solo tuya... ¿No era eso lo que querías?

— ¡Es más de lo que quería! —manifestó, abriendo sin tapujos su corazón todavía dolido por el recuerdo- Hubo momentos en que pensé que ya nada sería igual...

— ¡Shhh, tontito! De ahora en adelante todo será mejor... -dijo seductora, y silenciándole los labios con su dedo índice- Aquí pasaremos veladas inolvidables.

— ¿De veras quieres eso? –acercándose más, deseando besarle la boca, pero titubeante por su inexperiencia.

— ¡Claro que sí! ¿Tú, no? –rehusándose en una graciosa retirada que la elevó en el aire, y desde allí, bailó al compás de la misteriosa música de flautas.

El la observaba extasiado recorriendo la mágica floresta, hasta que en un rápido descenso, ella le tomó las manos impulsándolo a seguirla, venciendo también la fuerza de gravedad. Y por largo rato, juntos flotaron en idílica danza, hasta sumergirse otra vez en las tibias aguas, lentamente y abrazados. Entonces el primer beso estaba por consumarse.

— ¡Ah, mis alarmas! –exclamó Marrulla, sintiendo los repentinos escalofríos que impidieron el contacto de sus labios- Debo irme, tesoro ¡Ya habrá otra oportunidad!

— ¡No me dejes ahora! –suplicó con mucha desesperación- Hay guardias por todas partes, ¡que ellos se encarguen!

— ¡No, no puedo! Algo grave está por suceder... ¡Aaaah! – en el apuro por consultar la bola de cristal descuidó su imagen, volviendo a ser el hada de antes, regresando con las alas también su madurez. Y el “heredero dormido”, quedó muy confuso y muerto de frío en el patio desierto, pues el hechizo se desvaneció con su protectora,

La familia real, atraída por el escudero, a escondidas espío la fascinación que trampeó a su descendiente, y el enojo de aquella disparó las alarmas de Marrulla.

— ¡Imaginé que reincidiría y no me equivoqué! ¿Os dais cuenta cómo lo humilla? La muy desgraciada ya ha trapeado con su dignidad todos los pisos del castillo. Lo tiene dominado... –comentó Pedro apesadumbrado.

— Y has hecho muy bien en avisarnos –aprobó la reina- ¿Qué se propone esa zorra con mi hijo?

— ¡Suficiente! –consideró Prudencia- Ya regresemos a nuestros aposentos...

— ¡¿Cómo?! –cuestionó enfática Aurora- ¡Ella está en falta! ¿Y, nosotros debemos ocultarnos y callar?

— Por eso no nos encarará al saberse descubierta ¡No apuremos el escándalo! El castillo está lleno de huéspedes y seremos la comidilla de todos los reinos. Si Máximo se entera la defenderá -volvió a opinar su madre- Además, ¡no estamos preparados! Esto nos tomó de sorpresa y ella es muy astuta. Debemos armar una buena estrategia antes de atacar.

— ¡Magnificáis como si fuerais a la guerra, magnificáis! ¡Idos a dormir tras las rejas con Premura! ¡Ya os parecéis bastante! -se exasperó Estéfano- ¿No veis par de remilgosas, que sólo está facilitándole el paso por la adolescencia?

— ¡Papá! –se sorprendió Aurora, persiguiéndolo en su retirada- ¿No entiendes que si lo besa lo mata?

— ¿Los besos de Marrulla matan...? –preguntó Pedro, ignorante de la maldición que acechaba a su amo.

— ¡No, querido! Es algo largo de explicar; otro día lo haremos. Ahora regresa prontito a tu cuarto, no sea que mi nieto busque tu compañía para contar su hazaña y no te encuentre... -con mucho tacto lo apartó Prudencia, advirtiendo que su alterada hija había hablado de más.

— ¡Es verdad! Así lo haré —y corriendo obedeció.

— Mi amor, estimo que tu padre tiene razón —manifestó el rey, abandonando el lugar con el resto de la familia- Nuestro hijo está definiendo su carácter, su temple. Precisa establecer un lugar entre los amigos, la familia, la sociedad en general. La corona lo hará rey, mas existen reyes estúpidos. Será invencible, pero no le basta para sentirse hombre. Ni el ser apuesto es suficiente. ¡Su naturaleza le exige una dama!

— ¡Pero después de los dieciocho años! —replicó la reina- Y ella no es una dama, ¡es un fenómeno!

— ¡Sabes que transgredirá esos límites, aunque los apruebe con buena predisposición! Los amigos y sus padres están locos por Marrulla; con esta aventura se sentirá importante pues tiene lo que todos codician ¿No prefieres un hada protectora a una doncella fatal?

— ¡Ambas son muy peligrosas! —retrucó Prudencia- Y una no es solución de la otra.

— ¡No te gastes en explicar, madre! Son hombres sin sesera, que sólo piensan... ¡con los pies! —Aurora los calificó furiosa, reprimiendo las groserías y el llanto.

— Yo no opino así —dijo muy serio Humberto — Puedo imaginar que el hada está suplantando a Lizzetta en la farsa que fracasó. Y también disculpar su seducción, quizá necesaria para impedir que mi nieto se desvíe tras una chiquilla. Pero, no apruebo que actúe a nuestras espaldas; ¡hace y deshace a su antojo sin consultar! Con mi Premura se ha comportado muy mal y somos impotentes ante sus caprichos. Creo que algo está tramando y no me gusta nada. Hay que impedirle otra patraña; luego no habrá remedio que valga...

— ¿Sabes? Creo que tienes razón ¡Todo me pareció tan lindo...! —
reconoció Estéfano- ¡Hasta a mí me fascinó!

— Lo pensaré mejor –murmuró el rey- Pero no quiero berrinches
ante Maxy, pues se empeñará más. Los príncipes irán a cazar un jabalí y
saldrán del castillo por algunos días ¡Ese será el momento para abordarla!

A pesar del inevitable malestar, madre e hija se miraron
esperanzadas y suspiraron como liberando parte de él.

XII. Preliminares de un gran evento

El castillo en pleno madrugó alegre, vital, y pronto fueron empacadas las armas, trampas, tiendas de campaña y demás enceres. Sus moradores y visitantes se sentían importantes compartiendo los preparativos de caza, pues no se trataba de una presa cualquiera; el jabalí era descomunal.

Abriéndose el cuarto principesco, el heredero salió más dormido que de costumbre, pero no se notaba, porque a su paso firme y semblante contento, se sumaba la inolvidable melodía de flautas que no cesaba de tararear. Sus parientes, disimulaban saludándolo con naturalidad.

— ¡Amo...! ¿A qué se deben tanto aire triunfal y canturreo? – el escudero preguntó bromeando, en uno de los corredores- ¿Acaso adelantaron para hoy la coronación?

— ¿Qué es eso de “amo”? –reprochó animoso mientras caminaba- Sabes que contigo detesto el protocolo ¡Soy tu amigo! ¿Olvidas que nos criamos juntos?

— ¡Mmmm, qué profundo te picó el amor!

— No se si es amor, pero... ¡es fascinante!

— ¡Entonces no estás tan grave! Pero debes tener cuidado, porque así empiezan las enfermedades. Hoy es un simple estornudo y mañana contemplas las margaritas desde abajo...

— ¿Sabes? ¡Tuve una chiquilla deliciosa entre mis brazos! –dijo, aún enajenado- ¡Bailamos en el aire, su piel era suave y tibia!

— ¡Seguro que fue ahí cuando el hechizo terminó! -interrumpió el escudero para que descendiera a tierra, pues lo veía volar todavía muy lejos de la realidad.

— ¡Qué prosaico eres! —lo desdñó- Ahora volveré a verla. Me despediré antes de salir de cacería, y obtendré lo que ayer quedó pendiente: ¡un beso!

— ¡¿Por qué no entiendes?! ¡Ella es Marrulla, y tú, “el heredero dormido”! Con alboroto cubres los efectos de la traspasada pero aún tienes sueño, y también así conduces tu existencia. Te muestras triunfador, pero transitas por la vida como sonámbulo, ajeno a los acechantes peligros.

— ¿De qué hablas?

— De ti y de la maldita que rige este reino —dijo dolorido

— ¿Hablas así de mi “hadita de puntillas y cucuruchos”?

— ¡Sí, también “la de besos asesinos”! —y protegiendo a la reina pronto añadió- Es información que circula por ahí...

— ¡Y tú la creíste! —ironizó luego de una carcajada- Es mi amiga inseparable, mi protección; me ha escarmentado, mas, no me dañaría ¡Fue como una nodriza, casi me crió!

— ¡Y ahora es quien te seduce!

— ¿Y qué?

— ¿Qué? ¡Que es un soberano asco! ¡Un ser de otro mundo, y milenario! Controla tus sentimientos y decisiones tanto o peor que el elixir que quiso darte Lizzetta.

— ¡Ahí está tu problema! ¡Añoras a tu gordita! ¿Verdad? —dedujo Máximo con gesto perdonador- Su padre no la trajo para evitar líos con Marrulla, y eso te amarga...

— ¡Nada tiene que ver esto con aquello! Sabes que cuanto digo es por tu bien - reflexionó con tono íntimo y angustiado.

— Si ambas situaciones fueran comparables como crees, ¿por qué disculpas a Lizzetta y desapruebas a mi hada?

— Porque Lizzetta estaba enamorada de ti y precisaba afecto; pero Marrulla, ¿por qué lo hace? ¿No te lo has preguntado?

— ¡Sí, toda la noche! Y comprendí que me ama ¡Era de esperar! ¡Estamos demasiado tiempo juntos, y he crecido!

— En cambio, yo intuyo que tras esto hay algo siniestro.

— Agradezco tus muy buenas intenciones, mas están cargadas de resentimiento y no las puedo aceptar ¡No eres objetivo! –deteniéndose y con tono afable- Ve con los demás príncipes. Pronto llegará el molesto Franz, quiero que estés presente y me informes todo. Ahora seguiré solo; necesito “privacidad”.

En tanto, el cuarto del asiático estaba siendo atestado de cajones con pirotecnia, y los siervos ocupados en este tedio sólo se detuvieron reverentes, cediendo el paso a la princesa.

— ¡Oh, Shén Mí! Recién supe de tu nuevo encierro ¿Y ahora, por qué esto? –dijo ella al verlo, mientras la criada, depositaba donde podía la bandeja con el desayuno.

— Agradezco tu interés, mas no estoy preso. –respondió él, con una de sus escasas sonrisas -El hijo del Rey Jurgens se unirá a la cacería y no conviene que me vea. Una vez que se retire del castillo, lo recorreré libremente hasta su vuelta.

— ¿Por qué te traen tantos estuches? ¿Qué contienen?

— Fuegos de artificio. Haré arreglos para que su pólvora sea más efectiva.

El barracón que exhibió las destrezas guerreras, desnudo de adornos volvió a su rusticidad marcial. Cuantiosas jaurías de alanos, descansaban con insólito sosiego echados sobre el piso, cubriendo en demasía los rincones y laterales de su superficie. Eran fuertes perros de presa, corpulentos, de grandes cabezas, narices chatas, orejas caídas, colas medianas, pelaje áspero, corto y de variado color.

Los varones de la realeza socializaban por separado; en un grupo estaban los príncipes, en otro los monarcas, y todos discurrían ociosos en el escaso espacio central que quedaba.

— Esto será emocionante, ¡pero me preocupa! –confesó Harold-Ralph está bien enseñado, mas es un principiante.

— También mi Eric –dijo Olaff- No interfiero porque no quiero amilanarlo, ¡y sólo yo conozco mi padecer!

— ¡Tranquilos! He pasado por esto, e Igor ya tiene varios trofeos – los calmó Vládimir- Sabrá guiar a sus amigos...

— ¡Cazadores temerosos! Por todo el castillo se huele la fetidez de tanta cobardía y me está descomponiendo –vociferó Franz acompañado de sus alborotados canes, ni bien su fornida silueta se recortó en la entrada del cobertizo- ¿A que se debe que distintos reinos reunieran aquí sus milicias? ¿Iremos tras un chanco salvaje o nos lanzaremos a la conquista del mundo? ¡Qué exageradas precauciones!

Hubo un largo silencio de desconcierto, pues no convenía contarle el motivo de aquella soldadesca multitudinaria, y el avisado Ralph optó por ahorrarse las explicaciones devolviéndole el agravio: — Si estás descompuesto puedes marcharte. Era imaginable tu miedo y “su pestilencia la que esparces”... ¡Pierde cuidado, sabremos disculparte!

— ¡Príncipes, semejante perrada me da la razón! –insistió Franz luego de una burlona carcajada, sacudiendo hacia atrás su larga melena rubia- ¡Un sabueso, un galgo y un podenco me bastan! ¿En cambio vosotros precisáis tremendas fieras?

— ¿Y por qué nos menosprecias, cuando eres tú quien viene mal preparado? –cuestionó Igor sin perder la calma y menos su altivez –Es sabido que nuestros alanos, cruza de dogo con lebel, son los mejores en la caza del jabalí.

— ¡Cuánto más ahora, que la bestia a perseguir es muy superior a un búfalo! –acotó Eric bajo la ávida mirada de Pedro, que discretamente callaba- ¡No sabes a qué te enfrentarás!

— ¡Tampoco yo lo sabía! –espantado murmuró Olaff mientras los jóvenes seguían en conflicto- ¡No, no irá sin mi!

— ¡También estaré junto a ellos! –determinó Harold, ahora más preocupado que antes- ¿Y por qué esa “cosa” es tan grande?

— Ha degenerado por la saturación de magia en su hábitat –Dijo Felipe- Mas, ¿no creéis que subestimáis a vuestros descendientes? ¿También enviaréis las milicias que aquí entrenasteis? ¿Daréis el gusto a esa ordinaria masa de músculos, dejando asomar injustificados temores? ¡Altezas, los escuderos y escoltas son suficientes para vuestros muchachos!

— No, nuestras milicias tienen orden de retirarse; pronto partirán hacia sus respectivos reinos. Pero, ¡nadie mejor que el padre para un hijo! El tuyo es invencible e Igor tiene experiencia, ¡mas Ralph y Eric son vulnerables! –aclaró Olaff.

— Además, la presencia de este vil agitador aumentará el peligro –añadió Harold, refiriéndose a Franz, en medio de aturdidores ladridos que la

acústica aumentaba- ¡Observa como sus perros ya pusieron nerviosos a los nuestros!

— De acuerdo –inesperadamente recapacitó Vlódimir- Tal vez el enorme puercos no esté sólo y haya una piara de iguales características tras él ¡Si amigos, me sumaré a la partida!

— ¡Entonces contad conmigo! –manifestó Felipe.

— ¿Puedo seguiros? –preguntó tímidamente Nicola, que no tenía hijos varones a quienes asistir- Quiero curiosear...

— ¡Descuida! También seremos meros espectadores –lo confortó Olaff- Nuestros herederos deberán tener sus propias vivencias. Únicamente intervendremos de ser necesario.

Hacia varias horas que el hada madrina permanecía en su soledosa torre, como atornillada a la silla, con la mirada clavada en las profundidades del abalorio. Su irritación aumentaba por el futuro que consultaba y le era negado.

—“Quiero información/ del príncipe heredero/ ¿Quién será su amor?/ ¡El grande y verdadero!”

Parecía una desquiciada repitiendo en vano su conjuro, hasta que, dando un puñetazo a la mesa, se apartó de ella.

— ¡Nada, otra vez, nada! ¡Pero! ¿Será posible...? Por hoy esto es suficiente, mi paciencia no da para más –exclamó, regresando para concluir la sesión cubriendo su esfera. Mas advirtiéndole sus agudos oídos al aún lejano heredero, murmuró inquieta- ¿Qué escucho? ¡Son los pasos de Maxy, y está viniendo!

Al llegar el príncipe, la encontró apoyada en la pared a un lado de la ventana, contemplando melancólicamente el paisaje. No volvió a ser la chiquilla de la

noche anterior, pues pretendía aparentar un clima de honestidad y transparencia, sin embargo, se soltó la pelirroja cabellera, conciente de que la rejuvenecía. Cambiando de estrategia, también rehusó mostrarse como la espléndida súper astuta, la todopoderosa indoblegable. Ahora fingiría fragilidad y decepción.

— ¡Hola “Puntillitas y Cucuruchos”! Aquí me tienes de nuevo, he venido por lo que... -más creyendo el engaño que le ofrecía, ingenuamente la sujetó por los hombros y preguntó- Pero, ¿qué te sucede mi hadita linda?

— Los escalofríos me tuvieron a maltraer toda la noche ¡Si fueran al menos por una invasión u otra causa valedera! ¡Pero no! Todo mi padecer fue por la oposición de tus parientes a nuestro encuentro; nos estuvieron espionando.

— ¡Mi Marrullita bonita, era de esperar! –tomándola ahora por la cintura- ¡Sabíamos que no sería fácil!

— ¡Aún así, no merezco tanto desprecio! Establezco alarmas para su protección y las vuelven contra mí. Reparto favores para todos, pero ellos me usan y desechan. Soy buena para cuidarlos pero indigna de tu amor...

— ¡Ya, Marrulla...! ¿No crees que exageras? Viniendo hacia aquí fui encontrando a mis familiares, y no han hecho otra cosa que saludarme. Quien está algo contrariado es Pedro; parece que tu riña con Lizzetta pesa bastante en sus opiniones ¡Pero se le pasará! ¡Fuera de eso no hubo más!

— ¡Sí, créeme que sí lo hay! El rey Felipe, ha acordado con ellos enfrentarme por lo de ayer, pero después de tu partida. La bola de cristal me lo ha dicho, y ella no miente.

— ¿Qué? Mi padre no hará eso... ¡Tranquila! Conversaré con él antes de irme. –y abrazándola, con ternura requirió- Ahora despídeme como

corresponde. Extrañamente perdí la timidez, y... ¡he venido por lo que quedé pendiente!

Pero cuando estaban próximos al beso, escucharon voces en el corredor y súbitamente se separaron.

— ¿Ves? ¡Siempre tendremos que ocultarnos! Jamás podremos... - en voz baja, ella simuló congoja.

— ¡Shh! Todo se hará a su debido tiempo -la interrumpió él, pues el monarca y el escudero ya estaban a la puerta.

— Maxy, es tarde y tenemos que partir... -avisó Felipe.

— ¿Tenemos? ¿Vendrás con nosotros? -interrogó sorprendido el príncipe.

— Sí. Los padres de tus amigos también lo harán. -y ocultando el propósito sobre protector, añadió- No queremos perdernos tan excepcional acontecimiento.

Máximo miró con prontitud al hada, y disimuladamente se encogió de hombros alzando las cejas y cerrando los ojos, para transmitirle un “¡te lo dije!”. Luego, dirigiéndose a él preguntó: — ¿Mamá quedará a cargo?

— Sí, pero, con tus abuelos como consejeros - respondió el rey, sugiriendo después a la protectora del reino- Y no te preocupes. Esparce tus perfumes tranquilizadores.

— ¿Por todo el castillo? -Interrogó muy complacida, al tenerlo de su parte- ¡Imposible majestad! Podrían afectar a los guardias y conviene tenerlos bien despabilados y alertas.

— ¡Lo sé! Pero, he ordenado a todas las mujeres la confección de estandartes, oriflamas y banderolas. Los bordados serán muy complicados, y todo deberá concluirse a mi regreso. Creo que bastará con aromatizar el

cuarto de costura; la mayor parte del tiempo la pasarán allí —con un guiño confabulador al retirarse - ¡Éxito!

— También para vosotros, aunque sé que lo tendréis.

— Y te traeré el gran trofeo —aseguró Máximo, queriendo en vano darle un beso, pues Pedro, a tiempo lo tironeó del brazo.

Con inocente bondad Felipe cometía un disparate. El íntegro escudero que mucho lo admiraba, jamás hubiera esperado algo semejante, y mudo de pasmo más que por modestia, llevaba la decepción cincelada en el rostro, hablando por él.

XIII. Cacería memorable

Luego de cabalgar durante toda la jornada, los nobles cazadores se detuvieron a pernoctar en la posada que había a un lado del camino. Y al rayar el alba reanudaron la marcha, llegando recién por el medio día al territorio del gran jabalí.

Allí escuchaban sus propias pisadas, raras voces de animalitos, el aleteo de algún ave; hasta lo inofensivo les parecía amenazador. La sombría arboleda aumentaba el misterio, enmudeciendo a los perros, sigilando los cascos y acelerando los corazones de los atentos jinetes.

— ¿Por qué nos detenemos ante este lodazal pestilente? – Nicola interrogó con desconfianza.

— Creo que encontraron el rastro de la bestia. Debemos evitar los ruidos para no alertarla –susurró Felipe

— ¡Brutos! ¡Estas huellas son muy grandes! ¿Por qué pensáis que pertenecen al jabalí? –dijo mordaz Franz.

— Di lo que quieras, pero en voz baja – respondió Igor, eludiendo la agresión sin desconcentrarse del asunto que le interesaba.

— No es un jabalí común, ¡es enorme! –aclaró Ralph.

— ¿Ves? Paso corto, planta plana, y sobre todo guardas distantes y marcadas -paciente explicó Igor, indicándole el suelo- Observa: allí están las señales de dos pezuñas y dos espolones por cada pie. Es un macho; su rastro es alargado.

— Este debe ser su camino acostumbrado, y más allá dónde bebe y se baña con fango -opinó Máximo, sin discutir inútilmente con Franz- Un grupo instalará las tiendas de campaña lejos de aquí y otro cebará la aguada.

— ¡Correcto! Y por la noche vendremos a... -acordó Igor

— ¿Suspenderéis todo hasta la noche? ¡Lo sabía; vosotros queréis descansar! –interrumpió Franz, como si estuvieran en falta.

— ¡Sí, lo necesitamos, y también los animales! –reconoció Eric– Además, en esta cacería se aprovecha la luz de la luna llena, y tal vez de la madrugada o el atardecer, nunca el medio día.

— ¡Hablas como viejo débil y mañoso! –desmontando Franz con soberbia- Estas son las aguas frecuentadas por el puerco, ahora duerme en la espesura del bosque, más allá de la otra orilla ¡Sorprendámoslo ya, su sueño nos da ventaja!

— ¡Mi señor! –se preocupó su asistente, viéndolo despojarse del ropaje que le incomodaba- ¿No entraréis al pantano, verdad? Porque no es aquí donde el jabalí lo ha cruzado ¡Mirád las pisadas que se extienden por su margen!

— Wolf, ¿he pedido tu opinión? –tomando la ballesta.

— Alteza, soy vuestro escudero y debo velar por...

— Eres molesto y sólo me debes obediencia. ¡Ya cállate!

— ¡Desiste, Franz! Desconoces su profundidad, las especies que lo habitan y demás peligros. Por alguna razón el jabalí no lo atravesó a esta altura...

— ¡Ah Máximo! ¿Precisamente tú te interesas en mi bienestar? –dijo después de una carcajada exasperante.

— Cierto, no congeniamos, mas no te deseo el mal.

— ¡Mientes! Buscando nombradía, procuras impedir que sea yo quien lo cace – y difamándolo se zambulló en el cenagal.

— ¡Os dije que este fortachón traería problemas! –recordó el Rey Harold a sus pares, quienes callaron toda opinión al oír súbitamente los desesperados gritos de Franz.

— ¡Wolf, sácame de aquí! ¡No hay fondo y no puedo salir! ¡Ven pronto! -desgañitándose repetía vez tras vez ante el estupor de todos, pues irremediablemente se hundía.

— ¡Detente! –tironeando Pedro de la chaqueta de Wolf, al verlo correr hacia su amo- ¿Quieres ahogarte junto a él?

Los escuderos pronto le tendieron una rama para que se sujetara, y así lo acercaron a la orilla. Mas resbalando en el barro, Franz perdió el arma, que otra vez fue a dar al pantano.

— Wolf, tráeme la ballesta –fue lo único que se dignó decirle al erguirse en tierra firme. Ni pensó en agradecerle, simplemente le exigió arriesgar la vida por algo insignificante.

Los demás, escandalizados por tanta crueldad, tarde advirtieron que su asistente se lanzaba tras el objeto requerido.

— ¿Qué haces inconsciente? ¡Sujétate fuerte! ¡Olvida el arma y regresa! –gritaban unos y otros, cuando rechazaba la rama salvadora para obedecer la orden recibida.

— ¡No, Wolf! ¿Por qué Tú? – gimió Pedro, viendo el desenlace fatal, pues hundiéndose arrojó el arma hacia la orilla con sus últimas fuerzas, y desapareció.

— ¡Franz! ¿Qué has hecho? - reprochó Máximo

— ¡No me culpes! Solo murió en cumplimiento del deber – e indolente recogió la ballesta- ¡Puaj! ¡Barro, hierbas, viscosidad fétida! ¡Qué peste, soy un asco! Mudaré mis ropas

— ¡Siempre fuiste un asco! – murmuró Pedro, amontonando las lágrimas. Y el Rey Nicola, al escucharlo asintió con la cabeza, valorándolo en su interior como justo y piadoso.

En el campamento todos colaboraban. A los monarcas les complacía hacerlo, y una vez instaladas las tiendas en un claro del bosque, prepararon el almuerzo. Vládimir revolvía con una larga vara el humeante guiso de un caldero, probando y ofreciéndole a los ayudantes. Más allá, Felipe y Olaff encendían otro fuego, para asar el montón de aves que Harold, Nicola y el séquito desplumaban sobre una mesa improvisada.

— Ciertamente, tanta magia acrecienta a los bichos de este predio – reconoció Harold- ¡Que perdices! Su tamaño quintuplica el de las que comúnmente conocemos.

— ¿Serán sabrosas en igual proporción? -preguntó Nicola.

— ¡Qué primorosa acampada! –ironizó Franz, que paseando con sus perros y caballo, los vio trajinar en una nube de plumas- Hasta los reyes se...

— Relájate Franz, esto es mejor que aburrirse en una fortaleza – sugirió Felipe impidiéndole alguna ofensa, mientras arremangándose se acercaba queriendo ayudar- ¡Disfruta del aire, del sol y de estos quehaceres inusuales! ¡Entiende! No somos inferiores por participar de ellos, no perderemos valentía ni territorios, y aún luciremos los cetros y coronas. ¿Por qué te humilla algo tan saludable que debiera divertirte? ¡Es parte de la aventura! ¡Ven súmate a nosotros!

— Otra vez será. Ya se sabe dónde el puerco cruzó la aguada y quiero inspeccionar –e insinuando que temían al jabalí, socarroneó- ¡Ah, qué lejos del rastro están las tiendas! Casi las instaláis en el castillo.

— Espantaríamos a nuestra presa si nos estableciéramos cerca de su senda –explicó Olaff, atraído por la curiosidad- No olvides el bullicio de un

campamento y las fogatas para ahuyentar a los predadores... ¿Comprendes ahora?

— Sí, señor —respondió seriamente, y tragando rabia- Bien, ahora debo partir; me aguarda un largo trecho.

— Se va enojado —opinó Vládimir, que habiendo llegado junto a Olaff guardó silencio- Pagando sus provocaciones con amabilidad pusisteis en evidencia su ignorancia y espuria soberbia ¡Lastima! La diplomacia nos priva de darle su merecido...

— El mozo es complicado. Por desgracia somos vecinos, pero jamás nos visitamos ¡Espero que no sea mi futuro yerno! ¡No lo toleraría; con mi hija tengo bastante! -temió Nicola, rogando a Felipe - ¡Dime quien es! Evité incomodarte con este asunto, porque me avergüenza lo que Lizzetta te ha hecho padecer. Pero me conformaré viéndolo de lejos, si es que aún no me lo quieres presentar.

— ¡Calma, todo a su tiempo! Tu mismo lo juzgarás

— ¡Pero, si no lo conozco! ¿Cómo podré hacerlo?

— Créeme que lo harás. Es modesto y de perfil bajo, mas, por la grandeza de su corazón lo reconocerás.

— Por lo que me cuentas imagino que es un paria; no debe poseer más que su corazón ¡Con razón mi hija lo oculta!

— ¡Oye! Dijiste que te conformabas con “el más paparúlo de tus lacayos”, ¿y ahora exiges títulos? —reprochó en tono amigable

— ¡Lo sospechaba! —pensó en voz alta.

— ¡No, no es así! El muchacho vale oro y lo quiero tanto como a un hijo ¡Descuida, yo me encargaré de ennoblecerlo!

— ¡Este arrogante palurdo me ha intranquilizado! –lo interrumpió Vladimir, refiriéndose al hijo de Jurgens- Lo que Franz no pudo acá, lo hará allá. Seguramente descargará su bronca con nuestros muchachos ¡Y es un verdadero peligro!

En tanto, en el abrevadero los precavidos jóvenes estudiaban el terreno, iniciando los primeros preparativos.

— ¿Cebará la aguada? –Igor interrogó a Eric, observando que se acercaba con un recipiente repleto de maíz, y al verlo asentir con la cabeza le indicó –Entierra el cereal alrededor de su margen, por dónde veas rastros, a pocos centímetros de profundidad, apisonándolo para obligar al jabalí a ventear y evitar que los pájaros se lo coman.

— Y yo, traigo algunas raíces, frutos caídos, ratones y pequeños reptiles muertos... -siguiéndolo dijo Ralph- Espero que tanto alimento no lo fortalezca dificultándonos su caza...

— Por la noche vigilaremos atados a las horquetas de los árboles para no caer si dormitamos, y conociendo su tamaño adecuaremos las trampas -Igor dijo a Máximo, con quien compartía la supervisión- La última vez que fue avistado era como un búfalo, pero según sus huellas ha crecido.

— Aunque la cacería no sea esta noche, ¿puedo preparar ahora los apostaderos? –consultó Máximo reconociendo su autoridad en la materia- Tengo los elementos para excavar las cuevas, aparté ramas y pasto para los techos...

— De acuerdo. Oriéntalos evitando la luz de luna y el viento, para que no advierta nuestra presencia. No serán como los habituales para un cazador, éstos albergarán a cinco. Dos apuntarán sus ballestas a los ojos a fin de herirle el cerebro, y los otros harán blanco en su pecho. Si bien ésta será

otra de sus partes blandas, la gruesa capa de grasa dificultará acceder al corazón, y creo que tres flechas serán suficientes para abrir paso a una lanza.

— Veo que combinaremos todos los recursos: cebos, apostaderos, trampas y emboscada.

— ¡La bestia es inmensa y hay que reducir los riesgos! Además he visto otras huellas de...

— ¡Por favor! ¿No sería mejor construir una fortaleza, y flecharlo protegidos desde las almenas? Para entonces el puerco estará viejo y os facilitará aún más la tarea de matarlo –se burló Franz, saliendo de los matorrales y desmontando, luego de escuchar todo el plan con la complicidad de sus canes que ya habían aprendido a callar- ¡Cobardes, actuáis como mujeres! En las tiendas están guisando las amas de casa, y aquí las campesinas siembran maíz ¡Príncipes, sois varones y habéis venido de caza mayor!

— ¡Pero varones precavidos! La valentía no implica ser estúpido - rabió Máximo con mirada centellante.

— ¡Miedosos! Yo solo haré la montería – les enrostró Franz ante todos los presentes, que se habían congregado para saber de sus nuevos desatinos - Cabalgaré hacia la espesura acompañado de mis perros y el ojeo será un éxito, pues los ladridos despertarán a la rara criatura y acosándola la espantarán hacia aquí; si es que no la carnéo antes...

— ¡Estás delirando! –exclamó descreído Igor.

— ¡Claro que, su cabeza ha de ser mía, y bien merecida la tendré por trofeo! Pues aunque vosotros lo capturéis, la peor parte la habré llevado yo.

— Haz lo que te plazca, mas no esperes ayuda, pues esta vez no la tendrás –dijo el Rey Felipe en su aparición repentina- Nadie volverá a peligrar por tus caprichos.

— Además, ¡observa hay otras huellas de...! - pretendió informar Vládimir, que había llegado con Felipe.

— ¡Mirad eso! -lo interrumpió Franz, viendo a un joven cervatillo evidenciando escasa profundidad- ¡Aquí se puede! Si él ha conseguido cruzarlo, ¿por qué no lo haré yo?

Antes de que pudieran darle nuevas advertencias, montó raudamente su bruto y espoleándolo traspuso como loco el pantano, que por esos lares parecía más limpio.

— Se llevará una muy desagradable sorpresa; la bestia está con su hembra –confirmó Vládimir, mostrando algo que su hijo también había advertido y tampoco pudo expresar- Observad, estas pisadas un poco más pequeñas y redondas son de jabalina ¡Pero el muy atolondrado no me quiso escuchar!

— ¡Entonces debemos prepararnos! Si alcanza su objetivo, pronto tendremos al animal con nosotros, ¡y acompañado! –alertó Felipe, ordenando a todos- ¡Tomad las armas, soltad los alanos y montad vuestros corceles! ¡La cacería va a comenzar!

— ¡Olvidemos nuestros planes! –se decepcionó Igor

— Lamento más eso, que cuanto llegue a sucederle al muy cretino - agregó Ralph, también en voz baja y airado.

En un abrir y cerrar de ojos fue tal la conmoción entre los cazadores, que el cervatillo recién arribado a la ribera, asustado se distanció hacia la

arboleda. Y aunque nadie lo tuvo en cuenta, los blancos perros que soltó Máximo sí lo hicieron, y como fantasmas se lanzaron tras aquél.

— ¡Eh, perros! -los llamaba el príncipe, jineteando a todo galope- ¡Regresad, regresad!

— ¡Vuelve, Maxy! ¡Olvida los canes y ven aquí! – ordenó Felipe sin que su hijo lo escuchara.

— Lo seguiré, Alteza. Pierde cuidado, este escudero lo protegerá con la vida, si así fuera necesario –dijo Pedro, cuya mirada jamás se apartaba de su amo. Y Nicola, que ya había llegado del campamento con los otros reyes, admiró su abnegación, y notó la familiaridad con que se dirigía a su soberano

Habiendo cruzado a la otra orilla, Franz inició su silenciosa marcha exploradora. Tanto galgo como sabueso se mantenían cerca del caballo, pero pronto acudieron en ayuda del podenco, que adelantándose se había internado en el monte y con insistentes ladridos anunciaba su hallazgo.

Grande fue la sorpresa del codicioso y torpe cazador al encontrarse con la bestia. El animal era rechoncho, descomunal como otrora lo fuera el mamut, y tenía tremendos caninos de bordes cortantes que le salían de la boca retorcidos hacia arriba. Se mostraba malhumorado por su desagradable despertar, y mientras los perros lo mantenían ocupado en defenderse, el príncipe le apuntó con su ballesta.

— ¡Vamos chanchito lindo! Muéstrame un ojito y serás mío... – murmuró confiado, mas el movimiento del jabalí sólo permitió que la flecha apenas penetrara el durísimo cuero de su cabeza sin afectar órgano alguno.

Su segundo intento también fue un fracaso, pues él desvió súbitamente la puntería cuando sintió en su trasero la dolorosa mordida de una enorme jabalina, apenas un poco menor que el macho. Ambas flechas

quedaron entre las orejas de éste, colgando de su coronilla sin causarle daño pero enfureciéndolo mucho, y en vez de huir, amagó una investida desdeñando a los perros de inútiles dentelladas. Cuando Franz quiso retroceder, advirtió horrorizado que siete hembras más salían de la espesura impidiéndole la retirada.

Los desgarradores gritos, relinchos y ladridos, consternaron a los compañeros que aguardaban del otro lado del pantano. Estos, atormentados por sus conciencias enmudecieron y se miraban sin saber que hacer, hasta que el Rey Felipe montó a Sansón y empuñó las armas encantadas con las que en el pasado venció al dragón.

— ¡No vayas! —Exclamó Harold intuyendo su intención

— ¡No! Tu familia y súbditos te precisan —razonó Olaff

— No merece que expongas tu vida —Opinó Nicola

— Amigos, si así lo deseáis, apartad algunos de vuestros alanos y enviadlos en jauría para auxiliarlo. No arriesguéis más que eso —concluyó Vládimir, imponiendo a todos la autoridad que le daba su buen juicio y experiencia.

Pero antes de que pasaran a los hechos, divisaron al malherido equino montado por Franz, que aminorando su defectuoso galope sucumbió luego de ponerlo a salvo: — Mis perros también habrán muerto; ya no ladran... - dedujo subiendo extenuado a otro caballo, el que su difunto escudero le legara.

— ¡Que raro! El jabalí acorralado se defiende, mas no inicia una persecución habiéndose retirado su agresor... -dijo extrañado Vládimir al verlo aparecer y cruzar la aguada

— Confía en su gran tamaño –aseguró Felipe con serenidad, por haber vencido a un dragón que fue superior.

Mientras todos se alistaban para la magna cacería con lazos, redes, y apuntando sus lanzas y flechas al pecho de esa mole, Pedro seguía a su amo, y este a sus blancos alanos.

— ¡Maxy, regresa!-lo llamó, acercándosele- ¡No valen la pena!

— ¿Estás loco? ¡Son míos y los quiero! –frenando su caballo al oír los ladridos- ¡Shh, se detuvieron por aquí!

— ¡Pobre cervatillo, ya lo habrán destrozado! –murmuró

A pocos pasos encontraron a los alborotados canes. Saltaban alrededor de un frondoso árbol algo inclinado, en cuya horqueta se amparaban una muchacha de negra cabellera, y también el joven animalito al que abrazaba.

— ¡Gracias, Dios mío, por tu amor y cuidados! No sé qué podrá aportarme esta experiencia, pero, como siempre ha de tener un buen propósito –recapacitando ella, cuando descubrió al rubio cazador- ¡Sí, sí lo tiene, y ya lo hallé!

— ¡Por los cascos de mi Huracán! –susurró el príncipe mientras sus azules ojos se perdían largamente en los verdes de la doncella. Innecesarias fueron las palabras; las miradas decían que el amor había llegado a sus corazones

— ¡Ya se, ya sé! “Necesitas privacidad” –el asistente recordó con pesadez la eterna frase de su amo, apartándose un poco con la jauría – Salgamos de aquí pichichos, no nos precisan.

— ¿Eres humana? –apeándose preguntó Máximo.

— ¡Claro que lo soy! —y conmovida por su confusión, le obsequió una sonrisa comprensiva- Vivo de los mojones para allá, en el reino vecino, donde la magia no tiene cabida.

— ¡Ah, el De La Esperanza!

— Por su tamaño normal reconocerás que el cervatillo también se escapó de allí... Lo estuve esperando desde muy temprano... La niña del leñador lloraba por él —explicaba sin temor a que sus sentimientos asomaran en demasía.

— A mi llegada... ¿te escuché hablar con Dios? —preguntó sin dar vueltas, el intrigado muchacho. Le resultaba tan simple y grato comunicarse con ella, que nada lo cohibía.

— Si... —respondió con total naturalidad

— Todos creemos en uno, y muchos, reconocimos oficialmente al de la “nueva religión”, pero por su lejanía seguimos acudiendo a magos, hadas... ¿Cómo puedes...?

— ¡Qué feo eso! — interrumpió - Si entiendes por religión estériles repeticiones y asfixiantes rituales, ¡pues no la tengo! Mi buena relación con el creador facilita el diálogo

— ¿Diálogo? ¿Te responde? ¿Quién es Él?

— ¡El-Elyón, lo más grande que existe, lo mejor de lo mejor! Me mima, resguarda y educa, a veces rezonga, otras me consuela, pero invariablemente es fiel, justo y bueno.

— Entonces, ¿qué haces ahí arriba? —cuestionó.

— Al crear este árbol, Él sabía que hoy yo lo necesitaría.

— ¿Y los perros? ¿Por qué permitió que te siguieran?

— ¡No lo culpes por mi imprudencia...! Yo solita elegí este lugar equivocado ¡Pero sigo viva, y transformó mi torpeza en un recurso para que te conociera! –buscando su aceptación con algo de picardía en la mirada, preguntó- ¿No es una maravilla?

— ¡Sí, lo es! ¿Cómo no se me ocurrió? ¡Quiero conoceros mejor! ¿Dónde y cuando nos volveremos a encontrar? Tanto Él como tú me estáis gustando mucho –devorándola con los ojos para gravarla en su mente, mostrando absoluta transparencia. Y tan abstraído estaba, que no escuchó a sus quejosos perros inquietos tras los arbustos, ni el barullo propio de la cacería que cada vez era más nítido.

— También tú me...-con igual franqueza respondía ella, pues ya, entre ambos, era todo muy claro. Mas, el espanto irrumpió en su rostro y exclamó- ¡Señor, ten misericordia!

Alertado por su expresión, Máximo pudo esquivar el peligro, cuando el jabalí, todos los cazadores en gran jineteada, y la plenitud de la jauría en tropel llegaron a ese lugar. Además de las dos flechas que colgaban de su cabeza, la bestia traía incrustado en el pecho un manojo de muchas otras que haciendo un blanco perfecto no penetraron el corazón. Las feroces dentelladas de los alanos la dañaban sin derribarla, y ella cuantas veces podía los rechazaba con la trompa a largas distancias. Y en aterrador dramatismo, los perros ilesos, heridos o casi muertos volvían a la carga.

El heredero, que había quedado en medio de la escena, empuñó la espada, y dando uno de sus nuevos y formidables saltos alcanzó a sangrarle un lado del cuello. Sólo con sus dones mágicos pudo lograrlo, pues la piel era impenetrable por la habitual revolcada y tan degenerada naturaleza. El entusiasmo del príncipe al pelear detuvo a sus compañeros, que no por miedo se abstendrían, sino por dejarlo lucirse en esa prueba de fuego,

sabiéndolo exitoso e invencible. Franz, que estaba en el círculo de cazadores sin actuar, amagó con hacerlo cuando escuchó a Máximo gritar: — ¡Dejadlo, es mío!

— ¡No quieres ayudar, sólo buscas estropear su victoria! Pero te lo impediré. —dijo Pedro al hijo de Jurgens apoyándole la espada en el cuello, cuando vio su mala intención — Ya tuvimos nuestra oportunidad, y no perjudicarás la suya.

— ¡Paje piojoso! —lo insultó, moliendo las palabras y rebajando su rango, sin imaginar que en el fragor de la lucha, Máximo le arrebataría sorpresivamente la lanza para incrustarla profundamente en el pecho del animal.

— Tú no eres mejor — respondió Pedro sin ser escuchado

— ¡Eh! ¿Qué haces? ¡Esa lanza es mía! —gritó Franz, liberándose del escudero y tironeando de su arma hasta arrancársela al gran puerco. Pronto, tras un sordo gruñido lo vio caer a tierra, y como los perros no le daban tregua y la hemorragia pectoral era abundante, lo creyó débil y vencido. No imaginó que acercándosele sería investido.

El heredero, que en cuestiones de cacerías no dormía, quiso llamar la atención de la criatura tironeándole la cola desde el mechón, mas no logró impedir que los afilados diente, en movimiento ascendente se ensañaran con la cara de su archienemigo. Con la espada profundizó la herida lateral ya iniciada en el cuello. Intuyendo que giraría hacia él dio otro de sus magistrales saltos, y trepó hasta montarlo sujetándose de la hilera de gruesas y largas cerdas. Antes de que fuera a revolcarse, ya le había arrancado las flechas que pendían de su cabeza, revolviéndole los ojos y afectando su cerebro. Entonces sí, descolgándose a tierra antes de que cayera su presa, volvió a tajarle el cuello hasta la yugular, y aquella, volteando hacia un lado la cabeza, por fin murió.

Podría decirse sin exagerar que la ovación resonó por todo el bosque, y a Franz le dolía más el orgullo que sus importantes heridas. Máximo se había consagrado como el mejor cazador, pero además fue exaltado como héroe por salvarle la vida a su rival. Sin embargo, no todo fue alegría para aquél, pues cuando sus ojos buscaron a la bella desconocida que había conquistado su corazón, no la encontraron.

— Tu dama se ha marchado... –dijo Pedro al abrazarlo.

— Y la perdí; desconozco su nombre –agregó tristemente

En el campamento, los otros cazadores concluyeron la decapitación y entregaron a Máximo la cabeza del jabalí.

— Hay que castrarlo rápido – dijo Igor - No dejemos que ese olor montuno malogre la excelencia de su carne.

— ¿Es necesario? Parece joven -cuestionó Eric.

— No lo sabemos. Tal vez el hechizo le de esa apariencia.

— ¿Qué es esa bulla? -preguntó Máximo.

— Lo están curando a Franz, -dijo Ralph.

— Iré a confortarlo – comentó al retirarse - Se comporta como el diablo, pero no permaneceré indiferente ante su triste estado.

— Os veré en el almuerzo –se despidió el escudero, siguiendo a su amo.

Tanto escándalo apenas les permitió oír las explicaciones de dos cazadores que aguardaban fuera de la tienda.

— Lo hemos embriagado para que no sufra, y no deja de vociferar todo su resentimiento –informó uno.

— Además, le dimos a beber unas dormideras ¡Está tan alterado! Y si no le hacen efecto, igual cerraremos sus heridas –dijo otro.

— ¡Maldito ladrón! ¿Vienes a burlarte de mi desdicha? – al verlo le espetó Franz entre sollozos de ebrio- En “tu” endemoniado bosque perdí escudero, perros y caballo. Con “mi” lanza y “mis” flechas robaste “mi” gloria. ¿También me arrebatarás a Harmony, la princesa que pretendo?

— ¡Ignoradlo, alteza, os suplico! Sólo habla tonteras de borracho - intercedió el oficiante de medico, y dijo al paciente- ¡Ya callad! Parloteando abris más la herida.

— ¡¿Harmony es una princesa?! –murmuró Máximo, ajeno a todo insulto. Y por su alegre descubrimiento, casi no escuchó los gritos del dolorido Franz, cuando lo sujetaron para que una espada candente le cicatrizará el rostro.

— ¡Congratulaciones! –sonrió Pedro palmeándole la espalda.

Tras un día agitado pleno de emociones, llegó la noche. El sosiego atrapó al campamento, y quien no dormía estaba por hacerlo. Sólo unos pocos platicaban junto al fuego.

— Me está alcanzando el sueño –dijo Nicola poniéndose de pie- Iré a descansar. Gracias por esta cacería memorable.

— ¡Pedro, es mucho lo que te debemos! –reconoció Máximo- Ha sido perfecta tu asistencia ¡Hermano, vales oro!

— Mmm... ya tengo sueño. Me iré a dormir; buenas noches –se despidió Nicola, alejándose con andar perezoso y evocando los similares elogios de Felipe hacia su desconocido futuro yerno.

— Buenas noches –respondieron los demás.

Caminando un poco más, también recordó la defensa que otrora el escudero hiciera de Lizzetta. Y la curiosidad lo animó a regresar: — ¿Eres tú el pretendiente de mi hija?

— Si, majestad, lo soy – contestó incorporándose y mirándolo a los ojos- Imagino que no...

— Me enorgulleces –lo interrumpió con un gran abrazo, y bromeó antes de irse- Aunque lamento las jaquecas que te dará... Ahora sí dormiré tranquilo ¡Sí que lo haré!

— Bien, Máximo... –dijo Felipe- Al salir del castillo prometí a tu madre que hablaríamos de padre a hijo, pero también de hombre a hombre. Y éste es el momento adecuado.

— Si te inquieta Marrulla, ¡olvídala, ya es historia!

— ¿Acaso, la niña del árbol produjo este cambio? – ocultando su preocupación por la maldición de Gehena.

— Sí ¡Lo de Marrulla fue un error...! Rogando su perdón tras una riña, confundió mis sentimientos, y desatando los suyos quedé envuelto en un romance absurdo... Quería una novia, fue lo mejor que tuve a mi alcance, ¡y me dejé llevar!

— ¿Y ya no quieres una novia? –mirándolo de reojo.

— ¡Pero, ya la encontré! -y viendo que incrédulo movía la cabeza y sonreía, le insistió- ¡Créeme, el arrobamiento fue mutuo! Ella personifica la primavera; reverdece en sus ojos y florece en sus labios...No sólo es bonita, ¡la belleza interior le brota por todas partes! ¡Ah, su mirada es un manantial inagotable de ternura, y por su boca habla el cielo...!

— Y es la princesa del reino vecino –dijo Pedro

— ¡Y también Franz la pretende! Cabalgaré hasta su castillo y le pediré... -alzándose impetuoso el heredero

— ¡No, no irás, no te dejaré! -determinó el rey.

— ¡No quiero perderla! ¡Estoy tan cerca; en su frontera! Si parto ahora, la veré al alba e impediré que Franz...

— ¡No la perderás! ¡Y ya basta de Franz! ¡Esa musculatura sin sesos sólo nos ha traído problemas!

— Nada inicies sin antes concluir tu terrible enredo con Marrulla, y tampoco le menciones a Harmony -aconsejó Pedro.

— ¡Ya lo debe saber! Sus alarmas le habrán avisado...

— ¡Hijo, con más razón debes ser cuidadoso! Oportunamente, yo me encargaré de este asunto con los vecinos, pero primero aclararás tu situación con el hada -razonó Felipe, palmeándole cariñosamente la nuca- Ahora ve a descansar y sueña lindo... ¡Sueña con “tu primavera”!

XIV. Dos reinas

Aún no había amanecido pero se oía el canturreo de las aves, y en el castillo de El Gran Reino, las mujeres de la corte alboreaban para apurar sus labores.

— ¿Estás lista, mamá? –dijo Aurora llamando a su puerta.

— Pasa, hija –respondió desde adentro, ofrendando flores al pie de una estatua y encendiendo velas en su altar- Ya termino. Quiero iniciar el día con su protección...

— ¡Estoy harta de madrugar! –masculló ceñuda al entrar.

— ¡Y yo de desayunar en el cuarto de costura para ahorrar tiempo! – la siguió Ámbar-

— Cuando regrese Felipe, esto concluirá –dijo Prudencia, saliendo todas al pasillo- Quiso entretenernos para evitarnos conflictos con “quien ya sabéis”...

— “¡Cálmate, amorcito! Conversaré de hombre a hombre con nuestro hijo”, me prometió al partir... ¡Quisiera ver sus logros! –ironizó Aurora- Caemos de trampa en trampa, ¡y no reacciona! Está más dormido que yo en el pasado...

— ¡Este encierro me priva de Shén Mi! –rezongó Ámbar incontenible- ¡Se que también me extraña! ¿Notasteis cuanto afán por ayudarnos con su destreza? ¡Quería congraciarse con papá!... Seguro que le pedirá mi mano... ¡Qué varonil!... ¡Y qué tonta me pone el amor!... ¡Ji, ji! ¡Parezco Lizzetta!...

— ¡Te lo dije! –indicó Prudencia dando un leve codazo a su hija, y evitando con las compuertas de su sensatez un torrente de desacuerdos- ¡Ya,

ya basta de quejas! O “quien ya sabéis” vendrá a increparnos por sus temblores.

La abuela no se había equivocado, pues Marrulla, víctima de sus propias alarmas, las observaba desde la bola de cristal.

— ¿Cómo no lo pensé antes? –dijo para sí el hada luego de escuchar a Ámbar- ¡Sí, la quitaré de mi camino! Pero luego me ocuparé; tanto enojo y escalofrío me agotaron...

Cuando las tres llegaron al cuarto de costura, encontraron a sus puertas a las descontentas damas del séquito real aguardándolas con mucha bulla. Y la queja era la misma.

— Tengo los ojos cansados de tanto bordar...

— Y a mí me duelen la cintura y la espalda...

— ¿Por qué el rey nos castiga así? ¿En qué le hemos faltado?

— En nada querida –dijo la soberana, desatendiendo el apretón que su madre le diera en el brazo para detenerla- Todo es obra de Marrulla. La muy zorra lo ha embaucado...

Esa acusación desató mil protestas contra el hada que duró largo rato, y el estremecimiento de ésta parecía no tener fin.

— ¡Un simple conjuro podría arrasarlas! Pero no malograré mis planes por un berrinche –dijo desfalleciendo- ¡Ah, pajarracas fastidiosas, entrad al cuartucho, quiero paz!

La incomodidad de los mágicos achaques y el prolongado enfado con las mujeres, trastornaron a Marrulla. Así fue como atribuyendo su malestar únicamente a las grescas domésticas, ignoró que el joven ya no dormía en el campamento, que estaba en el reino vecino. La coincidencia de este hecho

con el motín que intentaba sofocar en el castillo, habían desestabilizado sus minuciosas precauciones.

Tras los mojones, donde el hechizo desaparecía, estaba la cabaña del leñador. Allí todos dormían menos Harmony, pues por amor soñaba despierta. Y desde la ventana observaba los ojos de los inquietos animalitos noctámbulos, que brillaban como estrellas fugaces en la negrura del bosque.

Ya clareando el día, se asomó a la puerta para disfrutarlo con la nueva sensibilidad que le daba el enamoramiento, mas, saliendo de los matorrales la sorprendió el causante de su insomnio.

Otra vez entendiéndose con sus miradas, corrieron para encontrarse en un idílico abrazo, y bañados por las primeras luces del alba que se colaban entre el follaje, parecía que el firmamento les daba su aprobación.

— ¡Sabía que te volvería a ver! -susurró ella- Pero me entristecía pensar que antes pasaría mucho tiempo.

— Me preocupó tu desaparición luego de la cacería.

— Mi tío fue a buscarme.

— Ignoraba quién eras y dónde encontrarte, hasta que en el campamento me lo informaron —conduciéndola hacia un árbol caído, para conversar sentados en su tronco- Sospeché que no eras familiar del leñador por tu pulcritud y modales, pero tanta sobriedad tampoco me mostró a una princesa...

— No me atavié para una fiesta. Estamos haciendo la habitual recorrida por el reino. Los súbditos nos dicen sus cuitas, nosotros los ayudamos y alfabetizamos.

— Se que Franz te pretende. ¡No lo aceptes ni dejes que te obliguen a hacerlo! —suplicó, aprisionándole las manos.

— Eso no sucederá; mi madre es una mujer piadosa y mi tío un hombre ecuánime. Además, yo no lo...

— ¡Pss, pss, alteza! –lo llamó el asistente desde los arbustos, y viéndolo incorporarse con la mano en el puño de su espada, se asomó avisando- Soy Pedro, tu escudero.

— ¿Qué haces aquí? –cuestionó, sonriendo benevolente- Preciso...

— ¡Sí, sí, sí! Precisas “privacidad”... pero cuando tu padre note que no estás, cabalgará en vano hasta el castillo de este reino, donde insinuaste que irías ¡Y su enojo aumentará!

— ¡Es verdad! Nunca imaginará que estoy aquí...

— ¿Ya debes marcharte? –preguntó tristemente la muchacha, aferrándose a su chaqueta.

— No, él informará por mí – determinó acercando sus labios a los de ella. A ambos los angustiaba la inevitable despedida, y necesitaban con desesperación un beso.

— ¿Vienes por otra presa? –interrumpió un hombre alto, de cabellos negros, al que bigote y barba hacían interesante.

— Es tío Just, hermano de mi difunto padre –dijo apurada.

— No, señor. –habló respetuoso - No pretendo cazarla, pero sí casarme con ella. Soy Máximo, príncipe heredero de El Gran Reino, y mi padre aseguró ocuparse de este asunto.

— ¡Ajá, eso está muy bien! –reconoció sin dejar de estudiarlo.

— A brevedad os visitará para acordar el compromiso y la boda – expuso ante su atónita enamorada.

— ¡Sí, hablas de matrimonio! –al fin comprendió ella.

— Claro que éste será después de unos meses, luego de cumplir dieciocho años... ¡Es lo que él acordó con mi hada!

— ¿Tú hada? –preguntó la princesa.

— Sí, la custodia del reino. A estas alturas, por su bola de cristal sabrá lo nuestro ¡Cómo me regañará cuando regrese!

— Te equivocas, muchacho –lo corrigió el noble varón- En estos territorios la magia no entra ni para investigar.

— Pero, nos conocimos del lado hechizado del bosque...

— Cualquiera sea el lugar dónde me encuentre, la magia no afecta mi vida porque honro a El-Elyón. Esta vez el espionaje de tu hada madrina fracasó –aseveró Harmony.

En tanto, Marrulla yacía débil en el piso de su torre. Levantándose con esfuerzo volvió a sentarse a la mesa, y a encontrar en su vítrea esfera a las perturbadoras mujeres, que encolerizadas alzaban los puños prontas para la rebelión.

— Nobles damas, ¿qué gustáis desayunar? –en vano aguardó el circunspecto mayordomo una respuesta, y debiendo insistir varias veces, alzó la voz- Señoras, ¿Qué os traigo? ¡Señoras, por favor! ¿Qué apetecéis?

Tal era el caos, que no advirtieron su llegada, pero el hada sí lo hizo, e intentando una inmediata solución, desde lejos lanzó un hechizo: — **Va a distancia el conjuro, / efectivo y seguro. / Silvestre, fiel servidor, / conviértete en roedor.**

— ¡Eh! ¿Qué queréis comer? –con enojo, el hombre chilló de modo inusual. Esta vez siendo escuchado, logró silenciar a las mujeres y que dirigieran sus miradas hacia él. Mas encontrándose con un ratón, ellas repitieron los gritos, y muy asustadas se protegieron encerrándose en el

cuarto de costura. Marrulla había logrado su objetivo, por fin podría descansar.

— ¿Qué sucede? —atraída por el escándalo preguntó la ridícula esposa de Silvestre, portando por detrás un plumero que sujetaba a la cintura el lazo del delantal. Y con una escoba, despiadada golpeó al roedor sin darle respiro- ¡Ah, por tu culpa me regañarán; dirán que no aseo el castillo!

Una vez recluidas, entre la nobleza femenina hubo paz. El encanto aromático había cumplido tan bien su función sedante, que del cuarto de costura hasta salió una jubilosa canción: — Muy placentero es coser todo el día / ¡Qué entretenido es bordar y bordar! / En compañía de buenas amigas, / ¡cuánta alegría, qué felicidad!...

* * *

De vuelta a su reino, Harmony entró como un torbellino a la sala dónde la soberana hacía unas anotaciones. Ésta era de mediana estatura, algo rellenita aunque no obesa, e inspiraba respeto. Mas su cabello castaño realzaba un rostro claro y diáfano, que mostraba la sencillez y bondad de su corazón.

— ¡Mamá! —corriendo a sus brazos y soltando al tío.

— ¡Habéis regresado! ¿Cómo os ha ido?

— ¡Magnífico! Desde una horqueta presencié la caza de un jabalí descomunal, ¡y él, le dio duro con su espada!

— ¿Él? —buscando respuesta en su cuñado.

— ¡Sí, madre! Los canes enfurecían, los brutos se espantaban, mas él, valiente como ninguno dio un salto increíble y bla, bla, bla... - los mohines, ademanos, y sus muchas palabras en carrera desenfrenada, obligaron a la reina a hacer un esfuerzo por comprenderla y otro para no reír.

— Te cuenta con lujo de detalles una cacería... -explicó Just fingiendo naturalidad, como si todo estuviera muy claro.

— ¡Lo imaginé! Ahora dime, ¿de quién se ha enamorado? -inquirió sin rodeos, en tanto su hija seguía parlotando.

— ¡Qué alivio que lo descubrieras por ti misma!

— ¡Actúa como yo cuando me prendé de tu hermano!

— Salió de los matorrales, iluminado por la tímida luz de la alborada que los árboles filtran, y la bruma desmayaba a sus pies... -prosiguió la joven, ajena al cuchicheo y desplazándose como si bailara- ¡Parecía un enviado de Dios!

— ¿Acaso es de los nuestros? -la monarca volvió a interrogar, atenta a sus pocas expresiones comprensibles.

— ¡No, la magia lo ha turbado! ¡Tanto, que confundiendo a mi sobrina con un genio le preguntó si “era humana”!

— ¡Ah, el príncipe Máximo es lo máximo; el mejor de mis pretendientes! Su sonrisa franca y sus ojos azules de mirada intensa hablan el lenguaje de los mansos. ¿No es casi perfecto? ¡Valiente ante el peligro, pero tierno en el amor!

— ¿Máximo? ¿Se refiere al “heredero dormido”?

— Sí, querida Grace -respondió él, resignado- Y pronto vendrá su padre a oficializar el pedido de mano.

— Mmm... Está enredado en la magia de dos hadas; una malvada, y otra que dándosela de buena es peor... ¡Sí, sí es un enviado de Dios, y hay que despertarlo!

— ¡Lo haremos! -sonrió Just- Temí que por sobreproteger a tu hija no te arriesgarías, pero tu piedad no ha mermado...

— ¿En verdad es mi hija? —la reina cuchicheó una vez más, viéndola tan cómicamente romántica- ¿Estás seguro de que en el camino no te la cambiaron por una cotorra?

XV. Esquivando alarmas

Cuando los poderosos cazadores regresaron al castillo de El Gran Reino, Aurora abrazó a su esposo, silenciosa y largamente, sintiendo aliviado el corazón, y Ámbar, colgándosele de un brazo, tampoco quería soltarlo. Con él volvía el orden.

— ¿Qué te ha sucedido, Silvestre? —preguntó el rey aludiendo a los moretones que le cubrían el rostro.

— Aún no lo se, alteza. Sólo recuerdo que desperté maltrecho en el basural —respondió, sin notar que las disimuladas miradas de Felipe, Máximo y Pedro acusaban a la guardiana- Al parecer los golpes trastornaron mis hábitos alimenticios, ¡tengo continuos antojos de queso!

— Y... el heredero de esta familia, ¿cumplirá la promesa hecha a su incondicional amiga? —dijo el hada alzando una ceja, bajando la mirada y esbozando una sonrisa.

— Sí, Marrulla, he traído el trofeo —confirmó, apartándose para que el séquito lo depositara ante ella, e inexpresivo ocultaba sus emociones- Una vez disecado, te lo entregaré.

Luego de observar la testuz de la presa, mofándose, la resentida genio probó a la reina que la burda relación seguía intacta, y ostentando sus poderes procuró amedrentarla: —**Esta gran cabeza de jabalí, / únicamente ha de ser para mi. / Con un chasquido he de embalsamarla, / con otro a mi torre he de llevarla** —haciendo sonar dos veces los dedos, asombrosamente acondicionó el premio como el mejor taxidermista, y lo hizo desaparecer. En tanto, Aurora clavaba en Felipe una mirada sostenida y ensombrecida por la decepción.

— Lamento no celebrar contigo –dijo el hada a su protegido alejándolo del gentío para conversar con cierta reserva – Mi sola presencia inquieta a las mujeres de la casa y quiero que me olviden un poco. Por la llegada de vosotros ahora están contentas, mas no se cuánto les durará.

— ¡No exageres! –apenas sonrió incrédulo.

— ¿Lo dudas? Tu madre las puso en mi contra; hasta las siervas recelan. Me agotaron con continuos escalofríos, y sin fuerzas he llegado a arrastrarme. Las soporté por ti, pues podía haberlas petrificado con un simple destello de mi barita mágica -y mimosa añadió- ¡Casi no me dejaron espiarte!

— ¿De veras? –queriendo disimular su alegría.

— ¡Sí! Pero sabía por anticipado que sin riesgo matarías al jabalí, que de la cacería no participarían mujeres, y descarté el peligro...Ahora, cuéntame, ¿me extrañaste?

— ¿No te ofenderás si te digo que no? También he tenido mis disgustos; Franz me fastidió todo el tiempo... ¿Por qué por él no tiembles? ¿Para tus alarmas no es un adversario?

— ¡Claro que no, es un cretino! Su sevicia siempre se frustra, no pasa de la mala intención -y acariciándole el rostro se despidió- Te veré por la noche, en “nuestro edén”.

Sin esperar respuesta la genio se esfumó en el aire, apareciendo en el cuarto dónde se apartaba el noble oriental.

— Hoy concluirá tu reclusión; Franz nos abandonará.

— Gracias por la noticia –la observó desconfiado.

— ¡Ah, Shén Mí! El rey se disgustará mucho cuando descubra tu plan ¡Atenúa su ira con una sorpresa heroica!

— ¡Demonios! ¿Qué pretendes de mí? —dijo de mala gana

— Que te mantengas despierto hasta muy avanzada la noche, y auxilios a la princesa cuando la escuches gritar. Ella es de suma importancia para Felipe, él siempre considera sus opiniones y te estará eternamente agradecido por defenderla.

— Me extrañan tus cuidados, ¿ya no te incomoda Ámbar?

— ¡Sí, me exaspera tanto como su madre y su abuela! Por eso de a poco las erradicaré ¡Son un estorbo para mi gestión!

— Y ahora le toca el turno a la niña, ¿verdad?

— ¡Exacto! Antes de marcharte la desposarás y te la llevarás bien lejos —determinó con frescura.

— ¿Has enloquecido? Una cosa es el galanteo y otra el matrimonio. ¡Su padre me la negará!

— El te la dará; es su consentida, está perdidamente enamorada de ti, y yo ejerceré mi influencia.

— ¡En mis tierras molestará una esposa occidental!

— En cuanto la saques de aquí, haz con ella lo que te plazca. Con una poción parecerá enferma, ¡mátala si lo prefieres! ¿Quién te acusará luego de la protección de hoy?

— ¿Por qué no lo haces tú?

— Lo haré con su abuela ¡Pero ella es vieja y a nadie asombrará su deceso! En cambio dos de mis oponentes muertas bajo este techo me harían sospechosa. Deseo que todo aparente naturalidad ¿Comprendes?

— ¿Y qué sucederá con Aurora?

— ¡Ah, la que mayor venganza merece! Mas no correré riesgos; sin apoyo de las otras no molestará ¡Un magnicidio requiere de mucha cautela! Aún así reevaluaré su situación.

— ¿Y ahora, qué te sucede? –interesado en sus temblores

— ¡Maxy no me falló, está enfrentando a su madre! –intuyó con entusiasmo a pesar de sus convulsiones-¡Y cuanto la ha enojado!

— ¿Qué dices? –preguntó no entendiendo su farfullar.

— Nada importante, pronto estaré bien.

En tanto, el paciente Felipe toleraba las evasivas de su mujer, quien sintiéndose defraudada llegó a decirle: — Ya no me quieres; es seguro que esa tramposa también revolotea en tu mente ¿Cuándo visitarás su jardín mágico? ¿O quizá lo has hecho?

— ¡Aurora! ¿Estás demente? Jamás he amado a otra, ni en sueños te he traicionado... -se horrorizó ante tan descabellado juicio, y conduciéndola de un brazo, añadió- Ven, conversemos a solas y con sensatez.

En el despacho real el enfrentamiento fue inevitable, y lejos de mejorar, la situación empeoró notablemente.

— ¡Prometiste, no cumpliste y todo sigue igual! ¿No te desespera que el tiempo se agote y que tan terrible imprecación se precipite sobre nuestro hijo? ¡Esta araña enredona es más una amenaza que la solución a su problema!

— ¡Te equivocas, mi amor! Eres muy apresurada...

— ¡No me convencerás! Yo, la reina madre, por el momento debería ser la mujer más importante en su vida, ¡pero el trofeo se lo obsequió a esa zorra!

— ¡Ya basta! ¡Te estás extralimitando! –exclamó el príncipe, ingresando repentinamente al recinto- Hoy hablaré con ella y terminará tu pesadilla, pero los maltratos que le has infligido envilecen mis decisiones. Tus deplorables actitudes no me ayudan y tornan más penoso mi quehacer ¿Ahora, con qué cara iré a darle la mala noticia?

— ¡Esa intrigante no merece tanta consideración! Decide sin consultar, nos desinforma adrede... ¿Sabéis que esconde un secreto de Shén Mí? ¿Cuántas cosas más debemos esperar que oculte? ¡Siendo los soberanos tenemos que averiguar todo tras las puertas cual siervos fisgones!

— ¡Ah, madre, deja de perseguirte! Encuentras fantasmas donde no los hay.

— ¡No os comprendo! Yo sola veo la realidad, ¿y me creéis loca? –lloraba impotente- ¿Me encerraréis con mi suegra?

— ¡Por favor Aurora, no digas eso! –suplicó Felipe.

— Así la engatusaste antes de guardarla tras las rejas, ¡y luego ya! ¡Nunca un reclamo ni una investigación seria! Siempre dejas que Marrulla se salga con la suya, que maneje tus asuntos y tus afectos –con el rostro desencajado y dando puñetazos en el escritorio- ¡Se terminó! La bella durmiente ha despertado, quemando las etapas del llanto y del rezongo ¡Ahora procederá sin consultar, como la reina que es!

— ¡Aurora, regresa! –ordenó Felipe saliendo al pasillo.

— ¡Mi señora! –suspiró Pedro, que buscaba al príncipe y fue atropellado por su madre cuando huía como una tromba.

— El viaje ha sido agotador; vosotros necesitáis un baño y descanso –apurado dijo el rey a los jóvenes, queriendo evitar que supieran algo indebido- Nos veremos en el almuerzo

— ¡Pero, padre!...

— ¡Nada! De tu madre me ocuparé yo –fue la última palabra y partió a su encuentro, preguntando a los guardias en cada trecho sobre la dirección que ella había tomado.

Hallándola dentro de la torre mágica (por suerte en ausencia del hada), atónito la vio descubrir violentamente la bola de cristal.

— ¡Óberon, responde! ¡A ti te llamo, rey de pacotilla! ¡Es hora de dar la cara! –gritaba absolutamente descontrolada, dispuesta a todo- Soy Aurora, la soberana de El Gran Reino, y ahora mismo quiero que te lleves a Marrulla. ¡La muy inservible está seduciendo a mi hijo y no la quiero aquí!

— ¡Aurora, deja eso y ven! –en vano gritaba desde la puerta su marido, encandilado por la surgente luz.

— ¿Me escuchas, desgraciado?- abofeteando la esfera sin miedo alguno, y más ciega de furia que por la mágica luminosidad- ¡Ya quiero fuera de aquí a esa maldita! ¡Gehena y ella son la misma escoria, y sin duda tú también! ¿Me has entendido? ¡Responde, cobarde embaucador!

— ¿Y dices que no estás loca? –la increpó Felipe animándose a entrar, protegiendo su vista con un brazo, y tanteando dificultosamente el lienzo rojo con la otra mano.

— ¡No te atrevas! –gritó ella queriendo reincidir, luego de que él cubriera la bola.

— ¡Es suficiente! ¡He dicho que es suficiente! –le ordenó apartándola de un empujón.

— ¡No, no lo es! ¿No entiendes que todo es poco? –llorando en el forcejeo

— ¡Ya no, más! ¡Aquí terminan tus dislates! - decidió sacarla del lugar, abrazándola por detrás cual tenaza para inmovilizarla, e impidiendo que sus pies tocaran el suelo.

Como los cazadores tomaron un largo descanso y la cocción del jabalí duró bastante tiempo, el almuerzo tuvo lugar más tarde de lo acostumbrado. La algarabía le dio carácter festivo, y la informalidad, de reunión familiar.

— ¡Mm, esta carne es una delicia! ¡Y qué bien la ha conservado la magia durante todo el trayecto! –manifestó el escudero chupándose los dedos- La reina no ha comido con nosotros; ¿acaso empeoró?

— La he tranquilizado con una tisana y ahora duerme -viendo que su hijo prefería la soledad del balcón- Tampoco Marrulla se ha presentado, y Maxy está allá confinado con sus pensamientos... ¿Ya han hablado?

— No aún; ¡es difícil hacerlo!

El heredero parecía observar el panorama que se extendía ante él, pero en realidad, sus ojos cargados de dolor vagaban por la nada, y la angustia le obstruía la garganta.

— Hijo mío, cuantas más vueltas le des a este embrollo, menos te decidirás – manifestó, amigable y comprensivo, al acercarse.

— ¡Padre, me has hecho aprender tantas cosas, y no me enseñaste a ser un truhán contumaz! No se cómo abordarla... Encontré mil argumentos y en todos me siento un ruín.

— ¡Pero, de nada tienes que arrepentirte! Sólo explícale que, por un mal entendido, quedaron atrapados en este enredo. Háblale como a nosotros en el campamento; así, con iguales palabras. ¡Si tanto te ama, entenderá! –

sugirió Pedro, dudando de tal afecto con un gesto que el príncipe no alcanzó a ver.

— ¡Seguro que entenderá, pero la lastimaré! –con la voz quebrada por el llanto reprimido- ¡Yo, el que creció a su lado, el que la lapidó con exigencias y luego apeló a sus buenos sentimientos, precisamente yo he de ser quien la hará sufrir! ¡Pobre mi hadita de puntillas y cucuruchos!

— ¡Hijo! ¿La amas a ella o a la princesa del bosque?

— ¡Harmony es mi vida...! Pero, defraudar a Marrulla, es como faltarle a mi madre, a mi hermana o a ti...

— Bien. Esto, parece un amargo y feo remedio que deberás beber inevitablemente, y tardando, empeorarás –meditó su padre- ¡Dilatar esta definición retrasará “tu primavera”!

— Tienes razón –respondió evocando sus mejores momentos con Harmony- Este suplicio no pasará de hoy.

Las horas transcurrieron, había llegado la noche, y el hada madrina apareció en la torre mágica.

— ¡En un rato veré a Maxy y debo estar linda! –murmuraba para sí, ignorando lo sucedido allí, en su ausencia.

— Marrulla, Marrulla... –la llamaban desde la esfera.

— ¿Y ahora, qué? - extrañada, la descubrió, cuando brotó luz por debajo del lienzo- ¡Óberon! ¿Mi rey me honra con...?

— ¡Si Marrulla, soy yo! -la interrumpió, malhumorado- Mejora la visión y el sonido, ¡y pronto! Pues, de este modo no podremos comunicarnos.

— Enseguida, majestad -soplando la bola de cristal.

— Así está mejor. Ahora dime... ¿qué ha sucedido con mi antigua consejera, la más sagaz, la mejor?

— Aquí estoy, cumpliendo mi misión.

— No te encomendé seducir al heredero.

— ¿Cómo lo supisteis?

— Las preguntas las hago yo –volviendo su tono cortante.

— ¡Él no me importa! Lo avergonzaba no tener novia, fingí que nos unía “algo más”, ¡y fue fácil atraparlo!

— ¿Y? ¿Qué obtienes con eso?

— ¡Nada menos que ser la futura soberana de El Gran Reino! ¡Es así de sencillito! –sintiendo cierto estremecimiento que no provenía de Óberon, por no hallarse en su área de influencia. Aunque, el mal talante que ella le provocaba, habría despertado sus alarmas, de haber estado allí.

— ¡Ilusa! ¿Crees que se casará contigo? La mujer que lo enamore verdaderamente, te desplazará.

— ¡Ella, jamás existirá! El gran amor de su vida, no aparece en su presente, ni entrará en su futuro ¡Y mi bola de cristal no erra! Lo he planeado bien; simularé envejecer con él, y a su muerte me quedaré con todo –tornando sus escalofríos.

— Lucifer le ha solicitado El Gran Reino a Maléfica, ¿y crees que te lo dejará a ti?

— ¡Yo se lo ofreceré, seré su reina y dependeré sólo de él!

—Te sientes segura y ganadora, pero mejor conserva tu dignidad de hada bienhechora, ¡y déjate de tonteras!

— ¡Mi señor Óberon...! No vengáis a mí, con cuentos de haditas buenas. **Estamos aquí para confundir a los humanos**, ¿y cuando imploran nuestra ayuda, qué hacemos? **Con la barita les damos, con un conjuro le quitamos, y así los entretenemos y engañamos.** En definitiva, **les impedimos recurrir al Innombrable**, ¡porque nuestro jefe es su oponente!

— Sí, todo es muy cierto. Mas, no me resignaré a ser abandonado ¡Te entronizas con el jefe y me desairas!

Para Marrulla, eran preocupantes sus temblores, pero también la sensación de tener cerca a su protegido. Si él, con sus limitaciones humanas la presentía aunque estuviera invisible, ¡cuánto más advertiría ella su inmediatez, siendo una criatura elemental con los sentidos muy desarrollados!

— ¡Aguarda! —exclamó el hada, desconcentrándose por echar una mirada a la puerta que estaba entreabierta.

— ¡Marrulla, cuando hablas conmigo no te distraigas! —le exigió a gritos- ¡Deja de ofenderme! ¿Me has escuchado?

— ¡Sííí! Pero... ¿no es Titania a quien hicisteis tu reina?

— ¡No podía ofrecerle menos; desciende de los Titanes!

— ¡Es una tonta! Regalándole un burro, la hubierais conformado.

Las sospechas de Marrulla eran acertadas. Tras la puerta, silencioso y con el rostro bañado en llanto, Máximo había escuchado la conversación completa. Pero una mano fuerte y consoladora se apoyó en su hombro, era la de su padre, que sin ser advertido lo había acompañado todo el tiempo, y después de un corto abrazo, con un gesto le indicó la retirada.

— ¿Acaso mi preferencia no te basta? —cuestionó Óberon

— ¡Sí, que lindo, ambos nos consideramos! Pero, vos te quedaréis con Titania y El Reino de las Hadas, y yo, con nuestro jefe y El Gran Reino... ¡Es un buen arreglo! ¿Verdad? -y desechando todo respeto y protocolo hacia su superior, también ella finalizó la conversación- Bien, ahora voy a despedirme; tengo una cita con “mi pollito real”.

La guardiana sopló la bola de cristal y la volvió a cubrir. Luego acudió a la puerta, y sorprendida encontró tras ella al hijo de Jurgens con el puño en alto preparado para llamar.

— ¡Ah! ¿Eres tú? -con insolente desprecio.

— Dado que el emplaste con hojas del bosque encantado curaron pronto mis heridas, ahora, quiero que tu magia borre las cicatrices -sin rodeos, reclamó como si tuviera derecho.

— Perdona gordito, pero en este momento no te puedo complacer - respondió cerrándole la puerta en la cara, y murmuró para sí- ¡Qué raro, por primera vez lo detectaron mis alarmas! ¿Se habrá vuelto peligroso? ¡Hubiera asegurado que era Maxy...!

Luego de evadir otra alarma, el heredero se reunió en su cuarto con el escudero, y mientras contaba cuanto había escuchado, su padre miraba por la ventana.

— ¡Intuí que la reina tenía razón...!-lamentó Pedro, sentado en un cúmulo de almohadones que había en el suelo.

— ¡“Mi hadita de puntillas y cucuruchos”, resultó un ser infernal! - burlándose de sí mismo cerraba los ojos y asentía con la cabeza, frunciendo luego el rostro como si un dolor visceral lo aquejara, para añadir- ¿quién lo imaginaría? ¡Y yo compadeciéndola!

— Otra vez ha encantado el patio. Recién lo iluminó, y ya estará aguardándote -informó Felipe, acercándose a la cama dónde estaba sentado- Ahora la situación cambió; no irás con ella ni para enrostrarle su maldad, ¿entendido? Quiero que ignore nuestro descubrimiento. Lo peor de su plan no es inminente y hallaremos una solución, pero sí se aproxima la guerra, y no quiero enemigos en el campo de batalla y también en el hogar.

— ¿Una guerra? -preguntaron los muchachos.

— Sí. Fue anunciada por Marrulla. Jurgens busca aliados para volver a invadir el norte, y Franz no vino en servicio diplomático, como tú y tus amigos sospecháis. Sus actitudes despectivas confirman que algo malo se propone.

— ¡Ya hay una salida! -dedujo Pedro- El Dios del reino contiguo podría ser el Innombrable aludido por Marrulla. Ella quiere impedir que la gente llegue a Él, y Éste reprueba la magia ¡Son fuerzas antagónicas, todo parece encajar!

— ¡Y El-Elyón, es mayor! ¡Sí, es Dios! -afirmó Máximo- ¡Hasta podría evitar la guerra!

— De acuerdo. .. Consideraré lo que decís, ¡y calmaos! -receló el rey por tanta euforia- Ya me estáis preocupando...

— ¡Despreocúpate y goza! ¡Contamos con Alguien muy poderoso y confiable! ¡Marrulla le teme, no aguanta ni su nombre! El reino vecino es inofensivo; ¿no exageró saturando de hechizos nuestra frontera? Con todo eso, no pudo evitar que mis alanos en una huída absurda me guiaran hasta la princesa. Tampoco ésta fue detectada por la esfera, ¡y sigo esquivando alarmas! Es como si El-Elyón buscara un encuentro. ¡Entiende, sólo nuestra obstinación lo impedirá!

— Maxy, sé que el hada que nos asiste es un fraude, y comprendo tu decepción, mas no es momento de innovaciones. ¡Una decisión importante se toma en frío, nunca con la sangre caliente por la ira! –razonó Felipe.

— ¡No hablo con despecho! Sólo señalo la oportunidad de romper las ataduras que soportamos por generaciones.

— ¡No, y no! He dicho que no batallaré en dos frentes al mismo tiempo, por tanto no cambiaré de montura en la mitad del camino. Después de ganar la guerra investigaré al Dios de tu enamorada, y recién entonces determinaré –omitiendo que además existía la maldición de Gehena, ante la cual temía dejarlo indefenso.

— ¿Crees que un amor enfermizo por Harmony me ha aventado al fanatismo místico? ¡Te vuelves a equivocar!

Pero el cambio de opiniones se detuvo, pues escuchando gritos lejanos y rumor de alboroto, los tres salieron corriendo.

— ¡Alteza! –gimió Silvestre, yendo a su encuentro con Estéfano y Humberto -¡Secuestraron a la princesa!

— ¿Cómo lograron franquear el foso? ¿Y los guardias? -el rey preguntaba, irritado y a toda carrera.

— La llevaron en embarcaciones menores, por el pasadizo que hay en la roca y da al mar –explicó su padre, pues la fortaleza se asentaba en lo alto de un acantilado.

— ¡Señor, la raptaron amordazada! -interrumpió la doncella- Eran varios y también me ataron e impidieron el habla.

— Pero, ¿qué ha sucedido?-preguntó Máximo, que adelantándose, encontró un reguero de guardias derribados

— Éste reacciona –avisó Pedro ayudándolo a sentarse.

— ¿Quién lo ha hecho? –interrogó el monarca.

— El Príncipe Franz. Nos ha sorprendiendo de a uno –explicó con dificultad el centinela herido.

— Despejó el sector de toda seguridad, para ceder paso a quienes aguardaban en los botes –supuso el heredero- Esto debió urdirlo Jurgens; los sesos de su hijo no dan para tanto...

— ¡Majestad, la hemos perdido! –informó el superior del pelotón, que se aproximaba con vergüenza y pesar- Al parecer la princesa apenas pudo pedir auxilio desde el mar. La luz de luna nos dejó divisar tres botes fuera de alcance, y una embarcación mayor aún más lejos... ¡Mi señor, lo lamentamos, disponed de nosotros!

— Estáis disculpados, ni yola hubiera recuperado –respondió, y la tristeza le demacraba el rostro.

— Cuenta con nosotros para el rescate - ofreció el Rey Vlódimir como vocero de sus pares, que apurados lo seguían.

— ¡Mmm! No será necesario -dijo Estéfano al ver a Shén Mí con Ámbar en brazos, y ambos empapados.

— ¡Hija! –exclamó alegremente el rey.

— ¡Padre, Jurgens quería extorsionarte! Pronto invadirá un reino del norte, y con mi cautiverio te impediría ayudarlo –informó luego de apoyar sus pies en el suelo.

— ¡Continúa! -la apuró, preocupado, observándola detenerse para echarle una mirada a su héroe, que superaba la admiración.

— ¡Y Shén Mí llegó a tiempo, pues haciendo un clavado se lanzó desde su torreón al mar! Volteó el bote dónde me llevaban, me puso a salvo, luego dejó fuera de acción a quienes nos perseguían... ¡y aquí me tienes!

— ¿Y tú, Shén Mí, qué más puedes decir?

— ¡Papá...! –insistió ella- Entrenó a tus hombres, te trajo pólvora para asegurar tu supremacía bélica, también me rescató, ¿y qué haces? ¡En vez de agradecer, desconfías!

— Alteza -manifestó el joven oriental, con respeto y solemnidad, sin cohibirse por los presentes- Tu sabiduría es grande, tus sospechas acertadas, y he de adelantar una osada petición. Antes de mi partida quisiera desposarme con tu hija.

— ¡¿Qué?! –preguntó desorbitándosele los ojos

— Sé que te parecerá una locura puesto que aún es una niña, mas, este proceder en mi tierra es muy común.

— ¡Sí, padre!-intercedió Ámbar- Sabes de sobra que Marrulla y yo no congeniamos ¡Pero tú la precisas! Con “mi campeón” seré feliz, y estaré más segura que aquí... ¡Te lo suplico, acepta!

— Antes de marcharse, lo decidiré -contestó serio y pensativo- Por lo pronto, no lo rechazo, ¿y no es poco, verdad?

— ¿Dónde está nuestra protectora? ¿Por qué no pudo prevenir este atropello? –preguntó la reina, bamboleándose y bostezando por efecto de la tisana ingerida, pero llegando a tiempo para informarse y encontrar a su hija fuera de peligro.

—Franz es un perdedor al que todas sus ruindades le fracasan, ¡no hay que considerarlo! –quiso calmarla Máximo, con la misma respuesta que le había dado el hada.

— ¿Y te parece poco: varios guardias maltrechos, el susto que nos llevamos, el resfrío que mañana tendrá mi hija, y su dudoso romance? -

rezongaba Aurora retirándose amodorrada pero cuerda- ¿Por qué no usas tu inteligencia?

— ¡La niña está bien, conténtate! –aconsejó Prudencia.

Cuando todos se marcharon, el príncipe se demoró percibiendo a Marrulla en el aire. Mas alertado su padre, pronto sugirió: — ¡Hijo, salgamos de aquí!

Y en ese soledoso lugar, el hada apareció tras una columna: — Shén Mí me cumplió, Maxy rompió su cita, quizá por el secuestro, ¡pero me defendió de su madre! ¡Que satisfactorio! –murmuró para sí riendo con fruición, ignorando que en esa noche comenzaba su caída, pues esquivando alarmas, el heredero la había desenmascarado.

XVI. Las dos guerras

Luego de consultar en su esfera el futuro beligerante del reino, Marrulla murmuró: — ¡Esta guerra será más inminente de lo esperado! Hablaré con Felipe.

Pero antes de concluir, decidió averiguar también el presente: — “¿Ahora he de dar mi recado? ¿Está el rey libre u ocupado?” -y viendo en el cristal que Prudencia transitaba por un corredor con sus flores y velas, volvió a pensar en voz alta- ¿A dónde irá esta tonta? El altar de su escultura queda para el otro lado...

— ¡Felipe, óyeme por favor! – rogó, entrando angustiada a la sala que él ocupaba- Mi nieto me ha abierto su corazón; supe de su amor verdadero, que teme malograrlo con los plantones nocturnos de Marrulla, y... quisiera que mi hija ignorara todo esto.

— ¡De acuerdo! -contestó desde su escritorio- Si tanto la alteró el destino que Maxy dio al trofeo, ¿qué locura no haría con esta información? ¡Ninguna tisana podría tranquilizarla!

El comprendió claramente que su suegra estaba al tanto del romance entre Máximo y Harmony, que enojar al hada la haría sospechar tomando represalia, y que debido a la maldición de Gehena ese amor preocuparía mucho a Aurora. Mas, la críptica expresión de la abuela y el comentario del rey, llevaron a Marrulla a una errónea interpretación.

— ¡Mi chiquillo, me has postergado por culpa de tu madre, pero, confiesas que soy tu amor verdadero y temes perderme! ¡Sí, lo soy! Por eso mi bola de cristal no me registra -pasando de su regodeo a una argucia macabra- ¡Mmmm! Entonces apuraré la boda, y lo besaré antes de cumplir

sus dieciocho años... ¡Sacrificarlo será lo mejor para todos! A su muerte, pronto reinaré sin lamentar la impaciencia del jefe, ni los celos de Óberon

Administrando bien el tiempo, esa misma tarde organizó una reunión de emergencia.

— Os he convocado alertada por mi bola de cristal. El fracaso de Franz ha enfurecido a Jurgens apresurando su alianza con otro pueblo. Entonces, ahora idearemos estrategias; no podemos aguardar el pedido de auxilio –señalando el mapa desplegado sobre la mesa- Antes de invadir aquel reino del norte, querrán impedir nuestra intervención emboscándonos aquí. Mas, adelantándonos, ellos caerán en nuestra trampa.

— Cuenta con nosotros –se solidarizó Vládimir-

— Dispondrás de nuestras milicias; todas las que aquí entrenaste –ofreció Harold

— Avisaré al Rey Jean Pierre; también querrá respaldarte, como yo –intuyó Olaff

— Os enseñaré a usar la pólvora –manifestó Shén Mí- Y sugiero modificar vuestras armaduras. Su rigidez, hará que desaprovechéis lo aprendido.

— Aprobado; haz esos cambios –consideró Felipe.

— Espero que esta vez la reina no quede a cargo –dijo Marrulla sin rodeos, y alegó- Fuera del reino no hay alarmas y precisaré tranquilidad para observaros continuamente...

— Quedarán mi padre y mi suegro. Máximo me acompañará. Para él, participar de esta guerra libertaria será una buena experiencia –resolvió Felipe, pues lo arriesgaría menos en la batalla que en el castillo.

* * *

Mucho después de ocultarse el sol, el príncipe corrió escaleras arriba tras el padre de Felipe: — ¡Abuelo Humberto! ¿Visitarás a la abuela Premura?

— Sí. Todas las noches lo hago. Siempre aguardo alguna mejoría, pero su locura sigue ahí, intacta, y muchas veces, peor... -con los ojos humedecidos y la voz quebrada, aún después de tantos años- ¿Me acompañas?

— Si, me despediré. Mañana temprano iré a la guerra y no quiero despertarla.

Dejando atrás la guardia y arribando a la lóbrega antesala del calabozo, donde la luz mortecina de las antorchas era vencida por las sombras, súbitamente se detuvieron.

— ¿Quiénes están ahí?-susurró Humberto al escuchar murmullos

— ¡Son demonios! ¡No está loca, sino poseída! -advirtió su nieto, tironeándolo para ocultarlo con él tras una ancha columna de la arcada. Y al amparo de ésta y de la oscuridad, fueron testigos de cuanto ocurría del otro lado de las rejas, donde la claridad mejoraba y los inicuos discutían.

— ¡Pero soy Criminal, uno de los peores! -rezongó, abandonando a la dormida Premura- ¿Os comparáis conmigo precisamente vosotros, los sin rango?

— ¡Aún así tenemos derecho a algo mejor! -replicó uno de los cinco espíritus que entrando por la ventana volvían a su normalidad, mientras incontables burbujas apiñadas esperaban afuera- ¡Tampoco pretendemos un monarca! Aunque estamos dispuestos para ayudar a Ambicioso... Porque, sabemos que logró entrar en el Rey Jurgens.

— ¡Entonces, id e intentadlo!

— ¡Jamás! -dijo otro- No penaremos por la tierra, derrochando días con vanos intentos o en sujetos erróneos.

— ¡Pues confundisteis la torre! -los despachó Criminal, de mala gana- Id a la del hada Marrulla, ella repartió a la corte de los diez peores. Es la fuerte del reino y sabrá a quien adjudicaros. Os advierto que estará enterada de vuestra visita, mas tiene una grata reunión en el patio encantado. Aguardadla pacientes y sin estorbar.

— ¡Ahora sí, mi padre comprenderá que...! -susurró Máximo.

— ¡No, no hay tiempo para nuevos planes! Sólo lo apuraríamos a cometer una torpeza - y tomándolo del hombro, el abuelo lo invitó a la retirada.

— Bien, será nuestro secreto... -respondió dudando

Mientras tanto, en El Reino de las Sombras, Gehena descubría aquella fuga: — ¡Maldición, “el demoniaje raso” también se ha marchado! - gritaba colérica, con el cetro amenazante en alto y pateando las calaveras que decoraban las escalinatas de su trono- ¿Sobre quién reinaré, y cómo me excusaré con el jefe?

— ¡Derrotista! -llegó Soplón para contenerla- Esto, puede obrar en tu favor... ¡Tranquila! Los arruinarás con tu victoria; la falta de ayuda la sobrevalorará.

— ¿Victoria? ¿Pero, qué sandeces dices? -manifestó, sentándose abatida en un peldaño- En unos meses el heredero cumplirá dieciocho años y perdimos su rastro ¿Acaso sabes algo de él?

— ¡Pronto lo sabremos! -la consoló palmeándole la mano- Desde la bola de cristal estable, Guadaña investigó el paradero de tus súbditos, y Ambicioso está morando en el Rey Jurgens. Lo ha empujado a invadir otra

vez aquel reino del norte -e indicándole el pequeño globo que coronaba su báculo, sugirió- Compruébalo tú misma en la esfera móvil ¡Obsérvalo prepararse para la guerra!

— ¿Y eso en qué nos favorece? –con desánimo

— Alteza -intervino Guadaña- Como ocurrió en otros tiempos, el Rey Felipe querrá impedirselo. Dado que su hijo es invencible, y que en la guerra no habrá mujeres que lo hagan peligrar, sin duda lo acompañará ¡Y haremos contacto!

— ¡Sí! –Gehena se levantó de un salto- Espiaremos la frontera de El Gran Reino, y cuando sus tropas la traspasen, seduciré al heredero como una primorosa jovencita.

— ¡Pero, jamás cumplirás la maldición! -razonó Soplón

— ¡Busco su reino, no su amor! Con un ósculo le contagiare el vicio de besar y querrá una novia. Desoyendo toda prohibición pronto la hallará, y los impotentes padres vendrán a trocarme su vida por el trono. ¡Como que hay un diablo que lo lograré! –planeó, un tanto retrasada de noticias.

— ¡Seguro que sí! Fuera de sus tierras encantadas, todo lo podrás – sobreestimó Soplón, sin considerar que hay un Dios superior a cuanto existe, para el cual sí todo es posible.

* * *

El colosal ejército del Rey Felipe, a poco de cruzar los límites de su territorio llegó al lugar donde sería atacado. El campamento fue instalado en un vasto claro del predio, rodeado de abundantes árboles, altos pastizales y enmarañadas plantas silvestres.

— Majestad, el resplandor de las armas encantadas os delatarán - alertó uno de los jefes de su milicia- Años atrás eso fue útil, mas dudo que en esta oportunidad...

— Esta vez no brillarán. Son armas inteligentes que se adaptan a cada circunstancia -aseguró el monarca

Cuando cayó la noche sólo sapos y grillos se oían. La luna, las estrellas, fogatas dispersas entre las tiendas de campaña eran las únicas proveedoras de luz. Y los agresores involuntariamente se anunciaron con el crujir de hojas y ramas bajo sus pies.

Queriendo sorprender a las tropas dormidas se precipitaron sobre el vivaque, mas fueron recibidos con incontables flechas incendiarias lanzadas desde los alrededores. Sus destinatarios eran los pabellones donde había barriles con pólvora, pero los intrusos al verlas llover alzaron los escudos para protegerse, y en sus flancos descubiertos impactó la pirotecnia también disparada por las huestes de Felipe.

Al fulgor de los fuegos artificiales y explosiones, volaban por el aire cabezas enemigas, brazos, piernas, y hasta hombres enteros, y cuando la quietud constató que todos murieron, nadie salió de su escondite. Silenciosos permanecieron ocultos entre la tupida vegetación; ya en el suelo o subidos en los árboles, aguardando otro ataque.

En lo alto del terreno, con la oscuridad por cómplice, y lejos de la actividad bélica, el resto de los adversarios con sus reyes aliados al frente observaban lo poco que podían.

— ¿Qué ha sido ese estallido? -preguntó Jurgens, impresionado.

— Pólvora, fuegos de artificio; los huelo en la brisa -respondió su socio- Me negué a traerlos cuando un subordinado me lo propuso; aquí son desconocidos e innecesarios... ¡Pero, al parecer me desobedeció!

— ¿Y eso nos beneficia?1

— Júzgalo tú; ¡les volamos el campamento! -respondió creyendo que su gente estaba prevaleciendo en la contienda- Mas tanta ventaja nos desacredita. No es esa la conducta de un buen guerrero ¿Dónde quedaron la valentía y el honor?

— ¡¿Qué dices?! ¿Acaso, la usurpación pretendida es el producto de buenos principios? -ahogando una carcajada y palmeándole la espalda- ¡Déjate de tonteras y enviemos refuerzos para que la victoria pronto sea completa!

A la brevedad de haber sido despachada esta otra partida, nuevamente el resplandor y el estruendo captaron la atención de los invasores que quedaban.

— ¿Cómo no advertí tantos explosivos? ¿En qué los transportó? -se volvió a extrañar el monarca alineado.

— ¡Padre! ¿Por qué nuestros hombres tardan tanto en regresar? Es raro...-acercándose reflexionó Franz, luego de transcurrir un muy largo rato.

Ambos soberanos temieron lo peor, y antes de que pudieran responder tuvieron la confirmación. Un soldado volvió herido, y entre gemidos los sacudió con su informe.

— ¡La derrota fue terrible! -sollozaba con la cara quemada y un brazo sin mano borbotando sangre, mientras dos compañeros pronto le hacían un torniquete.

— ¿Hemos tenido muchas bajas? -desconcertado, el Rey Jurgens preguntó una obviedad.

— Creo ser el único sobreviviente... ¡Yesos bastardos continúan intactos! —lamentó cayendo tembloroso a tierra, y previo a su muerte susurró- Ni hemos podido verlos.

— ¡Calmaos, que todo está bien! -mintió Jurgens, ante el negativo rumor de las tropas.

— Bajaremos al rayar el alba -determinó el otro rey, centellando de odio sus ojos- veinticinco de mis treinta hijos varones yacen allá y debo vengarlos.

Con las primeras luces, la gente de Felipe seguía velada por la verde naturaleza.

— ¡Alteza, era oriental! -susurró Pedro, mostrándole la cabeza de un enemigo decapitado, la cual traía sujeta por el pelo- Voló cerca de mí y la descubrí al amanecer.

— Corred la voz: Los aliados enemigos son asiáticos —determinó el rey dirigiéndose al escudero y a los soldados inmediatos- Los entrenados por Shén Mí procurad pelear contra estos, y los demás contra los hombres de Jurgens.

Cumpliendo esas órdenes, un murmullo se esparció rápido por el soto. Y pasados algunos minutos, vieron descender a los invasores desde la prominencia distante.

— ¿Sólo blancos, y tan pocos? ¡Con seguridad que no son todos! -susurró Máximo a su padre, ignorando el descomunal cementerio en que transformaron el campamento.

— Tal como lo imaginé los de raza amarilla vendrán luego —acotó con igual desconocimiento que su hijo- No creo que todos hayan muerto

Al llegar, los rivales quedaron pasmados viendo el cuantioso alcance de la matanza nocturna, y el silencio los atormentaba. No hallaron resistencia, mas, sintiéndose observados, impacientes penetraron la floresta buscando acción. Y también encontraron exterminio; como fagocitados por plantas carnívoras, jamás salieron de allí con vida.

— Mi señor, se aproximan más fuerzas hostiles –anunció a Felipe desde un árbol uno de sus hombres, viéndolos descender confiados porque no hubo más detonaciones.

— ¿Son todos o quedan más desgraciados como tú? – interrogaba Olaff al único oponente que sobrevivió, obligándolo a asomarse para que calculara.

— Son todos, hasta ambos reyes cabalgan al frente –confirmó con la cara ensangrentada por su sien herida.

— ¡Mientes! Son pocos –refutó Eric- Sabemos que casi nos igualaban en número.

— ¡Pero, fueron aniquilados! -replicó olvidando por un momento su desventajosa situación- ¿No sois conciente de la carnicería que habéis hecho?

Padre e hijo sólo con mirarse acordaron soltarlo, y al correr el rehén hacia terreno despejado para unirse a los refuerzos que llegaban, una flecha disparada desde la copa de un árbol lo dejó tendido en el suelo, fuera de combate.

Los enemigos restantes eran menos de lo imaginado, casi un tercio del ejército de Felipe y sus amigos, que seguía completo. Pero en su mayoría orientales muy peligrosos, aptos para enfrentarse con diez contrincantes simultáneamente, entrenados desde su tierna edad, no durante un invierno. Y nadie les dio ventaja.

Fue así que, a una distancia prudencial, los redujeron notablemente sorprendiéndolos con la descarga de todos los explosivos que les quedaban, y un sin número de flechas dieron cuenta de muchos más. Entonces sí, luego de tantas horas abandonaron los escondites, y el encuentro fue encarnizado, extenso y desgastante.

Intoxicados con la amargura de una aplastante derrota, los invasores aún no se resignaban, y en insignificante minoría no hacían más que cansar al adversario. Mientras Máximo malhería a un oponente, advirtió que su padre, abocado a pelear contra el suyo sería lanceado a traición por Jurgens. El monumental codicioso corría torpemente con su larga cabellera enredada saliéndole por debajo del casco, en tanto una pesada armadura descubría parte de su voluminoso cuerpo. Y cuando estaba por impactar en el blanco, los inadvertidos pies voladores del príncipe lo derribaron.

— ¡Imbécil! Tus ruines pretensiones han atraído hacia ti a un ser diabólico, y te destruirá sin darte lo que quieres –le advirtió el muchacho.

— ¿Me regañarás cual niña timorata, o guerrearás como un bravo varón?

— ¿Desprecias con burla mi perdón, y me provocas cual tortuga patas para arriba?

— Rechazo tu perdón -alzándose lentamente debido a los hierros que lo guardaban.

— ¡Ah, no! No abusaras de mi consideración –dijo el heredero pisándole la lanza cuando intentó levantarla- Sólo tomarás el bacinete que perdiste en la caída.

— ¡Y tampoco lo preciso, gusano! –refunfuñó, en estéril alarde, peleando largamente con espada y escudo hasta que también fue despojado de estos.

— ¡Toma padre! —gritó Franz, lanzándole un hacha para que se defendiera, sin abandonar su propia lucha.

Los hachazos de Jurgens comenzaban a hundir el pavés de Máximo, quien a tiempo logró tajarle el vientre que la armadura no cubría y hacerle perder el arma. La tremenda mole sostenida por su fortaleza y el espíritu inmundo que la animaba, sujetó con una mano la herida para que sus vísceras no cayeran, levantó la lanza del suelo, y cuando estuvo próximo a ensartarlo, el heredero la esquivó, y tironeándose la lo tumbó boca abajo. Pero ya no le dio tregua, e incrustándole la espada en la nuca, se aseguró de que ni el demonio lo pudiera sublevar.

— ¡Noo! —Se hizo oír Franz con desgarrador y prolongado grito, que hasta detuvo a su oponente. Mas lejos de salir a vengarlo, corrió a interrumpir a cinco orientales que luchaban contra Igor- ¡Ayudadme, mató a mi padre! ¿Entendéis? ¡Asesinó al rey Jurgens!

Apartándose de Igor, los cinco mozos enfrentaron a Máximo, quien ordenó a los suyos antes de que lo asistieran: — Dejádme solo, yo me encargo.

Tal como sucedió en la caza del jabalí, los allegados al heredero se prepararon para defenderlo pero sin intervenir, pues la contundencia de sus eléctricos movimientos le auguraba la victoria. Viendo el rey oriental la desventaja de sus hijos pese a la superioridad numérica, quiso ayudarlos abandonando a sus contrincantes, mas éstos se lo impidieron. Y Franz, horrorizado aprovechó para escapar.

No tardando en abrir el pecho de uno, Máximo le quitó el sable antes de que cayera, pues era liviano y de filo apropiado para descuartizar, entonces usando dos armas lidió contra los demás. Con su espada les quebró los sables, con el suyo en veloz giro decapitó a otros tres, y al último le partió

el rostro por la mitad, debiendo menear hacia ambos lados la filosa hoja para recuperarla.

En tanto, a relativa distancia estaba por iniciarse una guerra espiritual. Gehena y Guadaña se habían presentado para concretar su ruindad: — ¿Estoy bien? —consultó ella, agitando el cetro para vestir como aldeana.

— Perfecta —opinó él, mientras el búho espantado se posaba en su segadora.

— Ciertamente Gema posee considerable belleza, ¡mas la pobre es tan bruta! —admitió espejándose en un charco- ¡Qué pena tener que volver al aspecto adusto y sombrío de siempre...!

— ¡Pero muy conveniente para una bruja como tú! ¿Verdad? —denunció la benefactora de El Gran Reino, irrumpiendo en la espesura dónde ellos se ocultaban.

— ¡Marrulla! —exclamó la hechicera.

— ¡Maléfica! —el hada le espetó abiertamente, desechando su pseudónimo- ¿Es que nunca mejorarás? ¿Creíste que dejaría salir a mis protegidos de su resguardo sin una estricta supervisión? ¡Día y noche los custodio desde mi bola de cristal!

— Ese cuerpo te estorbará, ponlo a dormir por un rato y combate sin él —aconsejó a Maléfica su secuaz, siendo acatado de inmediato y mostrándose ella con su verdadera apariencia, la de los tiempos de “la Bella Durmiente”.

— ¡Por supuesto, hazle caso! Como siempre el esqueleto parlante tiene razón —manifestó Marrulla con ademanes ampulosos que juzgaron burlones, sin prever una artimaña para desarticularlos. Y dirigiéndose a él,

urgente conjuró- **“Traigo mi instrumento cargado para dejaros paralizados”**

— ¡Desgraciada, te desfiguraré! –amenazó colérica Maléfica, luego de que una veloz emanación de humo salida de la varita mágica inmovilizara a Guadaña y al búho.

— Si me alcanzas... ¡Pero eres tan torpe! –evadiendo Marrulla a la que el cetro le enviaba.

Y mientras aquí las fumaradas iban y venían entre las potestades del aire, más allá los humanos concluían su guerra.

— Alteza, este es Míng Wáng, soberano aliado del Rey Jurgens – dijo a Felipe uno de los soldados que empujaban al oriental, sometido por una resistente red y desarmado.

— ¡Mis hijos! –gemía con extraños sonidos de furia y dolor, retobándose como bestia salvaje- ¡Los matasteis a todos, arruinasteis mi descendencia!

— ¡Cálmate! –dijo Felipe, magnánimo- No te dañaremos, y regresarás con los tuyos.

— ¿Los míos? Ellos quedarán aquí ¿Cómo he de volver sin hijos, sin milicia y sin honor? Ni mi nombre podré ostentar. Míng Wàng significa fama, reputación, prestigio, ¡y hasta eso he perdido! –lamentaba en aparente calma.

— ¡Soltadlo! –ordenó Felipe a sus hombres, y a él cuestionó- Me conmueves, ¡mas no te obligamos a intervenir en una guerra ajena! ¿Por qué lo has hecho?

— El plan del Rey Jurgens entusiasmó a mi hijo menor. Este tenía pocos privilegios reales, pero era al que más amaba y consentía.

Decepcionado por mi negativa, me abandonó hallando la muerte, y para honrarlo cumplí su deseo.

— Y también quedaste sin sucesores...

— ¡Tú los acabaste, y quiero un desagravio! —endureciéndose nuevamente- Sólo regresaré a mi reino llevando tu cabeza colgando de mi cabalgadura.

— Devolvedle el sable —ordenó a sus hombres, y mientras lo hacían, a él aclaró- Te daré una satisfacción, mas ten por seguro que mi cabeza seguirá en su lugar.

— ¡No, padre, yo pelearé contra él! —se interpuso el príncipe entre ambos monarcas- Quiere vengar a los herederos que le maté, y yo soy el tuyo.

— ¡Pero soy el rey, la autoridad en esta guerra! —molesto por su peligroso arrebato.

— ¡Siempre dices que soy invencible, y tú ni has entrenado con Shén Mí!

— ¿Mi hijo Shén Mí? ¿Acaso lo conocisteis antes de que el naufragio me lo quitara? —los interrumpió Míng Wàng.

— ¡Él nos preparó para la batalla! —dijo Máximo.

— No, un mercader lo vio morir, y me trajo su anillo. —mostrándolo en su dedo

— Con esa sortija financió todos los explosivos conque te derrotamos, y actualmente se hospeda en mi castillo —confirmo Felipe dejándolo perplejo.

— Entonces, decidle que el trono es suyo. Que tener a mi amado hijo con vida debiera alegrarme, pero me avergüenza saberlo más indigno

que yo —expresó entre suspiros, apretando con angustia los ojos. Y luego, desmoronándose hasta caer de rodillas, se abrió el vientre con el sable, suicidándose a la usanza de los de su raza.

— Lo amontonaremos y quemaremos con los demás para evitar probables pestes —comunicó un soldado, y el rey asintió con la cabeza acompañándolo con el príncipe y el escudero.

Cual hormigas laboriosas, todos colaboraban cargando restos humanos y acumulándolos en lo que pronto sería una gigantesca pira.

— Procuramos apartarlos para no incendiar el soto, ¡pero son tantos! —comentó Olaff al verlos aproximarse.

— ¿Qué te sucede? —preguntó Pedro, cuando su joven amo bañado en sudor se cubría la boca.

— Vomitaré —dijo corriendo tras los pastizales.

— ¿Estás mejor? —se preocupó su padre viéndolo regresar.

— ¿Cómo he de estarlo? ¡Mira la masacre que hicimos por la noche! ¡Me revuelve! —impresionado por el descomunal desparramo de cadáveres desmembrados que yacían en el campamento. Hasta de los árboles pendían piernas o brazos debido a las explosiones. Y las aves carroñeras ya banquetearan picoteando ojos y vísceras.

— ¡Te acostumbrarás a esto! — lo animó Olaff.

— ¡No quiero, es horrendo! ¡Fíjate de lo que fuimos capaces! ¡Somos una máquina asesina! —con lágrimas irascibles que se resistían a caer.

— Hijo, en toda guerra alguien prevalece; es tu vida o la de ellos. Conténtate con nuestro triunfo sin bajas y pocos heridos ¡Además, impedimos la usurpación de un reino!

— ¡No te equivoques! Mientras tú te precias de libertador, nuestra hada reparte demonios por el mundo, y uno de ellos llevó a Jurgens a provocar esta guerra. Solo no se habría animado a reincidir ¡Reconócelo! Hemos sido idiotas útiles para que Shén Mí trepase a un trono que tampoco le pertenece. Ése era el misterio que nuestra protectora le encubría, pues cree que esta victoria la enaltecerá al ser la consorte de un héroe, si es que lograra atraparme.

— ¡Hijo! –reprochó el monarca, incómodo por cuanto acababa de dar a conocer.

— ¿No entiendes que masacramos para servir a sus vilezas? ¡Y todos fuimos partícipes! –insistió- ¡Padre, me marchó! Buscaré al Dios de los vecinos....

— Odin, mi dios de la guerra, estará más que complacido con el buen trabajo que hicimos, y especialmente con tu iniciación en la lid -quiso reconfortarlo Eric.

— ¡También el mío! –aprobó Ralph.

— ¡Por supuesto! El valor es nuestra fe y la guerra su liturgia –acotó Igor.

— ¡Pues yo desfallezco de tanta culpa! El-Elyón es el Dios Verdadero y no aniquilaría a su creación; Él la restauraría porque la ama. - Sin más, corrió en busca de Huracán, lo montó y a todo galope desapareció.

— ¡Descuida, majestad! Iré tras él - Pedro consoló al rey- Aunque sería apropiada tu compañía. De lo contrario, seguirás con tus tradiciones, sin comprender el cambio que desde hoy habrá en su vida. Y se distanciarán cada vez más.

A poco de cabalgar, el escudero fue interceptado audazmente por una aldeana. Era la bonita Gema, que bien despierta y muy desesperada salió de los yuyales pidiendo auxilio: — ¡Llévame contigo, te lo suplico! ¡Estoy huyendo de fuerzas malignas!

— Voy a El Reino de la Esperanza, y creo que no habrá mejor lugar para ti —informó luego de detener bruscamente a su bruto, que entre relinchos alzaba las patas delanteras.

— Iré dónde vayas, pero ¡pronto, sácame de aquí! — montando rápidamente

A pesar de su inmediatez, Marrulla ignoró estos últimos acontecimientos, pues seguía batallando contra Maléfica, hasta que al fin con una fumarada la derrotó: — **“Por culpa de tu atrevimiento, / detente en este momento”** —y paralizándola, con otro conjuro la hizo desaparecer junto a Guadaña y a su Búho- **“Volveréis a tierras sombrías, / inmóviles por trece días”**

Escondida tras los matorrales, el hada observó a los vencedores ocuparse de los muertos, y murmuró: — A estas alturas ya habrán descubierto el misterio de Shén Mí, y tal vez mi complicidad. No podré negar que lo sabía; nadie me creerá porque nada se me escapa. Todos cuentan con mi eficiencia. Mejor retorno al castillo, y al volvernos a encontrar el mal humor habrá pasado.

XVII. El beso maldito

El Príncipe Máximo cabalgaba a raja cincha hacia El Reino de la Esperanza, deteniéndose apenas para abandonar la armadura y refrescar a Huracán. En tanto, Aurora despertaba en su fortaleza.

— ¡Mamá, despabilate! —la princesa, sentada en un lado de su lecho, la zamarreó al notarla parpadear.

— ¡Estoy abombada! ¿A qué se debe este sopor?

— A las tisanas que te hicieron beber. Velo por ti desde que Marrulla voló del castillo, y desde entonces se las eché a las plantas del balcón. Ahora las pobrecitas están algo mustias...

— ¿Me prefieren dormida? -incorporándose indignada y torpemente- ¡Dentro de poco me querrán muerta!

— ¡Calma, me comprometerás en ausencia de papá!

— ¿Dices que no está?

— Fue a la guerra con Maxy, llevando las banderas que bordamos. Te desperté para que pudieras defenderte de algún peligro...

— ¿Y quién quedó al mando?

— Aparentemente los abuelos, ¡pero, sabemos que es Marrulla! Humberto la pasa en el calabozo penando por Premura, y el formal Estéfano viviendo en la luna...

— ¿Y crees que puedo calmarme?

— ¡Debes hacerlo! Tranquilízate y no salgas de aquí, para que a su regreso no la alerten las alarmas. Finge dormir e investigaré. Prometo traer noticias.

El hada llegó a su torre aterrizando complacida sobre un sillón, y celebraba su hazaña tan ensimismada, que ni sospechó el despertar de Aurora: — ¡Bien, todo salió de maravilla! Aunque, será innegable mi complicidad con Shén Mí, y el monarca rezongará ¡Pero tuve tantos logros! — y paseando su regocijo por el recinto, prosiguió- Con mi estrategia venció en cuenta lid sin dañar su milicia, salvó a un reino del norte, irguió a su hijo como héroe, ¡y el mundo los verá grandiosos! Además, sin proponérmelo desvinculé a Maléfica de la heredera que legitimaba su reinado... ¡Ya, Felipe sólo hará un breve reproche! ¿Quién se me opondría? Ámbar muere de amor por el asiático, Maxy también por mí, ¡y la reina duerme!

* * *

Esta vez los cuernos sonaron en **El Reino de La Esperanza**, anunciando el arribo del Príncipe Máximo al castillo, quien después de entregar su rocín a un palafrenero para que lo atendiera, corrió en busca de la soberana: — ¡Majestad! Tal como te informaron, soy... - hallándola en una sala, intentó presentarse previa reverencia.

— ¡El Príncipe Máximo! ¡Bienvenido! -lo interrumpió con gran admiración, abandonando su silla para acercársele- ¡Mi hija no exageró al hablarme de ti! Mas, cuanto tienes de apuesto se lo debes a tu Creador, no a la magia. Él te dio la vida.

— Si así te parece... -balbuceó avergonzado.

— ¡Por supuesto; así es! ¿Pero, por qué nos honras con tu visita? Aguardábamos a tu padre...

— ¡Vendrá, señora! Pronto lo hará. Y aunque me agradecería ver a la princesa, es tu Dios quien me ha traído y necesito con urgencia saber de Él. Vengo de la guerra, y...

— ¿Han herido al Rey Felipe? -interrogó alarmada.

— No, alteza; todos estamos bien -abriendo los ojos con mucha preocupación, temiendo que su franqueza la espantara- Pero, aniquilamos a los enemigos, que eran numerosos. Sólo sobrevivió el Príncipe Franz, ¡y me siento una porquería! Batallé disfrutando del éxito de mi entrenamiento, ¡y maté! Lo hice con la misma fruición que al jabalí, mas éste era un animal gigante que alimentó a muchos durante toda una jornada, y aquellos eran seres humanos como tu y como yo...

— ¡Ven muchacho! -conmovida por su incontenible llanto, hizo a un lado el protocolo y lo estrechó en sus brazos- Tengo buenas noticias; tu pesar agrada a Dios, a quien buscas.

— Ni mis buenas intenciones me justificarán. Fui como libertador pero masacré como usurpador ¡Caí en la trampa que urdieron mi hada y su cómplice! Aún así se que soy culpable.

— Nuestros ancestros pasaron por esto ¿Por qué crees que ya casi no nos aliamos para la guerra? Antes estudiamos muy bien cada caso. Con tal desparramo de magia, preferimos curar heridos y ayudar a reconstruir — explicó, apartándose un poco y animándolo con un apretón de manos- Siéntate a mi lado y hablemos de...

— ¿El-Elyón? -se apuró a preguntar su cuñado, entrando de repente y acomodándose con ellos junto a una mesa.

— ¡El-Elyón, como le decía mi madre! —enternecida, evocó la reina- Significa Dios Altísimo en un idioma muy antiguo. Él tiene otros nombres, mas ella eligió éste para que lo entendiéramos mejor. Además, te hablaré de Su Ungido...

— ¿Su Ungido? ¿Es alguien así como un héroe legendario?

— ¡No y no! -exclamó Just, amable pero irrefutable- Aquí no hay leyenda, todo es real, veraz y de perpetua vigencia.

En El Gran Reino, a Marrulla se le iluminaba la bola de cristal, y luego de descubrirla y soplarla, observó en ella el rostro enjuto de un anciano narigón, barbado y de cejas tupidas que caían sobre sus grises ojos hipnóticos.

— ¡Oh! ¿El druida Otto quiere que reviva a su rey? –se burló victoriosa- ¡Viejo tonto! Nada haré en tu favor.

— Te equivocas, hada Marrulla. Se que tú planeaste esa tramposa guerra, y enviaste dos demonios a mi fortaleza; ¡jamás te pediría un favor! Me inquietaba la obsesión del Príncipe Franz por una niña que aborrece a los magos. Quiero que a mi muerte me suplante otro druida. ¡Sería bochornoso que mi negligencia lo impidiera!

— ¡Deja de fastidiar! ¡No me importan tus cuitas!

— ¡Pues, debieran! Ahora el problema es todo tuyo... El heredero que defiendes, se ha enamorado de aquella peligrosa muchacha.

— ¡Mientes! Él está perdido por mi; este abalorio...

— ¡Tú estas perdida! Las esferas mágicas, jamás tendrán acceso a su mundo ¡Anda, rastrea a tu príncipe, y no lo hallarás! ¡Ni imaginas dónde está! –y despidiéndose con una odiosa carcajada chillona, exclamó- ¡Ridícula, cómo me diviertes!

Finalizada la comunicación mágica, el muy decrepito volteó la mirada hacia la puerta, y se le ensombreció el rostro viendo al preocupado sirviente que lo aguardaba.

— Druida Otto, el Príncipe Franz os ha enviado un mensaje con el halcón –entregándole la pequeña cápsula que lo guardaba, retirándose rápido, temeroso y sin esperar instrucciones.

—“Tardaré en volver; fui por ayuda a El Reino de las Sombras” - leyó pausadamente, y de pronto el eco de su metálica voz resonó como un aullido, cuando gritó- ¡Nooooo!

* * *

Durante el largo rato que estuvo en el castillo embrujado, Franz no hizo más que discutir con Soplón: — ¡Soy un príncipe y exijo ser anunciado! -replicó casi fuera de sí.

— ¡Y dale con la mismo! ¡He dicho que hoy no está disponible! - insistió el demonio con una boca, y explicó con la otra- Se halla en una reunión muy importante, y por varios días no te atenderá. Regresa con los tuyos y aguarda su invitación.

Soplón ponía todo su empeño en ocultar a Maléfica, que estaba paralizada en un cuarto contiguo junto a Guadaña con el búho, y la fumarada mágica los había captado en ridícula postura. Pero el ofendido visitante no le daba tregua: — ¡Escucha adefesio! ¿Quién te has creído que eres para decirme qué hacer? Me obedeces ahora, o el Innombrable se encargará de ti.

— ¡Ja, ja, ja! -con duplicada risotada que la acústica multiplicaba aún más- ¡Escucha tú, príncipe bufón! ¿Quién te ha instruido tan mal, y en mi contra...? A Él lo conozco y en verdad su nombre me hace temblar, pero nada más que eso podrá sucederme si eres tu quien lo pronuncia, ¡y espera de mí lo peor! Como no lo honras, su poder no opera en ti. ¿No adviertes que tu maldad nos iguala y debiéramos estar del mismo lado? ¡Es tan evidente! ¿Acaso no escogiste este ruin lugar para solucionar tus problemas?

— Cierto, lo lamento ¿Quizá quieras ayudarme...?

— ¡Así está mejor! Dime, ¿qué deseas?

— Matar al Príncipe Máximo. ¡Mas, es invencible! -exclamó con un suspiro de desánimo- Ha conquistado a mi pretendida...

— ¡¿El heredero dormido se ha enamorado, y fue correspondido?! –interrogó alegremente sorprendido.

— ¿Y eso te divierte?

— ¡Es que también busco su fin! ¿Has notado nuestra similitud de intereses? Deja avanzar ese romance, y un beso lo matará.

— ¡Entonces... mi padre tenía razón, y el hechizo sí existía! Creí que era un ardid para que la perdiera...

— Y no te ha mentado; mi reina es quien lo maldijo ¡Alégrate! Tu amada no te odiará por su deceso.

— Si, ¡pero quisiera mostrarle que puedo con él!

— ¡Y así la perderás...! Ahora vete y aguarda tranquilo.

Quien no podía estar tranquila era Marrulla. Desencajada como nunca antes lo estuvo, desplegaba por la torre su desespero, hasta que decidió volar hacia el calabozo.

— Criminal, hay una grata tarea para ti. Recibirás un premio por tus buenos servicios –con una falsa calma.

— ¿Debo matar a alguien?-presintió ansioso, brincando fuera del cuerpo de Premura.

— Si, a la enamorada de Maxy ¡Y que sufra mucho! ¡Pero mucho!

* * *

En El Reino de la Esperanza, Máximo fue asesorado sobre su Dios, y teniendo toda la vida para seguir conociéndolo, ya sabía lo necesario para iniciar un cambio de rumbo.

— ¡Es maravilloso! ¿Y por qué El-Elyón no se reveló también a mis antepasados? —cuestionó el príncipe.

— ¡Si, lo ha hecho! Mas, lo rechazaron —dijo Just.

— Pero, mi abuela cree en la Patrona del Arco Iris, y conserva su estatua ¿Por qué no comprendió la verdad?

— ¡Ese es el error; endiosa a quien no debe! Mi madre honraba a Dios, mas, era una mujer común y corriente, y la idolatrarón -enfaticó Grace.

— El hermano de Prudencia la apodó Patrona del Arco Iris, pues este símbolo de la esperanza, identifica nuestra heráldica -añadió su cuñado

Sin embargo Máximo no respondió. Acaparó su atención la princesa, que silenciosa lo contemplaba desde la escalera.

— ¡Harmony!-susurró el heredero, bien despierto, poniéndose de pie lentamente, y viéndola sonreír emocionada.

Ambos corrieron a abrazarse. Ella se le colgó del cuello, y él aprisionándole la cintura la alzó dándole varias vueltas. Excluyendo las formalidades sentían que el mundo les pertenecía y que nadie los observaba. Pero Grace y Just sí estaban allí, y lejos de escandalizarse, se recreaban con aquel espectáculo digno de ser cantado por un juglar.

Tan atrapante fue la situación, que no escucharon el profundo sonido de los cuernos, ni al mayordomo anunciando a nuevos visitantes. Y cuando estaban por besarse, un grito desgarrador vanamente procuró impedirlo: — ¡Nooo, deteneos! —suplicó Gema, ingresando con Pedro al recinto. Fracasado su intento, lloró amargamente cubriéndose el rostro con las manos y cayendo de rodillas hecha un ovillo- ¿Por qué justo ahora?

— ¡Calma! Nada malo sucederá —la reina la confortó oprimiéndole levemente los hombros por detrás.

— ¡Pero él va a morir! —desesperada volvió a gritar.

— ¿Quién es ella? —confusa y celosa preguntó la princesa.

— Soy la heredera de El Reino de las Sombras -respondió antes de que él pudiera hablar, y apesadumbrada explicó con su tono simple que inspiraba burla- Siendo poseída y transformada en bruja por un hada mala, lo maldije ¡Mas, no comprendo! Luego del primer beso de amor debería... morir.

— ¿Qué? —preguntó el príncipe, extrañado

— ¡Por eso tu madre temía que Marrulla lo hiciera! —recordó Pedro.

— Y por eso también lloraba tanto —dedujo su amo.

— Mas la desgracia del beso no sucederá —sonriendo aseguró Just-El-Elyón lo ha liberado de toda maldición.

— ¿De veras? Las fuerzas del mal querrán atraparme de nuevo, Él podría impedirlo... -reflexionó Gema, y determinó al final- ¡Sí, definitivamente quiero ser de El-Elyón!

— ¡Y también yo! —se sumó Pedro.

— ¡Magnífica elección! -contenta exclamó Grace, y alertada otra vez por los cuernos, se asomó a la ventana - ¿Ahora quién viene? ¡Es el Rey Felipe!

Cuando todos salieron a recibirlo con alegres expresiones, el rey entregaba su bruto a un palafrenero, dándole varias instrucciones: — Atiéndelo con esmero. Refréscalo y hazle beber mucha agua, pero despacio - y aclaró a la reina- ¡Le exigí demasiado! Si Sansón no reventó en el trayecto, ha de ser porque tu Dios sabía que venía a su encuentro.

— ¿Sansón? —cuestionó la monarca a su cuñado- En tu recorrida por el reino, ¿notaste alguna anomalía?

— No. Todo estaba en orden. Nadie parecía haber abandonado su fe, si a eso te refieres...

— ¡Qué extraño! ¿Cómo pudo ingresar Sansón a mis tierras y con vida? Aquí la magia no entra, salvo que algún morador le abriera la puerta de su corazón...

— ¡Pero, no es el Sansón de mi mocedad! El que has conocido ya no existe –le informó Felipe riendo cordialmente- Éste es uno de sus descendientes, y por tan notable parecido le puse el mismo nombre.

— ¡Eso me tranquiliza! –manifestó la soberana.

Luego, quien repentinamente se puso serio fue el rey, pues aún como primorosa aldeana de cómica habla, Gema fue reconocida, y sin rodeos aquel cuestionó: — Estimada Reina Grace, ahora quien se extraña soy yo... ¿Cómo puedes con tan bonito decir, albergar a una bruja?

— ¡Ya no lo es! -pronto lo apaciguó Just- Comprendemos bien tu indignación, sin embargo, ella es tan víctima del mal como tú y los tuyos, y de igual modo necesita de El-Elyón.

Mientras los otros entraban a la fortaleza, los enamorados huían al jardín, donde algunos trovadores ensayaban una canción, y sin proponérselo añadían belleza al romance.

— ¡Harmony! –suspiró Máximo, casi triturándole las manos por la emoción- Te recordaba bonita, pero había olvidado cuánto lo eras. ¡Y necesité tanto tu ternura...!

La tarde era toda de ellos, y de continuo querían devorarse los labios. Vagaron tomados de las manos, envueltos en la fresca brisa que olía a pasto regado y flores, mas, no sólo habría rosas en su senda; las espinas comenzaban a aparecer.

— Pronto daremos un torneo juvenil. Lo hemos programado hace mucho tiempo, ¿vendrás? —él dijo esperanzado.

— ¿Un torneo? - cuestionó ella, confusa.

— Si no lo sabías, es porque antes me apartaban de las muchachas bonitas ¡Pero ahora estás invitada!

— ¿Qué? Apenas hace un rato llegaste cargando el remordimiento de mucha muerte y violencia. El-Elyón te consoló, te dio más de lo esperado, ¿y vuelves a enlodarte en el pasado? La magia te aventó a una guerra, ¿y le concederás que te entrampe en un torneo?

— ¡No habrá peligro! Será un inofensivo evento -y viendo que no la convencía, rogó- ¡Entiende! Muchos enaltecen a Odín, a Vulder, a Suatovit, o a otros falsos dioses que son demonios reputados de potentes, destructores, sanguinarios... ¿Y yo, a quien mostraré? Dirán: “Cambió la magia que lo hacía invencible por un Dios que le impide un simple torneo”.

— ¿Quieres el torneo para que no te crean cobarde?

— ¡No lo soy! He dado pruebas de sobra. Siempre triunfé por mi exhaustivo entrenamiento, y lo volveré a hacer. Dudo que a otro le hayan exigido tanto. Mi padre decía que me preparaba para gobernar el más vasto reino, y yo, ignorando que así me protegía de un romance fatal, pensaba: “Si siempre he de prevalecer, ¿por qué me agobian, perdiendo tiempo en esto?”. Jamás creí ser invencible por un hechizo, sólo que mentían para darme coraje.

— Pero, El-Elyón no precisa tu defensa.

— ¡El debe ser exhibido como lo que es: El Dios Altísimo! ¿Y qué mejor que hacerlo ante todos los reyes en un torneo? ¡Les estaría hablando en

El Heredero Dormido

su misma lengua! Y sabrán que, aunque ya no sea invencible, Él me dará la victoria

— Entonces, en mi idioma, te digo que allí no estaré.

XVIII. Torneo feroz

En la penumbra de su cuarto transformado por él en covacha, Soplón se despanzurraba de la risa, y a dúo era doblemente contagiosa: — ¡Ja, ja, ja! El Heredero Dormido está enamorado ¡Tanto esperó Maléfica por esto, y sucede precisamente ahora, que no lo puede disfrutar! ¡Ji, ji!

— ¿Deliras en soledad? ¿Te ha chiflado tu reina? -ironizó el antiguo huésped de Premura, entrando por la ventana.

— ¡Criminal, qué sorpresa, llegas justo a tiempo! Quédate; pronto podrás compartir nuestro triunfo.

— ¡Déjate de tonteras y llama a Maléfica! Con la información que traigo, vengo a mofarme de ella.

— ¡Imposible! Marrulla la paralizó con Guadaña y el búho. Ven —y en el cuarto contiguo, le indicó- ¡Mira cómo quedaron! Un día entraron por el balcón, y cayeron aquí como carozos recién escupidos ¡Ja, ja! Creo que esto les durará una temporada, pues no hay síntomas de mejoría ¡Ji,ji!

— ¿Puedo saber qué te alegra tanto?

— El Heredero Dormido se ha enamorado ¡Ja, ja, ja, ja! -aplaudía inquieto- ¡Pronto vendrán sus padres a pactar! ¡Ji, ji!

— ¡Hermano! Lamento arruinar tu diversión, mas, nunca habrá tal pacto. La princesa en cuestión es de El Reino de la Esperanza, ¡honra al Innombrable! Ignorando tales detalles, Marrulla me envió a matarla, y no he podido. Ángeles enormes y poderosos custodian su territorio, y también a ella cuando sale de éste. ¡Jamás podría acercarme allí, ni a los suyos! He venido a burlarme, y luego buscaré nuevos horizontes. No me quedaré con estos perdedores, y tampoco iré a El Gran Reino ¿Con qué cara he de darle la

mala noticia a la guardiana? ¡Disfruté tanto en sus dominios! ¿De qué servirá prevenirla, si nada podrá hacer contra Aquél? ¡Igual deberá marcharse!

— ¡Mmm... entonces, es mejor que Maléfica continúe como está! Creo que le dejaré una nota y me sumaré a tu aventura ¡Será terrible tener que soportarla, cuando conozca esta tragedia!

Pero Marrulla estaba peor; ni ella misma se aguantaba. Y hablando sola deambulaba por la fortaleza, desdeñando la opinión de los centinelas, que perplejos se miraban entre sí. Ya no volvería a ser el hada calma y segura de antes.

— ¿Quién será la muy desgraciada, que me arrebató a Máximo y entretiene a Criminal? ¡Y hasta tiene la osadía de desechar a los magos! Bueno, también yo lo haría ¡Después de todo no son más que humanos! —se quejaba en el maticán, con los puños crispados en violentos movimientos- ¿Qué pasa con este demonio que tarda tanto? ¡Le pedí algo simple y aún no regresa! —ahora en un atalaya, agitaba en vano su varita iluminando con chispas la penumbra del ocaso- Buscaré a Prudencia. Algún secreto guardará, si tal como dijo: “Maxy le abrió su corazón” -abandonando la barbacana, y volando cual rayo hacia el cuarto de la anciana.

— ¡Abuelita! ¿Por qué pierdes tiempo en vano con tu ritual? ¿Te defenderías de un león empuñando una coliflor? ¡Pues algo similar haces contra la magia! —reflexionó Ámbar, viéndola acomodar flores y encender velas- Tu hermano cortejó sin éxito a la Reina Glory en su viudez. Para no extrañarla, a su muerte mandó hacer esta estatua ¡Y así desperdició la vida y murió solterón!

— ¿Eso te lo ha contado el abuelo Humberto? Pues, él y Premura siempre me criticaron ¡Pero aún eres pequeña para comprender! La anterior

soberana de El Reino de la Esperanza era una mujer extraordinaria Nadie la superaba en sabiduría y bondad, ¡y el cielo favorecía sus peticiones!

— ¡Y tú responderás a las mías! -enojadísima, demandó Marrulla al hacerse visible- ¿Quién ha enamorado al príncipe? ¿Dónde vive? ¡Sé que él te lo ha confiado!

— ¿De qué hablas? -haciéndose la desentendida.

— Te escuché cuando se lo decías al Rey Felipe ¡Cuenta y deja de esconderte! -persiguiéndola alrededor del ídolo.

— Oíste mal; nada se... -negó con voz lastimera.

— ¡¿Y te atreves a mentirme?! ¿Crees que un pedazo de material acudirá en tu ayuda? ¡La Reina Glory está muerta, y esto, ni se defiende a sí mismo! -vociferó, derribando y moliendo a golpes la escultura con un candelabro. Hasta las ofrendas arrojó por doquier, y mientras Prudencia recogía llorando los cascotes dispersos, la princesa la abrazaba.

— “Reina Glory, Patrona del Arco Iris y Pregonera de El-Elyón” -leyó Ámbar en una placa de bronce que lucía el pedestal, y que antes ocultaban las flores. Entonces dedujo- ¡Era El-Elyón quien hacía milagros!

— ¿Has visto? -insistió el hada- La destruí con cualquier objeto, sin usar mi magia ¿Aún esperas que “esa cosa” te auxilie?

— ¡El-Elyón lo hará! -dijo desafiante la niña.

— ¡Calla, no lo nombres! -aullando temblorosa se desmoronó.

— Ve a tu cuarto hasta que regrese mi padre.

— No tengo fuerzas para desaparecer -dijo agitada.

— Pues levántate y empieza a caminar -ordenó con mal talante- Te seguiré, y recuerda que El-Elyón está conmigo.

— ¡Observa eso, Estéfano! -exclamó Humberto, cruzándolas en su recorrido- ¡La niña la ha dominado!

— Así parece Humberto, así parece -y sugirió- La acompañaré, por si llegara a necesitarme. Tú ve al calabozo, tal vez Premura intente iniciar una rebelión ¡Ahora sabemos que la habita un demonio, y podemos esperar cualquier cosa!

— ¡Anda, no te detengas! El-Elyón me asiste y es más grande que tú -repetían Ámbar y su abuelo de tanto en tanto, cuando la convulsiva criatura aminoraba la marcha o trastabillaba. Y así, de tropezón en tropezón, y más que humillada, fue confinada en su cuarto, a las puertas del cual era enaltecido el Poderoso que estaban comenzando a conocer- ¡El-Elyón te vencerá! ¡El-Elyón aplastará tu magia! ¡El-Elyón, El-Elyón, El-Elyón es el mejor!

Llegando Humberto a la prisión, halló a su mujer dormida, y cerrando los ojos con dolor se aferró a los barrotes: — ¡Querida Premura! ¿Qué he de hacer contigo? -y al sentir en sus manos las de ella, se espantó- ¡Ay, qué escalofrío!

— No temas, ¡soy tu esposa! -susurró con cariño

— Si, pero, dentro tienes... ¡Claro que, El-Elyón te lo quitará! -dijo, apartándose de las rejas aún más, y al ver que no reaccionaba, preguntó- ¿El-Elyón no te hace temblar?

— ¡Sí, si Criminal morara en mí! Mas, ese demonio fue a matar a la novia de Maxy por encargo de Marrulla ¡Ven y dame un besito! -dijo mimosa, asomando la boca entre los barrotes.

— Luego lo haré... -se excusó, muy desconfiado, escuchando el sonido de los cuernos- Alguien está llegando, quizá son nuestros muchachos, ¡he de recibirlos! Si el demonio volviera, invoca a El-Elyón ¡El Dios de

nuestros vecinos ya ha controlado a Marrulla! -pero a poco de alejarse, regresó arrepentido, y entre besos reconoció llorando- ¡Hemos perdido los mejores años! ¿Cómo he de desperdiciar un instante más?

Humberto estaba en lo cierto; los suyos habían regresado, y la única obsesión del rey, también era disculparse con la reina. Trasponiendo el rastrillo con la multitud de su milicia, desmontó, corrió a buscarla evadiendo a Silvestre, y debió ser Máximo quien recibiera sus noticias.

— ¡Aurora, soy Felipe, ya llegué! -gritó bajo su balcón, como si fuera un adolescente impaciente- ¡Perdona mi abandono, tanto agravio e incompreensión...!

Cuando su mujer se asomó lenta y adormilada, él ya no estaba. Pero pronto sintió sus fuertes manos en la cintura, y en el oído el tibio aliento y un ruego: — ¡Mi amor, perdóname, me equivoqué!

— ¿Claro que lo haré? ¡Pues, también eres mi amor! -y con un beso, brindaron tiernamente haciendo la paz.

Abriendo la puerta de la Torre Encantada, la familia real encontró al hada sentada en el suelo, acurrucada en un rincón, y temblando cubría sus orejas para no oír.

— ¿No te bastaron todas tus crueldades, que precisabas, además, atentar contra mi amada? -la increpó el príncipe, enojadísimo.

— ¡Intrigante! ¡Seguro que el amor de Shén Mí por mi hija, fue otra de tus patrañas! -gritó la reina, y con más fuerza ordenó- ¡Guardias, prended a ese tramposo y traédme!

— Alteza, Shén Mí, se ha retirado del castillo -le informó uno de los escolta- Era un huésped, no un prisionero, y se lo permitimos.

— ¡Debí intuirlo! Cayó su aliada, y huyó como rata por tirante... -se indignó Aurora- ¡Claro, total, ya tiene trono dónde encaramarse!

Marrulla ignoraba que con ellos, Dios llegaba al reino para perpetuarse. Las invocaciones de Ámbar la confundían, y creyéndolas un hallazgo casual y pasajero, ni sospechó que su tiempo había terminado. Sujetándose de un mueble, lentamente se fue levantando. Seguía temblando, y aturdida por los reproches casi no podía articular palabra.

— ¡¿Cuánto tardarás en reponerte, demonio de inframundo?! –sin darle tregua, Máximo volvió a la carga- ¡Comienza a liar tus petates y sal de mi vista!

— Soy de una generación pre-adámica; no un demonio -apoyada en la pared, susurró con voz pausada y disfónica.

— ¡Nada te creo, y me da lo mismo, pues sirves a Satanás! -gritó, desgañitándose, con gestos groseros- ¡¿Y ahora qué esperas?! ¿No entiendes que te estoy echando? ¡Vete de aquí, escoria!

— Menciónale a El-Elyón -lo asesoró su hermana.

— ¡Ah! -gimió al oír ese nombre, retorciéndose con sacudimientos violentos, y arañando el muro- Saldré de tu vida, mas, no del reino; aún no lo heredas y careces de autoridad.

— ¡Qué obstinada! Es una piltrafa, y no se rinde ni arrepiente ¡Qué obstinada! – exclamó Estéfano.

— ¡Y jamás lo esperes! –dijo Máximo- Hace años desechó su gran oportunidad, y persistiendo en la maldad fraguó en ella.

— En el nombre del Ungido de El-Elyón, te ordeno abandonar El Gran Reino –por fin intervino el Rey Felipe.

Y el hada Marrulla desapareció, llevándose todas sus pertenencias. La bola de cristal ya no estaba; tampoco la abundancia de cortinas y colgajos, ni los amuletos que pendían por todas partes.

— ¡Qué maravilla! Sólo quedó el trofeo de caza y un aire fresco y perfumado que viene del campo –se admiró la reina, aspirando profundo- ¡Hasta se fue la atmósfera densa!

— La cabeza del jabalí se la obsequié a Marrulla, y dado que la disecó con magia, voy a destruirla. Me huele a trampa que la haya olvidado. Nada debe justificar su vuelta.

— ¡Muy bien hijo! Haré lo mismo con mis armas encantadas –se regocijó Felipe, determinando- A partir de hoy este lugar será llamado Torre de Triunfo, y lo destinaremos para honrar a nuestro Dios.

— Padre, ¿por qué invocaste al Ungido? –preguntó Ámbar.

— Porque así lo estableció El-Elyón. ¡Hija, tengo tanto para contarte de Él!

* * *

Reiteradas veces arribaron palomas mensajeras al castillo de El Reino de la Esperanza, confabulándose con el sol para despertar a Harmony. Ellas, desde la ventana hacían barullo, y él, con un rayito le cosquilleaba la nariz.

Una tarde, la Reina Grace halló a su hija sentada en el patio, y viéndole descansar la cabeza sobre un brazo que apoyaba en la mesa, susurró: — ¿Duermes la siesta?

— No. Estoy meditando y me pesan las ideas- dijo sin cambiar de posición, mientras su otra mano hacía garabatos invisibles con la pluma seca en un papelillo.

— ¿Las palomas que te visitan a diario, tienen algo que ver con esos pensamientos?

— Si, vienen de El Gran Reino. Desde hace una semana traen el mismo mensaje: “Mi amor, di que vendrás al torneo. Te espera tu Máximo” - enderezándose en la silla- Hoy le escribiré por primera vez, pero mi respuesta le desagradará, ¡y me duele, porque lo amo!

— Cuando Máximo llegó a mí, moqueando como niño, temí avergonzarlo con un abrazo; ¡sabía que estaba ante un guerrero! –sentándose a su lado- Para el resto del mundo los verdaderos machos deben ser agresivos, duros, y hasta de pequeños ve saludable que se lastimen. En ellos la sensibilidad es un oprobio, sólo en las mujeres se la permite, ¡entonces sí, es exaltada en sublimes poemas!

— ¡Y así están! Cosechando ofensa, opresión, furor y brutalidad, pues esto mismo es lo que sembraron.

— ¡Pero vive en ese mundo! –enfaticó comprensiva.

— ¡También nosotros! –le recordó con un reproche.

— ¡No! Estamos protegidas en un diminuto reino que nadie osará invadir. Aquí todos nos amamos y unimos como familia, compartiendo la misma fe y reduciendo cada día más las diferencias. Tal concordancia no nos fue fácil lograrla, y a él le resultará más difícil en las vastedades que gobernará, ¡aún poniéndolas en manos de Dios! Piensa mucho en lo que harás. Si has de ser su reina, en el futuro tendrás que afrontar peores situaciones que la de un simple torneo -reflexionó la soberana, encarándola con la realidad.

— La milicia que nos guarda, frecuentemente entrena en simulacros de combate, aunque no los veas por ocuparte de otras cosas, y también yo lo

hago en mis feudos –explicó el tío Just al llegar- ¡Sería imposible preparar una buena defensa sin medirnos con otros para evaluar los progresos!

— ¿No veis que Máximo no entiende cabalmente “lo espiritual”? ¡Se está colocando fuera de la voluntad de Dios! –poniéndose de pie muy nerviosa y caminando con abundancia de ademanes- Franz, y hasta sus propios amigos querrán sacar ventajas de aquello que rechazó. Se ensañarán probando qué tanto pueden contra él, ¡y me lo matarán!

— ¡Niña! Lo has visto cazar un enorme jabalí, y has oído de sus proezas guerreras sin saberlo invencible ¡No puedes, ahora, privarlo de su primer torneo! –oprimiendo las manos de su llorosa sobrina para consolarla- Las puntas de lanzas estarán protegidas, el único riesgo sería una mala caída, ¡mas es un excelente jinete; sabrá arreglárselas si fuera derribado!

— Dudo que actúe contra el deseo de Dios. También Él, quiso adaptarse para ser comprendido –la abrazó Grace- Y de ser así, ¡tan buena intención desatará su misericordia!

— ¡Mamá, no especules! -reprochó, seriamente sorprendida- La misericordia de Dios es Suya, y nosotros debemos darle lo mejor.

— Y eso es lo que Máximo cree darle –insistió Just.

— Pues no iré, desistirá por mi actitud. Y vosotros haríais bien en seguir mi ejemplo. ¿Cómo podéis respaldar esa locura? –volviendo a su asiento, por un momento apretó los ojos, aplacó la angustia respirando profundo, y mojó la pluma en el tintero para anotar: “Máximo, di que cancelas el torneo, o no me escribas más. Harmony”

El corazón del príncipe dio un vuelco cuando éste recibió tal respuesta. Los recuerdos felices ahora lo atormentaban, y aunque lloró con desconsuelo, no volvió a enviar palomas a su amada.

* * *

Una espesa arboleda rodeaba la anchurosa pradera donde se haría el evento, y sobre ellas brillaba el sol de la fresca mañana. En lo elevado de un lateral, saturado de coloridas tiendas con estandartes y blasones, resaltaba en lujo y tamaño la del centro, destinada al Príncipe Igor, campeón anterior.

Mamparas de madera exhibían guirnaldas y variedad de armas, aislando de la liza a la muchedumbre. La tribuna más suntuosa, mostraba un trono con baldaquín y escudos de armas de El Gran Reino, y un selecto séquito aguardaba a la familia real. Cuando Pedro vio desde allí a Harmony, no le alcanzaron las piernas para correr a informarlo. Buscando a su amo en el castillo abrió varias puertas, y llegando al salón de armas, detuvo lo que parecía ser una reunión privada.

— ¡Discúlpame, mi señor! -se excusó ante el rey, y comentó a su hijo- ¡Tengo algo importante que...!

— Ahora, lo importante es que estás aquí -interrumpió Felipe- No sabía que vendrías y he enviado a Silvestre por ti.

Pedro poco entendía, y menos aún cuando vio sonreír a los abuelos del príncipe, a sus amigos y también al Rey Nicola.

— ¿He cometido alguna torpeza? -sonrojándose.

— No, no es tu costumbre -aseveró el rey, viéndolo rebozar de alegría, cuando los pajes comenzaron a vestirlo con: yelmo, guanteletes, coraza, espada y espuelas de oro.

Captando lo que sucedería, el emocionado joven se hincó, y Felipe le dio un leve golpe con su espada de plano en el hombro derecho y otro en el izquierdo, diciendo: — “Desde hoy no te dirán escudero Pedro. Serás el Señor Pedro de la Orden de Caballería de El Gran Reino, pues yo, su

soberano, te armo caballero” –y luego de besarlo en la mejilla añadió- “Sirve como nunca a El-Elyón, a tu reino y a tu dama”

Los pajes volvieron a acercarse, entregándole lanza, escudo de armas con colores heráldicos, y un caballo de batalla. Entonces, apoyándole el rey la espada en la cabeza, concluyó: —“Que Dios te haga un buen caballero”.

Habiendo fisgoneado desde afuera, Lizzetta irrumpió en el lugar chillando: — Servirás a tu Dios y a tu reino, pero no a mí, pues jamás he de ser tu dama ¿No sabías cabeza hueca, que tu conversión malograría el hechizo por el cual te amaba?

— Si, lo sabía –dijo Pedro con triste mansedumbre.

De pronto, tras el barandal del palco donde estaban apartadas las mujeres, se escuchó a Ámbar: — ¡Oye tú, grosera! ¿No sabes que no eres la única mujer en el mundo?

— ¿Acaso ustedes...? -y malinterpretando los hechos, lloró como caprichosa resentida, y antes de huir replicó- ¿Ves, papá? ¡Hasta él consigue su princesa, y tú no me ayudas!

El Rey Nicola deseando ser tragado por la tierra, meneaba la cabeza con los ojos cerrados por la vergüenza.

— ¡Pedro, no te merece! -procurando cambiar sus pensamientos, el príncipe preguntó- ¿Qué noticia me traías?

— ¡“Tu primavera” te aguarda en su tribuna! -dijo, resignándose con hacerlo feliz, pese a su propia desdicha.

— ¡Sí, hurra! -exclamó Máximo, y pronto estuvo besándola, ante su ruborizada familia y un público escandalizado.

— ¿Porqué no has vuelto a escribirme? -reprochó ella, con un mal simulado enfado, sin despegarse de su boca.

— ¡Y, ganas no me faltaron, pero me lo prohibiste! -se justificó él mordisqueándole la comisura de los labios.

— Con igual diligencia, hubieras cancelado el torneo...

Sonriendo, se apartó un poco, y dirigiéndose a la concurrencia, habló en voz alta: — Disculpad mi falta de decoro, y no temáis por mi súbito deceso. Acepté a El-Elyón como mi verdadero Dios bajo sus condiciones, renunciando a todo aquello que le desagrada, como por ejemplo la magia y sus beneficios, y Él, en su misericordia me liberó de sus perjuicios. No moriré por un beso, participaré de este torneo, y pronto me casaré con la Princesa Harmony.

Mientras los aplausos y aclamaciones se trocaban en rumor, sus amigos ultimaban los ajustes a la indumentaria de competición, y una misma idea los asaltó a los tres: — ¡Ya no es invencible! –dedujo Ralph sin ocultar su contento.

— ¡Alguno de nosotros podrá contra él! –admitió Eric.

— ¡Claro! Ahora es uno más, como todos –afirmó Igor.

Al sonar de las trompetas, la familia real ocupó su lugar, cesando así todo murmullo. Luego se abrieron las trancas, y veinte nobles jóvenes, entre los que estaba el príncipe Máximo, cabalgaron lentamente hacia la arena con resistentes armaduras y lanzas de puntas cubiertas con esferas.

—Vosotros, los participantes, para combatir deberéis posicionaros conforme al sorteo. Luego se harán otros entre los que prevalezcaís, hasta hallarse un campeón - indicó el heraldo. Siendo obedecido, aquellos se dirigieron a los extremos de la liza, y mientras Maxy también lo hacía, se apuraba a guardar el pañuelo que previamente le entregara Harmony, pues a ella dedicaba su combate.

Al nuevo llamado de trompetas, los contrincantes a todo galope tuvieron su encontronazo, y hubo lanzas partidas, jinetes que rodaron por el suelo, otros que quedaron colgando de la montura. Después del intervalo de descanso en el que se reiteraron los sorteos, todo volvió a repetirse ante un público eufórico y apuestas fabulosas, hasta que finalmente quedó Máximo frente a su amigo Igor.

— Lo siento, Máximo. En todo lo que emprendimos, sabíamos de antemano que serias el mejor, ¡porque sí! Yeso, resultaba aburrido, fastidioso -dijo Igor, abriendo la visera del yelmo, cuando se acercaron para hablar en privado.

— ¡Descuida, Igor! Tendremos un torneo justo, y cualquiera sea el resultado nada alterará nuestra amistad.

Tras un abrazo complicado por las armaduras, protegieron otra vez sus rostros y reanudaron el evento. En la primer investida destrozaron sus lanzas quedando igualados, pero en la segunda, Igor fue derribado del caballo, mas sin lesionarse.

— ¡No lo puedo creer! -masculló Franz, que hasta el momento pasó inadvertido entre la multitud- ¿Entonces, en qué ha cambiado su situación?

— En que ahora, es más poderoso...-su druida, dijo por lo bajo- No está en inferioridad de condiciones por haber renunciado a la magia ¡Será mejor no desafiárlolo!

— ¡Pero mi padre me ha dicho, y un demonio confirmó que...!

— ¡Vaya garantía, entre ambos no harían uno! -zocarroneando, lo interrumpió.

— ¡Está tan claro! Yo haré cumplir esa sentencia ¿Acaso no soy a quién más ha perjudicado?

— ¡Franz, no seas pendenciero! Te quiero como a un hijo; sufriría mucho si llegara a dañarte.

— ¡Ya cállate y déjame escuchar! -subestimándolo

— ¡Sííííí, el Príncipe Máximo es el vencedor! -con voz en cuello, anunció varias veces el heraldo, aturdido por las ovaciones- Y uno de sus privilegios es, designar a la Reina de la Primavera, que presidirá los festejos de esta noche.

Cuando Franz vio a su archienemigo cabalgar con la corona en la punta de la lanza para consagrar a su amada, perdió el escaso juicio que siempre tuvo. Montado en su negro bruto que parecía tan perturbado como él, saltó la tranca arrojándose a la arena y gritó: — No serás el campeón, ni la coronarás, y mucho menos seguirás respirando...

Los maestros de campo que arbitraban el torneo, no se hicieron esperar, y acercándose al galope a los contrincantes, les impidieron el duelo cruzando entre ellos sus lanzas.

— Príncipe Franz, te hallas en un inofensivo torneo juvenil, no en una justa para saldar cuentas, que tampoco existen -reprochó Felipe, airado, y alzándose de su silla.

— Te informo, que ahora soy rey, y debido al luto que guardo por el asesinato de mi padre, me resigné a una coronación sin la pompa merecida.

— Entonces, Rey Franz, te recuerdo que su deceso, ocurrió en la guerra por querer lancearme a traición.

— ¿Te amparas en la superioridad de tu reino, para vilipendiar su memoria?

— Sólo exhibo la verdad. En el pasado, pude declararte la guerra muchas veces y por justa causa, pero te perdoné... ¿Por qué he de provocarte ahora, que creo en un Dios de Paz?

— ¡Bien por ti, pero yo quiero venganza!

— ¡Sacadlo ya, de la liza, de mi vista, y si podéis de toda la tierra! - Felipe enfatizó furioso.

— ¡No, no, padre! Quiero darle una satisfacción. Prometo que no lo mataré, y tampoco él lo hará conmigo. ¿Acaso, crees que podrá más que los otros? -solicitó su heredero.

— ¡No hijo, no lo hagas! -suplicó la reina.

— ¿Veis? ¡Os dije que esto podía suceder! -sollozó Harmony

— ¡Cálmate! Batallaremos a su par, pero en oración, y el cielo en pleno lo asistirá -dijo el tío Just, mientras su madre la abrazaba

Viendo que el muy obstinado se posicionaba para combatir, su padre, de mala gana hizo un gesto aprobatorio, los maestros abandonaron el campo, y el torneo prosiguió. En dos ocasiones se envistieron sin imponerse ninguno, y no obstante no llevar un asta su punta cubierta, ambas se astillaron. En la tercera oportunidad, Máximo logró desviar la lanza enemiga con un ligero movimiento del escudo, mientras con la suya lo impactaba en el yelmo, haciéndolo caer y arrastrar por la arena, pues quedó enganchado del estribo.

El druida Otto pronto se unió a quienes asistían a su rey para persuadirlo de que se retirara. Y viendo Máximo que no lo lograba, solicitó a sus pajes que le quitaran la armadura.

— ¡¿Qué haces, hijo?! -se inclinó su padre para hablarle, con una seriedad que emparentaba con el horror.

— Lo conozco; no se resignará -sin dejar de desvestirse bajo el palco real- Y para defenderme a mi manera, esta armadura me molesta.

— ¡La suya es la más fuerte y completa de todas! -se inmiscuyó Pedro- ¿Y tú pretendes enfrentar desnudo a esa “carnaza enfierrada”?

— ¡No, no lo dejes, Felipe! ¡Impídeselo! -repetía la reina, como loca vez tras vez, deshidratándose por el llanto.

— ¡No puedo; estaría humillándolo! -lamentó el rey

El cielo se había encapotado, y un viento que olía a tierra mojada anunciando lluvia, añadía tristeza al inofensivo torneo que se convirtió en feroz. Franz volvió a erguirse sobre sus pies, simulando recoger el caballo sacó un hacha de su atavío y la lanzó a la espalda del oponente. Sin embargo, la desconfianza llevó a éste a esquivarlo a tiempo.

El combate siguió de a pié y a espada. Luego de una extensa contienda bajo un copioso chaparrón, chocaron los escudos, y empujándolo Máximo hacia atrás también le golpeó el talón con el suyo, sirviéndose de un efecto de palanca que lo derribó. En la caída, el fortachón perdió las armas, y de un escondrijo de su canillera tomó una miseria para sajarlo, mas fue obligado a soltarla.

Siendo ayudado a incorporarse, y no dándose por vencido, el muy rencoroso se escabulló de los asistentes, y arrancó un mangual que decoraba la mampara más cercana. Cuando Máximo se dio vuelta alertado por la concurrencia, apenas tuvo tiempo para protegerse, y al recibir dos golpes su escudo quedó abollado. Al tercero parecía un papel estrujado y al cuarto voló de su mano. Es que no se trataba de un arma simple, pues múltiples bolas de hierro pendían del mango de madera mediante largas cadenas.

— ¿Por qué no me mataste mientras pudiste? ¿Por una promesa a tu Dios? ¡Pues yo no creo en Él! -se burló Franz.

El excelente estado atlético y destreza permitían al príncipe esquivar las masas desviándolas con la espada, hasta que también esta le fue arrebatada. La situación era de un dramatismo sin igual, y la lluvia se mezclaba con las lágrimas de muchos que presentían el fin del heredero de El Gran Reino. Harmony, con más llanto que fe, no cesaba de clamar por su amado, y sus manos se unían para la oración con tanta fuerza como si quisieran destrozarse. Pero Aurora, Prudencia y Premura nada de esto veían, pues para entonces ya se habían desmayado.

— ¡Papá, haz algo! ¿Quieres verlo muerto? —gritó Ámbar.

— ¿Para impedir humillación, permites atropello?—dijo Humberto.

— ¡Detenlo, Felipe, detenlo! —porfió Estéfano.

Pero al levantarse el monarca para dar la orden, los árbitros, conmovidos ya habían acordado intervenir por su cuenta aceptando las consecuencias. Y éstas no se hicieron esperar, pues Franz, alardeando de su arma los tumbó a todos, sin dejar de arrinconar a su oponente principal.

Cuando el agotamiento se apoderó de Máximo, manteniéndose apenas en pié ante el insistente revoleo de cadenas, por fin le llegó el auxilio que nunca dejó de esperar. Y un rayo arrojado a tiempo por el iracundo cielo, fulminó a su metálico agresor. El público eufórico lanzaba sombreros y pañuelos al aire, y era tal el estruendoso caos de vítores y aplausos, que amagaba con voltear las tribunas.

Sin avergonzarse de su incontenible llanto, el príncipe alzó los brazos agradeciendo al dueño de su victoria, y con voz quebrada comenzó a decir: — ¡Grande es El-Elyón! Al que continúo debiéndole la vida. El que responde a mi clamor y suple mis carencias.

— Ese fue Thor, mi dios del trueno- gritó su Eric.

— Te equivocas, es El-Elyón, ¡el único y verdadero Dios! -machacó Máximo- Lo rechazas por confundir su amor con debilidad. Pero ÉL, siendo el Señor de los Ejércitos Celestiales, antepone su misericordia a la ira, y no se complace en la venganza.

— Alteza, se que estás en lo cierto –dijo Otto con respeto, angustia y temblor- Y te suplico, que con esa misma fe que lo impulsó a auxiliarte, conmuevas su corazón para que le devuelva la vida a mi Franz, pues ya no tiene pulso ni respira. Prometo hacerlo un buen rey.

— Mi alma siempre intercedió por él, de lo contrario, ¿no lo habría matado cuando tuve la oportunidad?

Y Otto, que más que un druida parecía un pobre desvalido al que las últimas horas le aceleraron la vejez vio, junto a los demás, que la lluvia cesaba, despejándose el cielo y apareciendo un maravilloso arco iris. Tomando el hecho como buen presagio, todas las miradas se posaron en el achicharrado Franz que milagrosamente comenzó a moverse. Pero, claro, ¿no estaba ni para susurrar una canción de cuna!

XIX. Increíbles transformaciones

Era un deleite ver el jardín florecido. Hasta las aves, ebrias de primavera, frecuentaban la fuente para darse un chapuzón sin cesar de trinar. Pero aún estando en medio de aquél, Pedro de nada disfrutaba, y prefería continuar cavilando.

— ¿Qué sucede con el flamante caballero? Hace un largo rato que estoy frente a su nariz y no lo ha notado... -reprochó Ámbar, columpiándose con pereza bajo la fronda- ¿Qué melancólicos pensamientos lo tienen cautivo? ¿Extraña a su amigo o pena por un amor?

— ¡Oh, perdona! –se excusó Pedro, abandonando el banco de piedra para apoyarse en el tronco de su árbol- Has acertado en ambas opciones. Aún...aún no he agradecido tu defensa; la vergüenza me impulsó a eludirte... ¡Por egoísmo Lizzetta te malinterpretó! ¿Quién otro en su sano juicio supondría que tú y yo...?

— ¿Por qué, no? ¿Te parece ridículo? –lo interrumpió muy seria, deteniendo la hamaca que pendía de una rama.

— ¡Princesa, no te desprecio...! –yendo hacia ella y acariciándole la mejilla- Soy indigno, y tú inalcanzable...

— ¿Y Shén Mí, sí me merecía? -razonó, aprisionándole la mano y moviendo sobre su palma el rostro, para prolongar tan grata ternura- ¿Debía conformarme con ese infame?

— ¡Pero, princesa! – dijo, vislumbrando su desatino.

— Me engañó con sus alardes, e imaginé que atesoraba tu misma grandeza –prosiguió desoyendo su exclamación- ¡Pero estás aquí y eres real! ¿Por qué crees que no me pesó su huida?

— ¡Princesa! –apartándose, llamándola a la cordura.

— ¡Princesa un rábano! ¿Quieres que actúe como tú, que aceptas cualquier cosa y te estancas en la nada? -incorporándose, y yendo de un lado a otro- Mi padre te ha hecho escudero, luego caballero, y pronto te ofrecerá más títulos nobiliarios, ¡pero sigues sintiéndote el pobre huerfanito del mozo de cuadra! Tienes una princesa que te quiere bien, mas lloras el desdén de otra, a quien todos desechan por caprichosa y antipática. Entristeces por la ausencia de mi hermano pues vivías para él, ¡claro, como tú no cuentas! ¿Entiendes que te consideras miserable teniendo abundancia?

— ¡Me tomas por sorpresa! Nunca habría osado mirarte con ojos de enamorado. Además, eres muy pequeña y puedes estar confundida -insistió procurando conformarla sin dejar de resistirse- ¡Ámbar, tengo veintiún años de edad y soy feo!

— ¿Qué son once años de diferencia? ¡Y sí, realmente estás feo! Con ese cabello descuidado pareces un plumero con patas. Mas, cortando un poco de aquí, y algo de allá...

— ¡Pedro! -lo llamó Felipe desde lejos, en tanto se aproximaba con su esposa- Visitaré al Rey Nicola, pero Máximo no podrá venir conmigo; está recorriendo El Reino de la Esperanza con Harmony ¿Me acompañarás?

— Si, alteza ¿Ha tenido algún problema el Rey Nicola?

— Está desconsolado. Su hija se fugó con Franz.

— ¿Acaso ese malvado la ha deshonrado? -interrogó con el seño fruncido, creyéndola una víctima.

— No. Ella lo buscó en la tienda para confabular contra nosotros, cuando él apenas se recuperaba de su derrota.

El rostro de Pedro se relajó con un dejo de desengaño. Por fin parecía convencerse de que a Lizzetta era mejor perderla que encontrarla. Y Ámbar, encogiéndose de hombros lo miró como diciendo: “Te lo dije”.

— Pedro, cambiemos de tema; removiendo tantas veces la basura sólo aumentarás su hedor –aconsejó Aurora al verlo pensativo- He mandado confeccionar unas cuantas prendas dignas del conde que pronto serás. Por favor, quita de tu baúl la ropa vieja que ya no usas, y haz espacio para la nueva.

— ¡Sí, sí lo haré! Gracias... -respondió, alzando su faz con buen ánimo, como descubriendo mejores horizontes- De igual modo abandonaré el pasado inútil que me paraliza, y mis posibilidades de avanzar se multiplicarán.

— ¡Bien, pero muy bien!-aplaudió la princesa-Todos tenemos un propósito en la vida, y no eres la excepción.

— Alteza, ¿me permites disponer de tu barbero? Preciso, urgente, un corte el pelo.

— ¡Por supuesto! –respondió Felipe.

En tanto, Harmony, Máximo, Just y una pequeña comitiva, continuaban su recorrido repartiendo bondades entre la plebe, llevando carruajes repletos de alimentos, ropa y medicina.

— Ahora debemos retirarnos; hay muchas familias por visitar, pero a la brevedad volveremos –abrazada a un enorme libro, la princesa salió de una choza, despidiéndose de sus moradores- Meditad y aplicad cuanto os he leído; fueron magníficas instrucciones para el buen obrar.

— Bebe regularmente las tisanas que he traído –aconsejó el galeno del séquito a una anciana que se mantenía en pié apoyándose en su hija- Y

recuerda, Dios puede obrar milagros en las dolencias que como médico no te he sabido curar.

— A mi regreso te edificaremos una nueva vivienda, y será digna — aseguró Just al varón de ese humilde hogar, tras el cual se amontonaban sus cinco pequeños vástagos- Hasta pronto, y bendiciones para ti y tu casa.

— ¡Igualmente! —respondió aquel- ¡Y como vuestra sobrina, también hallad el amor! Nunca os he conocido novia...

— Eso es algo que estoy teniendo en cuenta - respondió sonriendo abochornado.

— ¡Lo sabía! —intuyó Máximo en voz baja.

— ¡Seguro que ella es Gema! —alegre develó Harmony.

— ¡Shhh, no seas tan indiscreta! —la reprochó su tío, abriendo muy grande los ojos, pero con otra sonrisa- No olvides que es una reina, y yo un simple señor feudal...

* * *

Felipe y Pedro estaban en el salón del trono aguardando al afligido padre de Lizzetta, cuando se les acercó el mayordomo y les comunicó: — Mi señor no tardará ¡Qué bueno que habéis venido! Sólo vosotros lograsteis arrancarlo de su lecho, donde se recluye para atormentarse con sombríos pensamientos. Éstos lo han enfermado de tristeza y también del corazón.

Y las consecuencias de inmediato estuvieron a la vista, porque el que ingresaba lenta y dificultosamente, no parecía el mismo monarca de unas semanas atrás. Su brazo izquierdo se había paralizado al igual que la pierna que arrastraba. El ojo de ese lado permanecía entornado y la boca torcida no percibía el escurrir de la baba.

— ¡Rey Nicola! —Exclamó Pedro piadosamente

— ¡Amigo! -lo abrazó Felipe, casi derribándolo. Era tal su fragilidad, que ni el báculo resultaba eficaz para sostenerlo.

— ¡Ya no se por dónde rastrearla! –lamentó con difícil habla y llanto descontrolado- ¡Y me siento tan mal! No hago más que revolcarme sobre mis muchas culpas.

— ¡Busca a Dios! Él te perdonará –lo alentó su par.

— ¡Él, sí! Pero yo no puedo...

— Es que poniéndote en paz con Él, la tendrás también contigo y con los demás –explicó el joven.

— Lo intentaré. ¡Quédate unos días y cuéntame...!

* * *

Por ese tiempo, en El Reino de la Esperanza, la ex bruja estaba en el cuarto de costura subida a un banco, esperando que las modistas cosieran el dobladillo de su nuevo vestido.

— ¡Gema querida, estás preciosa! -exclamó Grace, al entrar- En pocos días has aprendido a conducirte con propiedad, y con este atavío nadie dudará de tu realeza.

— ¿“Nadie”? Sólo me interesa la opinión de uno -confirmó ella, con vocecita dulce y mirada esperanzada, pero dando placer escucharla y no risa como antes- Es en su corazón dónde sólo quiero reinar. Por él he puesto tanto esmero en pulirme.

— ¡Y sé de quién se trata! –dijo con suspicacia

— ¡Shhh, no lo divulgues! –recordándole con un gesto la presencia de las costureras - Aún me falta mucho por mejorar, y no soy más que una pobre campesina.

— ¡Pero, también él te ama! ¿No haz notado su apuro por defenderte cuando Felipe me cuestionó tu hospedaje? ¡Allí sus ojos y sentimientos ya estaban adheridos a ti!

— ¡Ciertamente, madre! -dijo Harmony, entrando con desenfado, llamando luego al tímido enamorado- Ven tío, ¡mira cuánto perderás si ambos seguís con esta inútil autocompasión!

Cuando Just ingresó al recinto, un nuevo romance comenzó a florecer.

* * *

Desde su trono y secundado por consejeros, el Rey Nicola se dirigió pausadamente a la multitud de súbditos: — La desaparición de mi única hija, desató sobre mí, innumerables achaques que impidieron nuestras frecuentes reuniones. Pero hoy vuelvo a daros audiencia para atender vuestras necesidades y reclamos, merced a quien tengo a mi diestra. Este joven es el Conde Pedro de El Gran Reino, el que más amó a la princesa, y me dio aliento de vida y esperanza al presentarme a su Dios. También conoceréis su sabiduría y piedad, pues me asistirá en la toma de decisiones, y debido a todo esto, comprenderéis por qué lo he hecho mi sucesor —el rumoroso asombro general lo detuvo unos instantes, y extrañado preguntó- ¿A qué viene tal sorpresa? ¿Vais a negarme que secretamente deseabais esta medida? Todos coincidimos en que el reino debe ser resguardado de los caprichos de Lizzetta. Sólo podrá acceder al trono como esposa de mi sustituto, si él así lo deseara, mas nunca regirá.

En el momento de interesarse por el pueblo, la perplejidad no impidió las excelentes sugerencias de Pedro ante cada planteo que recibía el rey. Y tanto a éste, como a nobles y plebeyos los maravillaban sus aciertos.

Turbado por semejante noticia, Felipe observaba a su protegido. La nueva e interesante apariencia, el aplomo al opinar, y la satisfacción que despertaba en todos los rostros lo llenaban de orgullo. Sin embargo nada escuchaba, porque su mente voló al pasado, cuando el niño del palafrenero correteaba junto a su pequeño hijo y príncipes amigos. Entonces, sin que los demás lo advirtieran, las lágrimas que se amontonaban en sus ojos comenzaron a rodar.

Finalizada la convocatoria, quedando a solas ambos reyes y el conde, fueron inevitables ciertas aclaraciones

— Se que os pareceré cruel priorizando al reino, y os preguntaré: “¿Ayer moría de culpa por su muchacha y hoy la deshereda?” ¡Pero, creedme, la estoy amparando! Aún sigo delicado, y si ella llegara a reemplazarme, una rebelión pronto la decapitaría porque nadie la quiere; se ha ganado el odio absoluto –adujo Nicola, y elogió al joven- En cambio tú serás mejor rey que yo, la cuidarás y controlarás con amor, y si bien no podrá tomar el mando, al menos gozará de los demás privilegios de una reina ¿Ves? ¡También te he considerado! Ésta sería la única alternativa para que aceptara casarse contigo ¡Hallé el modo de complacer al reino, a mi hija y a ti!

— Pero, si ya no quisiera desposarla, ¿aún así me concederías el reino? –preguntó Pedro, temiendo ofenderlo.

— Aún así, cumpliré todo lo que dije públicamente, y además hay testamento escrito -aseguró con tristeza.

— Entonces, aceptaré. Conservará prerrogativas de noble, y he de cuidarla con amor fraternal

Antes de abordar su carruaje para regresar a El Gran Reino, Felipe sorprendió a Pedro con una pregunta, cuando éste se acercó para despedirlo: — ¡Dime, hijo! ¿Un nuevo idilio te ha hecho cuestionar el anterior?

— ¿Crees que merezco el amor de una princesa?

— ¡Mmmm, definitivamente hay otra! –confirmó el rey, y echándole una mirada afectuosa, le apoyó una mano en el hombro para responder— ¡Claro que lo mereces! Te he dicho hijo, te crié como a un príncipe, y la mayor nobleza es la de tu interior ¿Aún lo dudas?

— ¿Estoy entendiendo bien? ¿Aprobarías, que un sujeto como yo, algún día pretendiera a Ámbar?

— ¡Y más aún! Sería dichoso...

— ¡¿De veras?! –dijo alegremente sorprendido.

— ¿Te has enamorado de ella? –interrogó algo confuso.

— Antes me habría perforado el cráneo para erradicar tan osada idea, pero cree estar enamorada de mí, y he comenzado a considerarlo... ¿Realmente te haría feliz nuestro noviazgo?

— Si, pero “algún día” ¡Ámbar aún es impúber!

— ¡De acuerdo! Sólo estoy consultando ¿Podré insistir sobre este asunto dentro de seis años?

— ¡Por supuesto, y dentro de cuatro también! Esta noticia la pondrá contenta.

— ¡No! No se lo comentas. Me reservaré para ella porque es una niña querible, y seguramente me enamorará en su adolescencia, mas no quiero que se ate a confesiones infantiles. Quizás al crecer cambien sus sentimientos...

— ¡No lo creo! Es inteligente y sabe lo que quiere. Por las dudas visítanos pronto y aviva la esperanza –sugirió abrazándolo sonriente, mientras el Rey Nicola lo despedía con la mano en alto desde el castillo, ajeno a esta conversación.

* * *

Una nutrida escolta cabalgaba custodiando el carruaje real, que entre zangolotéos trasladaba al Rey Nicola y al Conde Pedro.

— Sin duda, este recorrido por mis tierras en auxilio de su población, ha sido otro de tus aciertos. Muchos no pueden llegar hasta la corte – reconoció el monarca- Además, el aire y el sol me resultan saludables, y cambiar de panorama despeja de sombras mi mente.

— Tengo más sugerencias... ¡Pero! ¿Qué sucede? -se interrumpió el joven, debido al abrupto frenar del transporte.

— ¿Por qué nos detenemos? ¿Nos asaltan...? -interrogó Nicola, asomándose azorado a la ventanilla.

— No, majestad. El Druida Otto y su séquito nos han interceptado – respondió el jefe de su milicia.

— ¡Qué raro, jamás osó venir a...! -exclamó descomponiéndose- ¡Ay, zumban mis oídos y me duele el pecho!

— ¡Calma alteza, no te alarmes! Estaré a tu lado cuando hables con él; podré controlar la situación –de inmediato lo asistió Pedro- Y no olvides que con El-Elyón a favor, nadie podrá hacernos frente.

Al encontrarse ambos vecinos, era evidente la desventaja de Otto. Nicola, bastante repuesto aunque sostenido por un bastón, permanecía erguido. En cambio el druida estaba más que tullido, y dos sirvientes tuvieron que acercarlo tendido en una parihuela, apartándose luego para darle privacidad.

— ¿Por qué estás aquí? –interrogó el soberano con improvisado mal talante que enmascaraba su temor.

— No te enfades, Rey Nicola; vengo en paz. ¡Nuestro padecer es el mismo!

— ¿Qué comparaciones son esas? ¡He extraviado una hija, y en cambio tú...!

— ¡También yo! Franz es mi hijo... De saber que era estéril, el Rey Jurjens hubiera aumentado su fiereza, pero ignorándolo, repudiaría y destronaría a la reina, que era la legítima heredera.

— ¿Y... qué pretendes de mí? -saliendo de su asombro, pero sin suavizar el tono de voz.

— Nada; no he venido por ti, sino por él —señalando con la mirada a su acompañante- Han llegado a mis oídos buenos rumores a cerca de su persona...

— ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó afable Pedro.

— Lo mismo que haces por él, pues, en ausencia de Franz, rijo interinamente su reino —respondió el pálido anciano que parecía carecer de sangre- Con tal de tenerlo vivo, en el torneo prometí hacerlo un buen rey, mas no lo he logrado. Para su protección procuro serlo yo, y cuanto hago sólo queda en las buenas intenciones, pues siempre fracaso.

— ¡Hazlo por ti, no por Franz! ¡Busca a El-Elyón, y te ayudará! —aconsejó el entusiasta muchacho.

— ¡No me quiere! Ni mis sanos propósitos lo conmueven...

— ¿Qué no te quiere? ¡El te indujo a este momento! ¿Por qué crees que estamos aquí mencionándolo? —y luego de una pausa reflexiva continuó- Todos de un modo u otro hacemos lo malo, y eso nos distancia de Él. ¡A ver! ¿Cómo hablar para que comprendas...? Aunque los demás ingredientes fueran adecuados, al agregar uno podrido, ¿no estropearías tus pociones

mágicas? –Viéndolo asentir con la cabeza, agregó- Del mismo modo, jamás lo alcanzarás con tus bondades, ya que éstas no anulan tu maldad. ¡Solo su piedad nos permite llegar a Él! Y siendo suyos es que seguimos su ejemplo haciendo el bien.

— Pero tendría que aplacar la ira de los espíritus con los que pacté. Ellos me atormentan frustrando todo cambio.

— ¿Aplacar? ¡Los enfurecerá, erradicándolos de tu vida! Mas, no temas cuando quieran asustarte, pues no te podrán tocar.

— ¡Entonces, dime! ¿Cómo he de obtener tal piedad?

— ¿Has oído hablar del Ungido?

— Algo, pero en verdad no lo conozco.

— Pues, te invito a mi castillo -amigable, intervino Nicola- Allí, cómodamente escucharemos de Él.

— Y yo, te diré dónde sospecho que están nuestros muchachos ¡Pero sólo son suposiciones! Por congraciarme con este nuevo Dios, dejé de consultar mi esfera de cristal.

— ¿Quién diría que de alguien tan flaco como tú descendiera Franz? –manifestó jocosamente Nicola.

— ¡Es que en mi juventud mi traza también fue rotunda! -explicó Otto sonriendo.

XX. Boda, coronación y victoria

En el castillo de El Reino de la Esperanza, la soberana y su futuro yerno jugaban al ajedrez.

— ¡Jaque mate! ¡Uh, te gané! —dijo ella moviendo contenta la ficha.

— ¡Mi primera derrota, qué vergüenza! —burlándose Máximo de sí mismo, como minimizando el hecho.

— ¡Ya lo creo! -bromeó al ver su rubor- ¡Por mano de mujer y de tu suegra!

— ¡Por fin terminaron! —exclamó Harmony- Es el medio día y estoy hambrienta.

— ¡Mi amor, no insistas más!-dijo Just, escandalizado, trayendo a su prometida de la mano y sentándose a la mesa- ¿Cómo puedes preferir que te llamen Gehena?

— ¡Pero es más respetable!

— ¡No, es horrible!

— ¡Querida! ¿Sabes qué es la Gehena? -intervino amablemente la reina, retirando el tablero de juego. Viéndola negar con la cabeza, comenzó a explicar- Antiguamente era el basural donde quemaban los desperdicios. Y por comparación, también el paradero de Lucifer y sus seguidores, incluidas las almas perdidas ¿Así quieres llamarte?

— ¡Es espantoso! —advirtió abriendo mucho los ojos.

— Pero, Gema es una piedra preciosa; ¡formas parte del tesoro de El-Elyón! Y eres valiosísima para mí... —añadió su pretendiente mientras los criados servían el almuerzo.

— Dime, Gema... ¿Has pensado en reclamar, algún día, tu trono? -interrogó Máximo con agudeza postergando los alimentos.

— ¡No lo quiero! Me apabulla noviar con el señor feudal que amo, ¿y pretendes que reine? -regresando al plato el bocado que estaba por comer- ¿Por qué he de complicarme la vida, y nada menos que en aquél lugar tenebroso?

— Porque la corona es tuya, regirías mejor que Maléfica, el territorio dejaría de estar maldito, trasladarías allí a siervos de otros sitios que padecen tus mismas humillaciones, tú los comprenderías pudiendo confortarlos, y conocerían a El-Elyón ¿Te parece poco?

— ¡No, por favor, la ahuyentarás! ¿Quieres que siga soltero, para siempre? -bromeó Just- Ya habrá tiempo para tratar ese asunto.

— Sin embargo, el tiempo es hoy -de repente, afirmó el príncipe, luego de leer la nota que le entregara un sirviente- Pedro me envió una paloma con este mensaje: “Maxy: Pronto rescate. Lizzetta en Las Sombras”. Ya mismo, organizaré una cruzada contra las fuerzas del mal -y emplazando a la heredera del reino en cuestión, añadió- Tu colaboración sería vital.

Incorporándose en muda resistencia, ella retrocedió aturdida, sacudiendo la cabeza como abismándose a la locura.

* * *

No todos los reinos estaban con El-Elyón, pero también de ellos salieron muchos fieles para sumarse a sus huestes, y Felipe, Máximo, Pedro y Just cabalgaban al frente rumbo al De las Sombras.

Al pisar los cascos de sus corceles territorio maldito, éste pareció conmovearse. Los soledosos parajes se tornaron más oscuros, el polvoriento

suelo también se resquebrajó aún más, y la inveterada quietud entró en movimiento.

— Se acercan enemigos, y el Espíritu del Innombrable viene con ellos –susurró temblorosa una ninfa, asomándose a la orilla de un lago seco. Y antes de desvanecerse, su voz esparció el rumor enlazándose a una súbita ventolera.

De las grietas terrestres emergieron incontables duendes, queriendo huir con carretillas colmadas de metales y piedras preciosas. Pero debieron abandonarlas, porque espasmos debilitantes les impidieron moverlas, y luego de un runruneante caos, desaparecieron.

Con la fe por mejor arma, la muchedumbre pudo ingresar al castillo de la Montaña Prohibida sin ser interceptada.

— ¿Tan fácil resultó el acceso? –desconfió Pedro.

— ¡¡Tranquilo!! El-Elyón pondrá al descubierto cualquier oculta maquinación –afirmó Just, mientras todos llegaban a las puertas del gran salón del trono con sus brutos, que por control Divino no se espantaron.

Soplón y los Diez Peores estaban ausentes pues fueron en busca de mejores oportunidades. Sólo una multitud de demonios sin rango infestaban el recinto. Algunos arrinconados sobre el piso, muchos adheridos en lo alto de paredes y columnas, pero todos aterrados ante el Aliado de los intrusos.

— ¿No os bastó con echarnos de otros reinos, también venís aquí para molestarnos? –replicó uno.

Percibiendo el peligro, y de espaldas a los recién llegados, Guadaña deliberaba con su reina.

— ¡Detened la infernal conjura y devolved a la Princesa Lizzetta! — vociferó impaciente Pedro, seguido de ecos que, pese a ser suyos, sonaban estremeecedores.

Lentamente el siniestro encapuchado se fue apartando del trono, y al darse vuelta no asomó su habitual calavera; tenía un nuevo rostro, el de Franz. Mas no concluyeron en este punto las sorpresas, pues Maléfica camuflada otra vez como Gehena poseía a Lizzetta.

— ¡Suéltala ya y libera su voluntad! -insistió Pedro, sacudiéndose el abatimiento- Te lo ordeno con la autoridad que me da El-Elyón.

— ¡Ya deja de mandonear, piojo revivido! —le espetó Lizzetta, luego de que el hada convulsiva la deshabitara- Y tampoco alardees conmigo de solícito y valiente campeón, porque jamás seré tu dama ¿Acaso terminó tu historia con la astuta niñita? ¡Pues entiende que he venido por mi propia decisión y aquí me quedaré!

— ¡Estás equivocada! No te pretende, sólo quiere que el afligido Rey Nicola te recupere —se entrometió Máximo fastidiado, mientras ella se acercaba a Maléfica para volverla a incorporar.

— No lo compadeceré. Sigo interesada en ti y tampoco me daré por vencida.

— ¿Qué prometiste a la muy ruin por sus favores? ¿El reino de tu padre? Pues nunca lo heredarás; entregó su destino a El-Elyón, y el actual heredero es quien tanto aborreces. Nada tienes para canjear ¡Arrepiéntete y ven con nosotros!

— ¡No te retractes! —a pesar de los temblores, Franz la animó por su cuenta.

— ¡Jamás! –desesperada gritó Lizzetta, mientras intentaba en vano contactarse con sus hadas, desde la bola móvil que portaba el cetro.

— Y tú, Maléfica, también perderás el reino, pues hemos venido a desterrarte –declaró el príncipe.

— No te atrevas a maltratarme con invocaciones, porque nunca me exiliarás. Nada de cuanto hay aquí te pertenece y también estarías actuando como usurpador –respondió el hada con su propia voz creyendo detenerlo.

— Pero yo soy la dueña y te expulso de mis propiedades –determinó Gema, abriéndose paso entre la multitud.

— ¡Cierra el pico traidora! –respondió encolerizada y especulando con cierta inseguridad que le detectó- ¡Parece que no me conocieras! ¿Es que no sabes de qué soy capaz?

— Todos cantad a El-Elyón, porque reina en la alabanza de su pueblo ¡Pronto, antes de que la muchacha se acobarde! –los animó Grace.

En cuanto un himno magnificado por la acústica comenzó a exaltar a Dios, las tinieblas que mostraban los ventanales fueron disipadas, y el cielo se cubrió de ángeles fieles a Aquél, que cabalgando sobre blancas nubes eran seguidos de una inefable luz dorada.

— ¡Mirad eso! –alertó un demonio.

— ¡Ni penséis en abandonarme!-impuso el hada, sospechando las intenciones de los suyos, volviendo luego a encarar a Gema- ¡Y tú criatura estúpida...!

— ¡Ya déjala! –gritó Guadaña, con su voz gutural- ¿Esperas que invoque al Innombrable o que nos alcancen aquellos? ¡Huyamos, hay tanto por arruinar fuera de aquí!

— ¡Cómo pudo una imbécil como tú hacerme esto! - volvió a rabiarse Maléfica, viendo que hasta el búho huía con sus decepcionantes secuaces.

Pero Gema, con su coraje inflamado por los últimos acontecimientos, sin amilanarse ordenó: — En nombre del Ungido de El-Elyón liberad mis tierras, ¡ahora!

Como impulsado por un fuerte soplo, Guadaña voló por la ventana pudiendo apenas montar su segadora, y lo mismo sucedió con Maléfica y su cetro. Fue tan violento el ventarrón, que Franz y Lizzetta casi se desvincularon de sus escogidos, pero sujetándose fuerte siguieron igual rumbo. Otra vez despreciaron la piedad Divina.

— ¡Deshagámonos de estos lastres inservibles!-expresó fríamente Guadaña, fuera del castillo y en pleno ascenso.

— ¡Pero los dominios de Franz...! -replicó Maléfica.

— Son insignificantes -se apuró a evaluar- Y su druida debe estar con el Innombrable. Dejó la esfera inactiva; tampoco pude contactarlo ¡Busquemos mejores objetivos y menos complicaciones!

Desde los ventanales y balcones del castillo, los vencedores vieron cómo Franz y Lizzetta eran desechados desde lo alto hasta estrellarse contra el suelo. Habían elegido mal, y los inicuos no les concederían otra oportunidad.

* * *

La madrugada llegó triste y lluviosa. Cuando Felipe, Máximo y Pedro arribaron al castillo del Rey Nicola con el cadáver de su hija, aún no sabían como anunciarle la mala nueva. Todas las opciones parecían igualmente inadecuadas.

— ¡Pobre hombre, lo destruiré con semejante noticia! Si a mí se me parte el alma, ¿qué no habrá de sucederle a él, con su carga de tristeza, enfermedad y remordimiento? —se lamentaba el conde- ¿Cómo demostrarle la inocencia de Dios? ¡No entenderá que Lizzetta usó mal su libre albedrío!

— ¡Alteza, os esperamos impacientes! —el jefe de la guardia y una escolta, lo recibieron con reverencias.

— ¿Alteza, a mí? —interrogó consternado Pedro.

— Si, majestad. El Rey Nicola ha fallecido -confirmó el mayordomo compungido- ¡Aguardó a su hija esperanzado, y se resistió a dormir! Durante toda la noche nos habló de sus recuerdos. Tenía mil proyectos y la muerte lo alcanzó en su trono, con una sonrisa en la boca. Aún la conserva y la tendrá para siempre.

— ¡Entonces, perseveró hasta el último aliento! -susurró el nuevo monarca, como quitándose un gran peso de encima.

— ¡El-Elyón es oportuno y fiel! —admitió Felipe- No le daría más carga de la que pudiera soportar.

— Padre, me ocuparé de los funerales. Llévalo con Otto —manifestó Máximo.

Al extinguirse la tarde, persistía una fina llovizna, y cuando los reyes estaban por entregar los restos de Franz a su verdadero padre, la historia estaba por repetirse.

— ¡Conde Pedro! El Regente Otto ha expirado -avisó el jefe de la guardia, saliendo del castillo con su séquito.

— ¡Cielos! -murmuró para sí y respondió con su informe- El Rey Franz también.

— Pues, ¡sois nuestro soberano!-ellos dijeron a una voz, con gran reverencia

— ¿Yo? –interrogó el sorprendido joven.

— Presintiendo este lamentable desenlace, el Regente Otto decidió declinar, y convocando a los consejeros y a toda la corte, decretaron por unanimidad que vos seréis el rey –expuso nuevamente el militar.

— ¿El regente murió naturalmente?

— Sí, y clamando piedad por el Rey a su Dios.

— ¿A qué dios? ¿Al falso de los hechiceros?

— No, a ese nuevo que llamaba El-Elyón. Aún está en su cuarto, arrodillado junto al lecho, uniendo las manos en súplica y con angustia en el rostro.

— ¡Tampoco apostató! – suspiró Pedro.

— ¡Es indudable! Esto lleva el sello de El-Elyón –reconoció Felipe.

* * *

Había llegado el gran día en que el Príncipe Máximo y la Princesa Harmony se desposarían y serían reyes. El castillo jamás estuvo tan suntuoso, y la ceremonia, entre loas, discursos y protocolos, era solemne pero bellísima. Sólo para la inquieta Ámbar resultó un tanto extensa, y no pudo evitar el cuchicheo: — ¡Qué pena que por guardar luto te entronizaron con sencillez...!

— ¡Nunca esperé recibir tanto! Estoy más que conforme –susurró Pedro- ¿Sabes que tú me inspiraste el nombre de los dos territorios que fusioné? ¡Reino El Propósito!

— Al nuestro lo llamamos Reino de los Tesoros –se inmiscuyó Just-Con las piedras y metales preciosos que dejaron los duendes, pagamos la libertad de siervos que padecían en otros lugares ¡Si vierais qué alegres están ahora! Saben que son valiosos para El-Elyón.

— Nuestra celebración también fue simple, pues lo ostentoso me cohibe –comentó Gema- ¡Pero estoy contenta! Además, Grace nos visita a menudo como consejera, y eso es tranquilizador.

— En cambio, para nuestra boda quiero algo de pompa, aunque no tanta como esta –con infantil osadía hizo saber Ámbar, y comprobando que Pedro pensaba mucho, mas no respondía, desilusionada cuestionó- ¿Es que siempre seguirás amando a Lizzetta?

— Creo que nunca la amé, que sólo fue compasión y conformismo – y con mirada lánguida inició su cursilería romántica- Ahora me atrevo a soñar con tu bondad, inteligencia, valentía... ¡No quiero perderme todo eso! Mas, esperaré a que crezcas, y si en el futuro no cambias de parecer, serás mi esposa y reina con toda la pompa que pretendas.

Derretida de emoción, Ámbar se aferró a su brazo por largo rato, con el convencimiento de que Pedro ya era suyo. Y merced a su dominio propio, él contuvo el beso que moría por darle en la dorada sien.

De inmediato todo comentario cesó, porque la orquesta elevó el sonido anunciando los momentos más conmovedores del evento.

— Os declaro marido y mujer; podéis besaros -manifestó una voz masculina, diáfana y pausada, regocijando a sus destinatarios, pero también a quienes los querían bien.

Los hermosos jóvenes de la pareja real no se hicieron esperar, disfrutando del beso como si saborearan miel. Luego fueron coronados por

los reyes salientes: Grace y Felipe. Y finalmente, quebrados por el llanto se dirigieron a los casi incontables invitados.

— Recuerdo cuando compartíais la angustia de mi madre, y acordabais con mi padre protegerme de un romance fatal. Hoy mi experiencia con El-Elyón me liberó de toda maldición, y también influyó en muchos de vosotros al punto de adoptarlo como Dios —dijo el nuevo monarca-Harmony y yo, reyes del ahora Reino Gran Esperanza, os prometemos gobernar según El Libro de la Verdad —señalándolo, porque estaba a su alcance- Allí, Aquel no se muestra como alguien nuevo. **Es el Dios de siempre, el único y verdadero**, de quien todos alguna vez oímos hablar. De saber esto desde un principio lo hubiera tomado a la ligera. Creí conocerlo suficiente, pero era para mí un perfecto desconocido, pues estaba poco y mal informado. Sin mi encuentro con Él, aún dormiría condenado en el pasado. ¡Habría perdido la oportunidad de tantos cambios buenos en mi vida, en el reino y en vosotros...! ¡¡Habría arruinado **mi eternidad!!**

— ¿Y qué hay del **Ungido?**-gritaban unos y otros con gran fervor, impactados por sus recientes proezas- ¡Es grandioso! ¡Hablad también de Él!

Tomando el libro que llamaba De la Verdad, Harmony dijo: — Os lo presentaré con los párrafos finales de uno de sus capítulos. “**Cristo Jesús** es quien murió; todavía más, quien resucitó y está a la derecha de Dios rogando por nosotros.... Ante todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó. Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios; ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente, ni lo futuro, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios; ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en **Cristo Jesús nuestro Señor!**”

El Heredero Dormido

La multitud sensibilizada lo ensalzó con himnos sublimes, iniciando así una etapa nueva y mejor. Al concluir, no fantasearé diciendo que vivieron en un estado de dicha permanente, pues todos tendrían tiempos amables y también adversos. Pero de continuo **contarían con el poder y la misericordia de El Altísimo, cuya fidelidad sí es para siempre.**

